



O. C. TAVIN

LA PISTA PERDIDA



DERECHOS RESERVADOS
Copyright by EDITORIAL ROLLAN
MADRID, 1954
PRINTED IN SPAIN



SAN BERNARDO, 68 - MADRID

Impreso en Gráficas ROLLAN.—Madrid.

COLECCION F. B. I.

OBRA PUBLICADAS:

1. ¡Cupable! (7.ª ed.) (1).
4. El cobarde (8.ª ed.) (1).
6. La ruta de la locura (3.ª edición.) (3).
11. Sh'ghai (8.ª ed.) (1).
18. Traición en Berlín (2.ª edición.) (4).
19. Alta traición (2.ª ed.) (2).
20. Terror en la Academia de Quantico (2.ª ed.) (1).
21. El delator (6).
22. Armonías de muerte (3).
23. Destinos cruzados (1).
25. Una ciudad abierta (4).
27. La muerte alada (3).
28. Doctor X (1).
30. Trampas mortales (5).
31. Contrabando funesto (3).
32. Nueva York-San Francisco (7).
34. Muerte en el Caribe (6).
35. Secuestro (5).
83. Carne de honor (4).
84. Tráfico mortal (8).
92. ¡Sabotaje! (8).
93. La marca trágica (5).
94. Misión suicida (4).
96. Lucha a muerte (6).
98. Rebelión (3).
98. Casa mayor (4).
99. La muerte falsa dólara (18).
100. Yo, director del F. B. I. (2.ª ed.) (1).
101. De Harward a Quantico (18).
103. Tragedia en Chinatown (14).
104. Soborno (3).
105. Vida en deuda (17).
108. Contraespías (18).
109. Noches de Nueva York (5).
110. ¡Aniquilados! (18).
111. La risa sardónica (3).
112. Chantaje (4).
113. Canon de protección (20).
114. El misterio de los locos del aire (31).
115. El hombre de Witteha-pel (5).
116. Al llegar la noche (8).
117. Ciudad vertical (22).
118. Hombres y bestias (1).
119. La máscara (3).
120. Destino manda (23).
121. Sin esperanza (4).
122. La tela de araña (24).
123. Una sombra... (5).
124. Sin nada que perder (4).
125. Fidelidad, Bravura, Integridad (3).
126. La ciudad prohibida (2).
127. Fatalidad (5).
128. Escalera de color (16).
129. La muerte blanca (15).
130. Ojo siniestro (3).
131. El espectro del pasado (25).
132. Club nocturno (3).
133. Perseguendo cadáveres (26).

134. Prisión de oro (4).
 135. Pasión inmortal (1).
 136. ¿Volverá O'Regan? (3).
 137. Cubi de airmas (17).
 138. La aventura de Harris (3).
 139. Ratas del puerto (27).
 140. Billie para la eternidad (4).
 141. El triunfo de los mejores (21).
 142. Al final, la muerte (5).
 143. La encrucijada sangrienta (28).
 144. Horas eternas (3).
 145. Buck «Parabellum» (17).
 146. El hombre de la carnalia escarlata (1).
 147. Intolerancia (4).
 148. Actuación extralegal (8).
 149. La máscara y el rostro (29).
 150. Héroes del F. B. I. (5).
 151. Peligro nacional (4).
 152. El Dragón de Bronce (23).
 153. El profesor (3).
 154. Crímenes en Reno (4).
 155. La mujer sin alma (1).
 156. Desafío (14).
 157. La verdad de una vida (5).
 158. Encrucijada (4).
 159. Bajo la piel del león (25).
 160. Amadad (4).
 161. Injusta sentencia (12).
 162. El asalto (9).
 163. Pesadilla trágica (4).
 164. De poder a poder (7).
 165. Cuando la Patria llora (23).
 166. Precinto «C» (3).
 167. Un hombre (1).
 168. Yo el juez (4).
 169. El capitán de su alma (3).
 170. El verdugo espera... (30).
 171. Fuego en la sangre (29).
 172. ¡Ultimátum! (4).
 173. El ángel de Harlem (5).
 174. El quinto viajero (3).
 175. Agente n.º 1 (4).
 176. Rata acorralada (14).
 177. A una carta (3).
 178. Hay que saber morir (7).
 179. Grita una mujer (5).
 180. Cuatro deben morir (4).
 181. Sublime amistad (12).
 182. Disparos en la noche (32).
 183. Morir no es fácil (3).
 184. La silla oscura (5).
 185. Falsas apariencias (33).
 186. Cien blancos en el infierno (31).
 187. Ojos en la noche (4).
 188. Problema resuelto (33).
 189. El disco rojo (29).
 190. Una pista en Ceylán (24).
 191. La heredad de los Law-son (34).

AUTORES

- | | | |
|---------------------|---------------------|-----------------------|
| (1) Alf Manz. | (13) Thomas Warton. | (24) Chester King. |
| (2) Fred Baxter. | (14) F. N. Graw. | (25) Josep Tell. |
| (3) Frank McFair. | (15) Robert Deaf. | (26) Mea Ryman. |
| (4) Eddie Thorny. | (16) Alan Carson. | (27) Lou Dark. |
| (5) O. C. Tavin. | (17) Alu Cortroa. | (28) Jan Hutton. |
| (6) Alar Benet. | (18) Jack Grey. | (29) Richard Jackson. |
| (7) A. G. Murphy. | (19) Edgar Ford. | (30) Jim Murray. |
| (8) Lewis Haroc. | (20) Andre O'Sun. | (31) Sam Burl. |
| (9) J. L. Martin. | (21) Fel Marty. | (32) Joe Greig. |
| (10) Jack Brooklyn. | (22) Dana Yoneil. | (33) Bill O'Creigh. |
| (11) Thomas Setts. | (23) Al Gaiard. | |
| (12) John Nebot. | | |

I



ONRAD Wogel siempre solía llegar a su casa, sita en el 756 de la Ochenta y Seis East Street, en el Germane District, del norte de Manhattan, antes que su hijo Frite, aquel bala perdida de Frite, que tantos sinsabores le estaba dando con su conducta.

Conrad Wogel se quitó la americana despacio, con su calma germánica, y la dobló cuidadosamente, dejándola encima de su cama. Fue después a la cocina y encendió el fogón eléctrico. Ya la asistenta había dejado hecha parte de la comida, el asado de carnero con coles, y estaba en el horno. Cogió un paquete y lo deshizo, sacando varias salchichas, que puso en una sartén sobre la plancha, añadiendo mantequilla. Se puso el mandil de la asistenta, y estuvo cocinando, mientras pensaba en Frite, el bala perdida.

Miró la hora en su reloj de pulsera cuando estuvo la comida.

Eran cerca de las tres ya. Quizá Fritz no fuese a comer, como hacía con frecuencia. Tenía, según él, «asuntos», «negocios», «cosas». Un muchacho que no tenía ocupación fija, que jamás decía cuáles eran sus actividades, cómo ganaba el dinero, algunas veces en considerable cantidad. Total, un bala perdida. Eso ya no era un secreto para el padre.

El viejo Conrad Vogel no tenía que ir por las tardes a la oficina, y por eso podía esperar a su hijo hasta las tres y media, como lo hizo. Pero su estómago, desfallecido, por un lado, y la casi seguridad de que Fritz ya no iba a aparecer para comer con él, hizo que se impacientase. Puso el mantel de plástico sobre la mesa de la cocina, el cubierto, el pan, y sacó de la nevera una botella de rubia cerveza. Comería solo, como tantas otras veces.

Mientras cortaba el trozo de carne de cordero asado, su pensamiento no dejó de estar ocupado con su hijo. Fritz era muy diferente a él. Muchas veces suele decirse que los hijos son lo que sus padres permitan que sean o dejan que sean, si salen torcidos, de mala conducta, «atravesados». Vogel podía estar bien tranquilo respecto a aquel particular. Quiso que su hijo fuese como él de recto, honrado, trabajador, Puso los medios para ello apelando a la severidad, a la dulzura, al buen ejemplo, a imbuir en la mente del muchacho, nada torpe, el hábito del trabajo y la lealtad. Suplió como pudo la ausencia de la madre, muerta en Munich hacía quince años. Y Fritz, díscolo desde siempre, voluntarioso, parecía impermeable a toda sugestión de su padre. Después, las compañías, que el padre no podía controlar siempre... Fueron los amigos los que acabaron de torcer el rumbo de Fritz, Aquellos muchachos sin oficio ni beneficio, que le citaban, que le esperaban en la calle. En fin, un bala perdida, como siempre acababa por decirse el viejo Vogel, impotente para dominar ya a un hombre de treinta años, hecho a una dase de vida reprobable de vago, inmoral..., y Dios sabía cuántas cosas más.

Acometió a las salchichas con apetito, por ser su plato favorito. También le gustaban a Fritz, y aquel día las había comprado precisamente por él, porque se las había pedido. Ahora Fritz no llegaba y su parte tendría que dejársela para la cena, si es que iba a cenar. ¡Dios, qué tortura la de tener un hijo así, que no quería ser bueno!

Bebió la fría cerveza con delectación, y de postre comió la manzana asada. Había otra para Fritz, que también dejaría para la noche.

Fregó los platos y el cubierto empleados, suspirando con frecuencia. Tener un hijo, un hombre ya, y no poder contar con él para nada, como no fuese para pensar de él muy mal... Ya estaba lista, la pobre Frida con el bala perdida de Fritz. Bueno, Frida, un poco bastante tonta, a decir verdad. Lo tonta que puede ser una mujer que adora a un hombre y todo cuanto él hace está bien, como lo que dice y miente. Frida siempre encontraría una disculpa a punto, en lo más recóndito de su corazón, para perdonar a Fritz y esperar de él una mejor conducta. Lo mismo que hacía la muerta madre cuando el niño Fritz la engatusaba infernalmente, engañándola, robándola dinero.

Wogel pasó al cuarto de estar. Sobre la repisa de la chimenea, el reloj alemán de cuco marcaba las cuatro y cuarto de la tarde. Fritz no aparecería, desde luego, hasta la noche. Sus «asuntos», sus «negocios», sus «cosas» y sus condenadas mentiras, ¡por Dios!

Cogió del pequeño armarito, en la pared, donde había sobre una tablita con muescas, hasta una docena de pipas de todos los tamaños y formas, y botes de tabaco. Escogió la pipa grande, de buena madera de brezo, con tubo curvo, y la cargó bien de tabaco rubio inglés Navy Cut. La cazoleta de la pipa descansaba sobre su amplio pecho cuando se sentó en su sillón, cogiendo el diario en idioma alemán. Antes de ponerse a leer miró de nuevo el reloj de la repisa de la chimenea. Las cuatro y media.

¡Dónde demonios andaría Fritz y qué haría!

El timbre del teléfono sonó. Wogel alargó la mano, porque el aparato estaba sobre una cercana mesita donde había un cenicero y el bote de tabaco.

—¿Padre? —Wogel oyó la voz de su hijo.

Una voz algo alterada, ciertamente.

—Sí, claro. ¿Qué hay? —repuso con severidad Wogel—. No dirás que vas a venir a comer, ¿verdad? No son horas...

—Escucha, padre. ¿Has tenido visitas? —dijo Fritz con impaciencia.

—¿Visitas? Pues no, desde que llegué. ¿Lo dices por Frida?

—Bueno. Ahora voy. Oye: haz el favor de irme haciendo la

maleta. Es urgente. No pongas excesiva ropa. Hasta ahora.

—¡Oye! ¡Fritz! —exclamó coléricamente Vogel.

Dejó el auricular porque ya su hijo había colgado.

—¡Bala perdida! ¡Bala perdida! —refunfuñó el viejo Vogel, sacudiendo con energía la cazoleta de la pipa, para llenarla después de tabaco—. ¡Este hijo, Dios mío, con sus condenados misterios, su extravagante manera de ser! Ahora, que le haga la maleta...

Wogel era alto, recio, cuadrado. Un hermoso tipo de anciano bávaro. Macizo, su andar era igualmente recio, pesado, algo mecánico, germanizado. Su cabeza, grande, con el pelo rubio canoso, cortado al estilo Hindenburg, producía una imponente sensación de firmeza, aplomo, robustez. Las facciones de su rostro eran igualmente compactas, bien cubiertas de carne rubicunda, con los labios gruesos, la nariz amplia en su terminación, Y sus ojos azules oscuros tenían siempre una severa y tranquila mirada, llena de seria honradez. Wogel era un alemán honrado a carta cabal, y todo en él lo atestiguaba.

Con un gesto de contrariedad dejó la pipa sobre la mesita y fuese después al cuarto de Fritz, abriendo el armario. Del techo riel mueble cogió una maleta de cuero, que abrió y dejó sobre la cama. Lo hacía con su calma habitual, porque Wogel no sabía correr jamás. Eso sí: lo hacía todo con una eficiencia admirable, con un metódico interés. Fue metiendo ropa del hijo, perfectamente doblada, buscando científicamente el ocupar el menor sitio posible en la maleta. Pero, no obstante, sin dejar de pensar en Frite. También pensaba, como buen germánico, con tremenda minuciosidad y espíritu analítico, acumulando elementos hasta formar montañas ingentes, para desembocar en aquélla su frase más gráfica, exenta de filosofía y lo más cercana a la vulgaridad: ¡Es un bala perdida!

Oyó que alguien andaba en la cerradura del piso. Levantó la cabeza para escuchar. La maleta, como le ordenara su hijo, estaba ya hecha, y a la perfección. La llave hurgaba en la cerradura con torpeza, como si quien deseaba entrar estuviese con mucha prisa, precipitado. Se abrió al fin, y Wogel sintió los pasos de su hijo en el pequeño «*hall*». Pasos precipitados. Respiración anhelante, fatiga.

—Tu maleta está, Fritz —dijo Wogel cuando tuvo ante él a su hijo—. Como me dijiste, con poca ropa. Espero que... ¿Eh? ¿Qué te

pasa? —Le miró con asombro.

Fritz Vogel era como Contad Vogel, aunque con la mitad de años. Alto y fuerte, macizo, de rostro grueso, pelo rubio oscuro y ojos azules igualmente oscuros. No obstante, si en el viejo Vogel había una mirada noble, de hombre, honrado, probo, decente, en su hijo aquella mirada era turbia, desconfiada, cínica y muchas veces cruel. El hijo tenía treinta y un años, y unas bolsas bajo los ojos, que no existían en el padre. El vicio dejaba en Fritz sus huellas indelebles.

—¿Está la maleta? —preguntó Fritz con agitación, cerrándola bruscamente y guardándose la llavecita—. Me voy, padre. ¿No ha venido nadie desde que te telefoneé? ¿La Policía?

—¿La Policía? —exclamó Vogel con pasmo. Y palideció, sucediendo al sano color de sus mejillas la lividez amarillenta, casi blanca—. ¿Por qué?

Fritz cogió la maleta, sopesándola. Miró cara a cara a su padre, sin temor, sin azoramiento.

—Las cosas, padre... Una tontería, si quieres. Un agente del F. B. I.,

me andaba buscando las cosquillas. Hace un rato fue a buscarme al sitio donde estaba y se metió conmigo. En este condenado país uno no puede hacer lo que quiere, pese a tanta democracia. En fin...

—¿Qué? —inquirió Vogel con ansiedad—. ¿Qué has hecho?

—Bien, bien... ¿Qué podía hacer, cuando no tenía escape y aquel idiota me cogió de lleno con las manos en la masa? Unos paquetes de drogas... Años y años en Sing-Sing,

si me entiendes. ¡Qué broma! Pues lo liquidé, y nada más. Ahora me marchó, padre.

Wogel se dejó caer sobre la cama, como si toda su reciedumbre hubiese sido aventajada de un solo golpe por una debilidad mortal. Sus azules ojos contemplaron estúpidamente a Fritz, que paseaba por la alcoba, asomándose a la ventana que daba a la calle.

—Que has asesinado a un agente del F. B. I.,

—gimió el padre, colgando desfallecidamente los brazos, hundidos los hombros, la boca muy abierta, totalmente aplanado por la brutal declaración de Fritz.

—¡Oh sí, sí! —afirmó Fritz, sin cesar en su agitado ir y venir por delante de su padre—. Son cosas que tú no comprendes, claro, ni comprenderías nunca. Son... gajes del oficio, ¿eh? Por supuesto, no te digo adónde voy porque la Policía... Bueno; si tú nada sabes, mejor para ti y para mí. ¡Ah, y ya sabes que un padre no está obligado a denunciar a su hijo!

—¡Mucho más canalla de lo que yo jamás pudiera suponer! —murmuró Wogel, recobrándose poco a poco, azuzado por el cinismo de su hijo. Se levantó con esfuerzo, rojo ahora su rostro por la indignación—. ¡Tú, un asesino, un contrabandista de drogas! —Le aferró de las solapas de la trinchera, sacudiéndole frenéticamente mientras de sus ojos brotaban las lágrimas de terrible pena y rabia—. ¡Repíte eso, canalla, canalla, canalla!...

—¡No debí de venir a despedirme de ti! —exclamó Fritz, tratando de desasirse de las manazas de su padre—. ¡Déjate de romanticismos! ¡Suelta, padre, que me marcho!

—¡Maldito de Dios, que tú, mi hijo, seas eso! —rugió Wogel, luchando con su hijo para no soltarlo—. ¡Canalla! —Lloraba exasperadamente, conteniendo su furia, porque temía matarlo, estrangularlo—. ¡Hasta eso has llegado, maldito mil veces! ¡Asesino!

Fritz le dio un tremendo empujón, soltándose de las manos del viejo. Cogió la maleta y salió rápidamente de la alcoba. Wogel, tumbado en la cama, sollozaba, cubierto el rostro con ambas manos. Sonó un portazo y el padre se levantó, yendo a mirar tras los cristales de la ventana, a la calle. Con los ojos cubiertos de lágrimas, vio cruzar a Fritz la calle y meterse en un coche azul, que arrancó velozmente. Dentro del coche, en la parte delantera, había dos hombres más.

Estuvo gran rato con la cabeza apoyada sobre el cristal de la ventana, sollozando como un niño. Sus anchas espaldas, sus poderosos hombros, todo él temblaba de angustia y dolor, doblándosele las potentes piernas. En la casa de enfrente, dos mujeres y un hombre, tras los cristales de una ventana, le observaban curiosamente, haciendo nerviosos comentarios y gestos.

Se retiró lentamente de la ventana, y con paso vacilante fue hasta el cuarto de estar, dejándose caer sobre su sillón. Con el pañuelo se secó las ardientes lágrimas, hipando, suspirando, inconsolable.

—Me ha herido de muerte... —murmuró roncamente, la cabeza hundida en el amplio pecho—. Mucho más sinvergüenza, más bala perdida de lo que pudiera imaginarme, Dios mío. ¡Asesino! ¡Y decirlo así, tan tranquilo, tan lleno de perversidad, como si matar a un hombre fuera lo mismo que matar una mosca! ¡Mi hijo un asesino!

Se levantó, porque los nervios no le permitían estar ya quieto. Fué a la ventana, volvió al sillón coa su paso pesado, que hacía crujir el entarimado. Se detuvo, las manos a la espalda, volviendo a sollozar. Se sentó de nuevo, abandonado a la crisis de dolor y de indignación. Se levantó y fue hasta la repisa de la chimenea, apoyando un codo en ella, pasando su mano izquierda por el fuerte cabello recortado, como un cepillo.

Su mirada turbia fué a fijarse sobre un marco de terciopelo rojo, sobre la repisa. En él había una fotografía de una mujer de unos veintinueve años, de rostro bello, grueso, con grandes ojos claros y cabello igualmente claro. Sonreía con naturalidad, de frente.

—Ya ves, Clara mía, ya ves... —murmuró Vogel, cogiendo el retrato y besándolo con inmensa ternura, dejando en el cristal la humedad de sus lágrimas—. Mejor es que no lo veas, que no vivas. Pero ya ves, Clara mía... No me digas que yo tengo la culpa, no, no... Ni tú tampoco, Clara mía. Será que Dios quiere saber lo que uno puede aguantar. Tú lo sabrás mejor que yo, Clara mía, pero es mucho sufrimiento para mí. Piensa lo que le espera. ¡No lo pienses! —dejó el retrato sobre la repisa—. ¡No quiero pensarlo, Dios mío! ¡Asesino!...

Se sentó en el sillón y con mano trémula cogió la pipa y la llenó de tabaco hasta rebosar, hundiéndolo con el pulgar de la mano derecha. Tres cerillas empleó hasta acertar con la llama sobre el tabaco. Sus ojos, llenos de lágrimas, no le dejaban ver. El hipo nervioso, continuo, le ahogaba. Temblaba de pies a cabeza, sin poderse dominar. Hubo de aferrarse con rabia a los brazos del sillón para no levantarse y pasear por la estancia como fiera enjaulada.

Todo su método y flema para coordinar los pensamientos se habían venido abajo ante el alud de presagios que invadían su cerebro, siempre bien organizado y domeñado. Vogel presumía de no pensar sino en aquello que deseaba, alejando lo demás como un estorbo perturbador de su mente. Ahora no podía en manera

alguna. No encontraba frases suficientemente gráficas ni expresivas para denostar al hijo. La conducta de Fritz superaba en maldad a toda expresión, según su parecer. Aquel cinismo, sobre todo, de hombre entregado conscientemente a la maldad le había sorprendido de una manera brutal, aplastante. Decir «bala perdida» era como una frase acariciante, magnánima, comparada tal expresión con la realidad. Wogel supuso, sí, que Fritz era un muchacho (para él sería siempre un muchacho) que andaba en negocios más o menos sucios. Quizá jugaba. Quizá vivía a costa de alguna mujer. Tal vez vivía de la trampa, pidiendo prestado a los amigos. Supuso que llegaría hasta traficar en la compra de joyas u objetos robados, sin ser él el ladrón, por supuesto. En fin, negocios y acciones sucios, indignos de él. Pero ser traficante en estupefacientes y llegar hasta el asesinato de un agente del F. B. I.

Y luego lo más horrendo. Lo que le esperaba a aquel maldito hijo. Asesinar a un agente del

F. B. I.

¿Se volvió loco Fritz para cometer semejante cosa, Dios santo? ¿Loco Fritz? ¿En manera alguna! ¡Canalla hasta la medula de los huesos es lo que era! Siempre fue cínico, siempre. Tenía una frialdad sobrecogedora al comentar sobre el bien y el mal. Para él, un hombre bueno era siempre un tonto, que se merecía morir en un rincón, despreciado y humillado por los que sabían ver la parte práctica de la vida, los listos y aprovechados. Cualquier medio era bueno para hacer fortuna, era su máxima predilecta y a fuer que bien la seguía. Cualquier medio..., incluyendo el asesinato. Y ahora, ¿qué? Ya lo había cometido. Un agente del

F. B. I.,

muerto a sus manos, y la silla eléctrica como, recompensa a su acción.

Consiguió, poco a poco, domeñar la crisis nerviosa después de varias horas sin moverse del sillón, fumando incansablemente, asaltada su mente por las dos ideas obsesionantes de juzgar al hijo tal cual era y lo que le esperaba como resultado de su crimen.

A cerca de las diez de la noche se levantó y fue a la cocina. Wogel era esclavo de las costumbres. Espíritu casi militarmente organizado, reglamentado. Disciplinado, tenía distribuido su tiempo

al minuto, y casi nunca se permitió alterarlo, produciéndole hondo disgusto el que un motivo cualquiera lo perturbase.

A las diez era la hora de cenar, y, por lo tanto, fue a la cocina a preparar la comida. Sabía que no iba a poder comer, pero debía intentarlo, porque siempre cenó, como siempre desayunó, se lavó, se bañó, fué a trabajar, paseó, estuvo en el café con los amigos. Aquella tragedia que había invadido su ser tenía que ser canalizada, como el dolor y la tristeza. Si se dejaba llevar por los nervios dejaría de ser eficiente en la oficina, y a él le pagaban por serlo, no porque se sintiera tan afectado que se convirtiese en una nulidad.

Encendió la hornilla, sacó de la nevera la carne asada, las salchichas con coles, y lo puso a calentar, poniendo la cafetera con café y leche.

Allí estaba la ración de Fritz, lo que hubiera debido de cenar. Y Wogel se sentó en una silla, de codos sobre la mesa, y lloró con rabia, con un dolor incontenible, porque no encontraba justificación alguna para lo que hizo Fritz, y porque ya le estaba viendo sentado en la silla eléctrica, amarrado a ella, con la cabeza cubierta, saltando como un epiléptico bajo las descargas mortales.

El olor a carne que se quemaba, y el café que se salía de la cafetera, de cuyo pitorro brotaba un chorro de vapor, le hizo recobrarse, levantándose lentamente. Dio a la llave del conmutador y apagó el hornillo. Después apagó la luz de la cocina y salió, sin cenar, de ella. Fue a su viejo sillón y se sentó, cargando la pipa. Reclinó la cabeza sobre el respaldo y aspiró el humo perfumado, cerrados los ojos, en la oscuridad de la estancia. Tenía que acostarse, pero no podía hacerlo. No hubiera tolerado el estar metido en el lecho, dando vueltas, sin dormir, toda la eterna noche que le aguardaba.

¿Dónde estaría Fritz? ¿Sería posible que no sintiese ya ni el más mínimo arrepentimiento por lo que hizo? ¿Cuánto tiempo estaría en libertad?

Una nueva preocupación, por si eran pocas, se adueñó de él, uniéndose a las que le torturaban. La vergüenza, el oprobio que iba a sentir en adelante ante las personas que le conocían: sus jefes, en la oficina; sus compañeros, sus subalternos. Sus amigos del café; todos aquéllos, en fin, que convivían con él en aquel ambiente agradable del Germán District neoyorquino, que era su segunda

patria. Los parientes, en Baviera, sus amigos de allá... ¿Qué decirles de Fritz cuando ellos se enterasen, lo que no tardaría en suceder? Los hijos perversos, qué horrible maldición, son para sus padres...

Tembló ante la perspectiva de tener que ir a la siguiente mañana, y después, a la oficina. Era él cajero-contable de la Sindemann & Co.,

en Park Avenue. Como cajero, cada mañana pasaban ante su ventanilla muchos proveedores, cobradores, empleados de Bancos, que le iban a contemplar con Dios sabía qué expresión en sus rostros. Porque de todo hay en este mundo. Personas compasivas, crueles, burlonas, envidiosas, sensacionalistas, morbosas. ¿Habría alguien que tuviese la exquisita delicadeza de simular ignorancia ante la tragedia suya, esa tragedia de tener un hijo encanallado, un hijo asesino, perseguido por la Ley? Pronto habría de verlo.

Se consideró hundido, aún más hundido que su propio hijo. Sentía él la vergüenza que su hijo no sentía. Como hombre leal, honrado, sabía bien lo que era perder la honra, ser considerado como un granuja merecedor del castigo más execrable; ser ajusticiado por indigno de vivir entre gentes honorables, tranquilas, para las que era un peligro mortal su existencia.

¿Cuánto tiempo podría Fritz esquivar la acción de la Ley y la Justicia? Porque una vez detenido, las cosas se precipitarían como se precipitan las aguas de un torrente, de un río desbordado. Esta pregunta se la estaba haciendo como si «temiese» que su hijo fuese a ser capturado muy pronto, dentro de breves días. ¿Deseaba o no que Fritz fuese detenido y pagase sus culpas? Le horripiló esta interrogante, y trató vanamente de apartarla de su bien organizado cerebro. Ahora él estaba espantado ante la perversidad de su hijo. Espantado y lleno de santa indignación. A no haberse marchado Fritz, quizá él lo hubiera matado con sus propias manos. Pero se marchó, huyó de su cólera, y ahora eran otros los que iban a perseguirlo, a acorralarlo, reducirlo y ejecutarlo. O quizá lo matasen a tiros.

II



mediodía del siguiente día, el agente especial Bates fué llamado por el inspector Strong a su despacho.

—Bueno, Bates, ¿ha visto usted a su camarada Hall? ¿Ha llegado ya a la oficina? —le preguntó el inspector, fijando en el joven agente su mirada escrutadora—. Estoy esperándole, pero tarda.

—No, jefe. Yo también le esperaba, pero hasta ahora no ha venido. Estaba con el asunto F-Noventa y cinco, ¿no?

—Sí, sí. El mismo que también tiene usted. A él lo envié en busca de cierto tipo alemán, sospechoso de andar en el tráfico de drogas. Ya veo por el informe de usted que la cosa está un poco enredada. Ese Bob Purdy tiene más conchas que un galápago, y lo que hace falta es reunir pruebas para trincarlo definitivamente, sin

que sus abogados puedan escamotearlo.

—Purdy caerá en cuanto se deslice lo más mínimo, jefe —aseguró Bates con aplomo—. Y ello será tan pronto sorprendamos a alguno de sus secuaces con su paquete de drogas en la mano, porque, naturalmente, él no las tiene a la vista ni las lleva consigo. Son sus agentes y distribuidores los que nos lo entregarán.

—Conformes: pero eso está sucediendo desde hace meses, y sus secuaces no se deslizan, no nos permiten echarles la zarpa. Yo tengo cierta confianza en que ese tipo alemán sea quizá el que haya patinado. Hall le descubrió en un bar, allá por Chinatown, y le siguió los pasos ayer. Me dio por teléfono la dirección donde cree que el alemán se refugió. Le aconsejé que no se metiese en el cubil él solo, y que viniese a decirme lo que había visto, para coordinar una acción. Y hasta ahora, Bates.

—Eso es un poco inquietante, jefe —saltó Bates, reflejándose en su delgado rostro una creciente ansiedad—. Sabe usted que Hall tiene a veces excesivo arrojo... Esto ha sucedido hace veinticuatro horas, ¿verdad?, desde que usted habló con él.

—Le ordené que no se excediese, Bates —replicó adustamente el inspector—. Sé cómo es Hall, en efecto. Pura dinamita. Por eso le estoy esperando con impaciencia. ¿Cree usted que...? —El rostro del inspector Strong, muy delgado, con profundas arrugas en las mejillas, aunque solamente contaba con cincuenta y nueve años, reflejó preocupación.

—Conociendo a Hall, particularmente me siento inquieto, jefe —afirmó Bates—. Sí, es pura dinamita; como se coloque ante sus narices el delincuente al que busca se lanza a él, aunque el tipo esté rodeado de una docena de «mastines». Oiga: ¿quién es ese alemán al que Hall vio? ¿Lo tenemos fichado?

—Está fichado, sí —de un cajón de la mesa de despacho, ante la que estaba sentado el inspector, sacó un sobre, del que extrajo una ficha de filiación, que entregó a Bates—. Ése es. Fritz Wogel, maleante, presunto distribuidor de drogas, Fué detenido hace tres meses por nosotros cuando estaba en íntima charla con un conocido contrabandista de estupefacientes en Chinatown. No pudimos probarle nada, pero lo fichamos.

—¿Dónde entró Hall ayer, tras este tipo? —preguntó Bates, dejando la ficha, tras haber visto los dos retratos, las huellas

digitales y los pormenores del sujeto.

—En Chinatown, Bates. Espere —abrió una carpeta de cartón, de la que extrajo varios papeles, que leyó—. Aquí. En el sesenta y siete de Mott Street. ¡No sé por qué Hall me ha dejado así, sin informarme, en tanto el tal Wogel puede largarse en busca de mejores aires si ha notado que le se guían!

—Vamos a suponer, jefe, que Hall no... puede informarle —dijo Bates, en un tono de voz que hizo estremecer al inspector—. ¿No cree que debemos indagar por qué no ha venido, por qué su extraño silencio?

—Comprendo, muchacho —repuso Strong, súbitamente inquieto—. Mientras yo telefono al hotel donde se hospeda, vea a cuatro de sus camaradas que estén libres y vayan a Mott Street. Registren a fondo. Antes de partir, entre a preguntarme si he localizado a ese muchacho. Bates, Dios quiera que...

El agente especial salió del despacho a toda prisa. Fué a la gran habitación, despacho general de los agentes de guardia, que estaban redactando informes, partes, fichas de identificación. Habría una docena de ellos.

—Duncan, McDunn, Allister, Peebes: preparados para salir, de orden del jefe —dijo Bates, mientras recogía de una percha de pie su trinchera y se ponía el sombrero flexible de cualquier manera—. Hall debe estar... Bueno, ya lo veremos. Peebes, lleva los utensilios de las huellas. Duncan, coge una «Kelly» por si hay que escupir fuerte.

—Pero ¿qué le ocurre a Hall? —preguntó Duncan, mientras sacaba de un armario la ametralladora de mano y varios cargadores.

—Retraso de veinticuatro horas en el aterrizaje, querido —murmuró Bates, sonriendo precariamente—. Sin noticias tuyas. ¿Le habéis visto anoche o esta mañana?

Los cuatro agentes denegaron con un gesto, mirándose unos a otros con preocupación.

—Vamos al despacho del jefe, por si le han dado noticias del camarada —dijo Bates, abriendo la puerta para que saliesen sus compañeros.

—Listos, jefe —dijo después, asomando la cabeza por entre la medio abierta puerta—. ¿Lo ha localizado?

—No, Bales, no —repuso Strong en tono preocupado—. Anoche

no fué al hotel, ni esta mañana. Vayan a Mott Street lo primero. Hall tenía la filiación de ese Vogel, le conocía de vista, y por eso me dijo quién era. Menos mal, si algo le ha sucedido a nuestro muchacho. Ténganme al corriente de todo.

Partieron los cinco agentes especiales en un coche, rumbo al sur de la ciudad, por entre las estrechas calles que iban a desembocar en el Bowery, tomando después directamente hacia Chinatown. No hablaron durante el trayecto, preocupados por la suerte que su camarada hubiera podido correr. Siempre que algún hombre del

F. B. I.,

entraba en la zona de «silencio», desapareciendo misteriosamente, sin dejar rastro, sin ponerse en comunicación con la División, era fatal señal de que había pasado a ser baja en el Cuerpo por fallecimiento violento.

—Mott Street —dijo Peebes, que conducía—. ¿Qué número, Bates?

—En el sesenta y siete —repuso el agente especial, contemplando desde la ventanilla los abigarrados edificios, viejos, sucios, con sus tiendas chinas.

La calle tenía un tránsito continuo de gentes amarillas que no se prestaban a apartarse, en medio del arroyo, cuando los coches pasaban.

—Estamos, Bates —dijo Peebes—. Ésa es la casa —señaló un edificio de tres pisos, de fachada pintada de gris oscuro, con grandes desconchados.

A cada lado del estrecho portal, oscuro, lóbrego, había dos tiendas chiras: una peluquería y un bar, cuya entrada se hundía por unas escaleras que parecía como la bajada al mismo infierno.

—Allister, McDunn, quedaos en el portal. Que no entre ni salga nadie —dijo Bates cuando los cinco estuvieron en la estrecha y sucia acera.

Bates estaba ya propuesto, en Washington, para ser nombrado inspector, no obstante contar solamente con cuatro años de servicio. Su carrera era rutilante, gracias a su inteligencia, su gran aptitud para la profesión y a haber obtenido resonantes triunfos en casos difíciles y peligrosos. Sus amaradas, por ello, ya le aceptaban gustosamente como un superior y obedecían sus indicaciones con más complacencia incluso que si se tratara del mismo Strong.

—¿Empezamos por el bar? —preguntó Peches, asomando la cabeza al negro agujero de entrada del infecto tugurio, de cuyo interior partía un sordo rumor de conversaciones en chino, malayo, indio—. Vamos a registrar primero los pisos, sí os parece. McDunn: ponte a la entrada del bar. Si sale algún hombre blanco, mételo en el portal sin contemplaciones. Aunque es de esperar que si ha sido Wogel estará muy lejos de aquí. Vamos, camaradas. Subieron la empinada escalera Bates, Duncan y Peebes, este último con la «Kelly» montada, delante de todos. Adosado a la pared, había una maroma ennegrecida, sebosa, como pasamanos. Los escalones, muy desgastados, tenían alturas diferentes y se movían peligrosamente. Apenas si se veía.

Bates golpeó rudamente con la culata de su pistola sobre una pequeña puerta color ocre, que tenía un ventanillo. Duncan sacó de un bolsillo de su trinchera una bomba de gases lacrimógenos. Bates volvió a golpear la puerta, aplicando la oreja después sobre el ventanillo enrejado.

Peebes sacó de otro bolsillo un estuche de ganzúas y miró interrogadoramente a Bates. El agente especial llamó de nuevo, golpeando con pies y manos.

—Nadie —murmuró Duncan—. Abre, Peebes.

Bates se echó a un lado, pero apuntando con su pistola a la puerta. Duncan cogió la «Kelly», colocándose al otro lado de la pared y mirando por el hueco de la escalera, por si alguien bajaba. Peebes maniobró durante tres minutos en la vieja cerradura, y finalmente empujó con el hombro, echándose rápidamente a un lado. Estaba allá dentro oscuro, y un silencio extraño reinaba. Bates enfocó una linterna eléctrica de bolsillo, recorriendo el haz luminoso la pequeña estancia de entrada, en la que había un viejo perchero y una silla.

Avanzaron los tres hombres aprisa, mirando a su alrededor con desconfianza. Transpuesta la entrada, había más luz, procedente de las ventanas que daban a la calle. Los tres agentes se repartieron por el piso, que era grande, con pasillos y cuartos lóbregos, sin ventanas.

Bates llegó a la entrada de lo que parecía el comedor, a juzgar por los muebles: una mesa, con un tapete de hule, varias sillas, un armario. Al otro lado del comedor había otra puerta, con montante,

que tenía abierta la ventana. Y el agente especial, mirando aquel montante, se quedó rígido, muy abiertos los azules ojos, sintiendo un desfallecimiento en el corazón.

Lo primero que divisó fueron las piernas de un hombre, con sus pantalones y zapatos, a una altura de más de yarda y media del suelo. Debajo de aquellas piernas y pies, una silla tirada sobre el suelo. Elevando la mirada, aparecía el cuerpo, el rostro de... Hall, pendiente del travesado o montante. Sobre un hombro caía un trozo de cuerda, con el que había sido colgado, estrangulado. La faz del muerto agente era ahora espantosa.

—¡Peebes, Duncan! —gritó Bates, inmóvil, con ronca voz, sin apartar la mirada del camarada muerto.

Los dos agentes llegaron a la carrera. Bates se apartó y ellos miraron a su vez, atónitos, el cadáver del que fuera excelente camarada, lleno de un arrojo sin límites siempre, presto en cualquier momento a darlo todo por el cumplimiento del deber.

—Vaya... —suspiró Peebes, rascándose nerviosamente el mentón—. Nos le han matado.

—Lo estaba temiendo —murmuró Bates con desaliento—. Pero lo que han hecho con él es canallesco. Lo han colgado...

—Tiene la silla debajo, volcada —dijo Duncan—. Si no fuera porque se trata de Hall, podría decirse que es suicidio.

—Cuidado con los rastros y señales, Peebes —dijo Bates, avanzando pegado a la pared—. Saca lo de las huellas y observa la silla, el montante. No toquemos nada, Duncan. Después descolgaremos al pobre camarada. Es canallesco, ostentoso, cómo lo han matado.

Peebes, con agilidad y pericia, avanzó sobre los baldosines desgastados, pisando en puntillas para no cubrir posibles huellas de los asesinos. Llegó hasta la silla, de madera toda ella, y la colocó sobre la mesa.

—Huellas de un par de zapatos con suela de goma, estrías y redondel —murmuró Peebes, contemplando las huellas con una lupa—. «Goodyear» —observó después el respaldo, formado con tablitas que terminaban en la parte superior por la otra tablita, más ancha, curvada, sucia, ennegrecida por tantas manos como la habían cogido.

—¿Huellas digitales? —preguntó Bates sin acercarse.

—Ha dejado «tarjeta», si, Y me parece que son de una sola mano —daba vueltas delicadamente a la silla, examinando con la lupa el respaldo—; tiene una espesa capa de polvo y por eso resaltan las huellas digitales. Un hombre que debe de ser fuerte. No son manos, sino manazas. Bueno, voy a sacar las impresiones —sacó del estuche el carbonato de plomo, la espátula de pelo de camello, el papel fotográfico, el rodillo, y comenzó su tarea.

Diez minutos después estaba hecho el «trasplante», a falta de sacar las fotografías. Bates examinó el negativo y sacó la ficha, de un bolsillo, de Fritz Wogel, que tenía sus correspondientes huellas dactilares.

—Mira, Peebes —dijo, entregándole a su camarada la ficha y el negativo—: ¿no son las mismas?

Peebes lo examinó con la lupa durante varios segundos. Asintió con un gesto, arrugando el ceño.

—Juraría que sí. Voy a sacar las del montante, porque allí han tenido que dejar también señales. Es raro, pero esto lo ha debido de hacer un hombre solo —puso la mesa, corriéndola con ayuda de Bates y Duncan al lado del cadáver de Hall, que se movió como un badajo.

Peebes examinó con la lupa el montante, alrededor de las vueltas de la cuerda de la que estaba colgando Hall. En el travesaño había gran cantidad de polvo.

—Aquí son mucho más visibles —dijo el agente especial—. Dadme el estuche. Son huellas de dedos grandes. Las mismas manos, me parece, que las de la silla, Y los pies, sobre el asiento de la silla, son también grandes.

—Es Wogel, que tiene seis pies y siete pulgadas de estatura —murmuró Bates, examinando la ficha—. ¿Ves otras huellas más pequeñas? El colgar a un hombre de la estatura del pobre Hall, con sus ciento ochenta libras de peso, por otro hombre solo, es una tarea no fácil.

—Tiene en la nuca una herida —dijo Peebes, observando la parte posterior del cuello de Hall—. Lo dejó sin sentido y luego cometió la «heroicidad» y la ostentación de fuerza de colgarlo aquí. Pero ha sido un burro, porque se ha delatado de una manera infantil, absurda. Tenía prisa, por lo visto, y no se preocupó de destruir sus propias huellas.

—Debe ser un novato —dijo Bates—. Seguramente es ésta la primera vez que mata, aunque se ha regodeado, el muy cerdo.

—Un desafío —murmuró roncamente Duncan—. Una burla. Pobrecito, como lo trinquemos.

—Bajemos a Hall. ¿Has terminado, Peebes? No sé qué siento el verlo así —dijo Bates, apretadas las mandíbulas, temblorosas—. Vamos, Duncan. Corta las cuerdas, Peebes. Con mucho cuidado, camarada. Con mimo...

Lo bajaron lentamente abrazados a él, acariciándole la despeinaba cabellera, la amplia frente. Los tres sintieron sus ojos llenos de lágrimas. Lo dejaron sobre la mesa, extendido, con las manos cruzadas sobre el pecho, no obstante estar rígido el cadáver.

—No veo sino huellas de un solo hombre, ese Vogel —dijo Peebes, que recorría, arrodillado, el pavimento de baldosines—. Los pies grandes, con el calzado de suela de goma «Goodyear». Un solo hombre, Bates, es el que ha hecho esto. Una mala bestia, con más fuerza que un gorila.

—Está bien —repuso Bates—. Vogel vive en el cuatrocientos sesenta y tres de la Ochenta y Seis East Street. No estará allí, claro, pero hay que ir y hacer la indagación. ¿Quieres telefonar al jefe, Duncan? No creo que se sorprenda mucho. Hall debió de subir aquí persiguiendo a Vogel y éste lo recibió, quizá escondido; lo golpeó en la nuca, dejándolo inerte, y luego lo colgó. Hall era pura dinamita a veces; excesivamente osado, noble en la acometida.

—Se lo dije muchas veces —murmuró Duncan, que contaría cuarenta y cinco años y era muy experimentado por su antigüedad en el Cuerpo—: «Hall, un día te van a tomar la delantera, hijo. Ese día no vas a tener tiempo de pensar lo bueno que es la prudencia, el pensar lo que se debe de hacer antes de lanzarse a la aventura de jugarse la vida». Y le tomaron la delantera...

Fue al recibimiento, donde estaba el aparato telefónico, poniéndose al habla con el inspector Strong. Sus camaradas le oían hablar mientras contemplaban silenciosamente el cadáver de Hall. Volvió al fin Duncan.

—Se lo suponía —dijo, moviendo la cabeza con desaliento—. Ha dicho que vayamos a casa de Vogel y consigamos una pista para seguirlo hasta dar con él. Mandará más camaradas para investigar en esta casa, en la peluquería y el bar. Yo me quedaré para esperar

a los compañeros.

—Bien —dijo Bates, haciendo un gesto a Peebes—. Vamos en busca de ese tipo. No creo que haga falta que Strong nos azuce para atrapar a ese canalla y sentarlo en la silla. Hasta luego, Duncan. Ten ojo, ¿eh?, que te quedas solo. Te dejamos la «Kelly». Abajo tienes a los camaradas.

—Si volviese ese Vogel para solazarse con la presencia del camarada muerto... —murmuró el agente especial, sonriendo fríamente—. Yo le recibiría con gran agrado.

Partieron en el coche, rumbo ahora al Norte, a la Ochenta y Seis East Street.

—Es en el Germán District —dijo Peebes que conducía—. Casi nunca hemos tenido disgustos allí. Es buena gente, en general, según la Policía.

—Pero nunca falta la oveja negra —repuso Bates, sombríamente—. Este Vogel debe comenzar ahora su verdadera carrera de criminal, metido en lo de las drogas. Según Strong, el hombre ha sido maleante, en asuntos pequeños. La ficha dice que vivía a costa de mujeres, jugando con trampa, vendiendo y comprando alhajas robadas. Pero las drogas son más negocio para ellos, aunque conducen a situaciones más violentas: al crimen.

—¿No ha estado en la cárcel? —preguntó Peebes.

—No se le ha podido probar nunca lo que era. La Policía intentó buscarle las vueltas y lo fichó como sospechoso. Nosotros también. Ahora se ha destapado bien, pero me parece que va a ser lo último que haga.

Park Avenue arriba, iba el coche recorriendo la larga distancia hasta casi el Harlem latino. En la Ochenta y Seis East Street torcieron a la izquierda, hacia Cari Shurz Park.

—¿El cuatrocientos sesenta y tres? —preguntó Peebes, frenando el coche ante una casa de cuatro pisos en buen estado, con amplio y limpio portal—. Estamos.

Se bajaron del coche y penetraron en el portal.

Examinaron la lista de los inquilinos, todos de apellido alemán, en un tablón con cristal.

—Conrad y Fritz Vogel. Piso segundo —dijo Bates—. Tal vez el padre, este Conrad. Vamos, Peebes —metieron la pistola en el bolsillo del lado derecho de la trinchera y fueron al ascensor.

Bates miró la hora en su reloj de pulsera. Eran las tres menos diez de la tarde.

Llamó Peebes al timbre eléctrico. Oyeron poco después unos pasos fuertes, que hacían crujir el entarimado. La puerta se abrió, y el viejo Vogel quedó plantado, muy erguido, ante los agentes especiales, que tenían las manos metidas en los bolsillos de la trinchera.

—Buenas tardes —dijo Bates, examinando de pies a cabeza, en una rápida ojeada, a Vogel—. Somos agentes del F. B. I.

—le mostró la insignia y el carnet, que el anciano vio, palideciendo ostensiblemente—. ¿Podríamos pasar?

—Sí —repuso Vogel, echándose a un lado.

Entraron los dos agentes, observando a su alrededor discretamente. Quedaron ante el alemán cuando éste cerró la puerta.

—¿Me permite que eche una miradita al piso? —dijo en tono un poco sarcástico Peebes—. Queríamos hablar con su hijo Fritz.

—Puede hacerlo, pero le advierte que no está —repuso Vogel dignamente—. ¿Quiere venir al cuarto de estar mientras su camarada registra? —dijo a Bates.

Peebes, con las manos en los bolsillos de la trinchera; se metió en un pasillo con paso rápido.

Bates entró tras Vogel. Ya había observado, con su fino instinto psicológico, que el viejo alemán estaba sufriendo mucho y que no parecía ser un hombre indigno. No había tardado nada en abrir la puerta, ni puesto cara insolente, hostil, de odio, cuando le dijo Peebes que iban tras su hijo. Solamente expresión de dolor, de humillación.

—Deseo decirle, si es su hijo Fritz a quien buscamos, que está en su derecho a no contestar a ciertas preguntas que le hagamos —dijo el joven agente—. ¿Es su hijo?

—Sí, señor —repuso Vogel—. Siéntese, haga el favor —señaló su propio sillón a Bates, que lo rechazó, sentándose en una silla.

Vogel permaneció en pie respetuosamente, pero digno.

—¿Sabe usted que su hijo Fritz ha cometido un homicidio, señor Vogel? —preguntó Bates, mirando fijamente al alemán.

Vogel no contestó. Respiraba fuertemente, como si le costase un

gran esfuerzo.

—Ha asesinado a un agente del

F. B. I.

—aclaró Bates— ayer a mediodía.

Peebes entró en el cuarto de estar y miró escrutadoramente a Wogel.

—No está, Bates. Era de esperar. ¿Dónde está su hijo? —preguntó a Wogel.

—No lo sé, señor —repuso el anciano con voz trémula—. Verdaderamente, no lo sé. Les doy mi palabra de hombre honrado.

Bates y Peebes cruzaron una mirada de inteligencia. Estaban muy acostumbrados a distinguir una persona honorable de un granuja.

—Siéntese, señor Wogel —dijo Bates en tono afectuoso al alemán, que obedeció.

Cogió de encima de la mesita su gran pipa de «fumar en casa» y ofreció el bote de tabaco inglés a los agentes, que sacaron sus pipas, llenándolas. Wogel lo hizo el último.

—¿Sabía usted que su hijo asesinó a uno de nuestros camaradas, señor Wogel? —preguntó Peebes cuando tuvo la pipa encendida.

Wogel lanzó una densa nube de humo perfumado. Bajó la cabeza, pero no contestó.

—¿Cuándo ha estado por última vez su hijo aquí? —preguntó Bates—. Le recuerdo que no está obligado a darnos una información que suponga delación contra su hijo.

—Gracias, ya lo sé —repuso Wogel, llenos los ojos de lágrimas—. Soy el padre de Fritz, señores. Me siento espantosamente... aterrado, pueden creerme. Pero soy su padre. Fritz se marchó de mi casa ayer tarde. No sé dónde está ni adónde iba. Creo que es mucho mejor para mí el que no lo sepa.

—Comprendo —repuso Bates en tono de respeto—. ¿Usted sabía que su hijo hacía una vida nada digna, señor Wogel?

—Sé que era un vago, que no estaba colocado, que no quería trabajar en nada. Sé que me estaba destrozando el corazón con su conducta —agregó, tragando saliva, y las lágrimas bajaron por sus mejillas—. Pero jamás pude imaginarme que llegara hasta esto. Debo pensar que Dios quiere probarme, y acepto resignadamente la cruz que ha puesto sobre mis hombros.

—¿Conoce usted a alguno de sus amigos, con los que más trataba, señor Wogel? —preguntó Peebes—. Me refiero a los amigos de su hijo. Nos hará un favor si nos los indica, porque sobre ellos estamos interesados.

—Mi hijo no traía aquí amigos, señor. Jamás me dio nombres de sus amigos o conocidos. Fritz tiene treinta, y un años ya —repuso Wogel.

—¿Tenía alguna amiga, ya comprende, o novia? —preguntó Bates a su vez.

—Tiene novia, pero es una muchacha absolutamente decente, a quien yo conozco y quiero. Ella no sabe realmente cómo es Fritz. Se llama Frida Bruckner y vive en el doscientos cuarenta y cuatro de la Setenta y Seis East Street, no lejos de aquí.

Bates tomó nota de aquella información, apuntándolo en su cuadernito.

—¿Es usted empleado, obrero o comerciante? ¿A qué se dedica, señor Wogel? —preguntó Peebes.

—Soy empleado. Contable-cajero de la casa Sindemann, de productos químicos. Esta casa está en el setecientos cincuenta y seis de Park Avenue, cerca del Central Park —repuso Wogel.

—¿Qué haría usted si su hijo se presentase aquí, en su casa, señor Wogel? —preguntó Peebes, mirando fijamente al anciano—. ¿Nos lo diría?

Bates hizo un gesto de repulsa a su camarada. Wogel bajó la mirada, estremeciéndose, pero no contestó a aquella pregunta de momento.

—Es mi hijo, señor —dijo al fin, en tono suplicante—. No sé lo que haría. No quiero pensar en ello. Es posible que yo mismo lo matase...

—Está bien, señor Wogel —cortó Bates en tono conmovido, levantándose—. Quiero decirle una cosa, amigo, y tómela en su verdadero valor: la Ley le respetará como padre de ese hombre siempre que usted, por defenderlo, no de lugar a nuevos hechos delictivos por parte de su hijo, o los cometa usted. No le pedimos que lo denuncie, si no quiere, pero tampoco se ponga usted contra nosotros por evitar el justo castigo que Fritz merece.

—Comprendo perfectamente, señor —repuso Wogel—. Esto es lo que he pensado hacer y lo que haré. Es mi hijo y no les digo que no

le quiera, aunque condene con todas mis fuerzas lo que ha hecho, lo que me ha estado engañando y la deshonra que se ha echado sobre sus hombros y los míos.

—Lamentamos sinceramente, señor Wogel —dijo Bates, ofreciendo su mano al anciano—, haberle molestado con nuestra presencia. Un hombre honrado, joven y ardientemente defensor del bien común ha sido asesinado en el cumplimiento de su deber. El que lo ha hecho debe pagarlo. Esto es muy doloroso para usted, lo sé. También lo es para nosotros, debe creerme. Buenos días, señor Wogel.

—Deseo que Dios le ayude a soportar este mal trago, señor Wogel —dijo Peebes a su vez, conmovido al ver llorar al anciano—. Esto solamente Dios lo puede arreglar, porque los hombres somos malos, malos...

Wogel los vio bajar la escalera, y después cerró la puerta del piso, sollozando. No sentía contra aquellos dos jóvenes agentes ninguna animadversión. Comparábalos con su hijo, y esto le producía un gran dolor y humillación. Mientras Fritz se portaba como un bandolero, aquellos dos muchachos luchaban por una de las más nobles causas, ofreciendo sus vidas casi anónimamente en tal empeño.

~~~~~  
¿Conoce usted

### **NOVELISTAS DE HOY?**

Es una colección que presenta las mejores novelas inéditas de los famosos escritores Baroja, López de Haro, Fernández-Flórez, Cela, Insúa, Laforet y otros, editadas maravillosamente al precio ínfimo de CINCO pesetas.

**EN LIBRERIAS Y QUIOSCOS**

Suscripciones a EDITORIAL ROLLAN

### III



ASÓ casi toda la tarde sentado en su viejo sillón, fumando incansablemente. De cuando en cuando, rendido de sueño, inclinaba la pesada cabeza sobre el pecho y dormitaba unos segundos, para despertar sobresaltado y volver a encender la pipa. Los pensamientos, unos instantes aquietados, agazapados, resurgían con renovado ímpetu, llenándole de angustia infinita.

Ya estaban sobre los pasos de Fritz... Nada menos que el F. B. I., tras él, en una búsqueda aterradora, cuyo final era previsible. ¿Qué podría Fritz, ni mil como él, contra el F. B. I.?

¿Qué puede un hombre, por inteligente y sagaz que sea, contra una

comunidad que lo ha señalado con el dedo como perturbador, indigno de figurar en ella, y se propone destruirlo?

¿Lo habrían capturado ya?

Cogió el bote de tabaco para cargar de nuevo la pipa, y observó que le quedaba muy poco. Había fumado de una manera exagerada, aunque en ello encontraba una extraña satisfacción, un descanso, no sabía qué a su excitación. Tenía que comprar otro bote. Se levantó y fué a ponerse el ligero gabán gris y el sombrero.

Un poco más abajo de su casa estaba la tabaquería de Müller, donde él compraba habitualmente los artículos para fumador. Entró y se acercó al mostrador. El viejo Müller, sonriente, siempre afable, cogió un bote de tabaco Navy Cut y lo dejó sobre el mostrador, ante el anciano.

—Buenas tardes, *herr* Wogel —dijo en tono melifluo. Se fijó en la palidez de su cliente y su rostro lleno, cuidadosamente afeitado, se puso serio.

—Buenas tardes, *herr* Müller —repuso Wogel, sacando su portamonedas y abriéndolo—. Mejor será que me dé dos botes, por favor. ¿Qué tal *Frau* Müller?

—Perfectamente bien, gracias —fué el comerciante y llevó otro bote, sin dejar de mirar de reojo a su cliente—. Hum, *Herr* Wogel —carraspeó, titubeante—, quería decirle algo... No creo que tenga importancia, por otra parte.

Wogel respiró profundamente, sintiendo que la angustia le oprimía aún más el corazón.

—¿Sí? Bien, ¿qué es ello? —dijo en tono vacilante.

—Hace unas horas, a las cuatro, o cosa así, vinieron dos agentes del

F. B. I.

—dijo Müller en tono quedo, inclinado sobre el mostrador—. A veces la Policía también lo hace. Pedir ciertos informes sobre vecinos, ¿sabe?

—Ya, ya. Entonces, le pidieron informes sobre mí, ¿no?

—Sí... Sobre usted. Pero aún más sobre Su hijo Fritz *Herr* Wogel —dijo aún más quedamente Müller, acentuando su afectuoso tono de voz—, me... lo han contado todo. Me ha consternado muy vivamente, se lo aseguro. Pero yo apenas sabía nada de su hijo, y así lo expresé a esos agentes. Puede estar seguro de que con

respecto a usted dejé las cosas bien aclaradas y sin lugar a dudas respecto a su honorabilidad sin tacha. Esto es todo, *herr* Vogel.

—Muchas gracias, *herr* Müller —contestó Vogel tragando saliva. Se le llenaron los ojos de lágrimas, y el tabaquero sintió que también la conmiseración y el afecto hacían que sus ojos miopes, tras las gafas, se cubriesen de agua—. Le quedo muy agradecido. No siempre los hijos son la bendición de Dios, *herr* Müller. O quizá Dios nos los envía, en ciertos casos, como el mío, para ponernos a dura prueba.

—Tal creo, *herr* Vogel —afirmó Müller, conmovido—. Por eso hay que aceptar las cosas resignadamente. Nunca Dios es injusto, ¿verdad? Permítame ahora expresarle, con toda mi simpatía, mi deseo de poderle ser útil en lo que sea preciso en este duro trance por el que está pasando. No dude de que seré absolutamente discreto.

—Mucho se lo agradezco, *herr* Müller —estrechó Vogel con fuerza la mano del tabaquero—. ¿Le he pagado?

—Sí, sí, *herr* Vogel. Si no quiere molestarle en bajar por su tabaco, pídale por teléfono. Cuánto necesite, ya lo sabe.

—Buenas tardes, *herr* Müller. Nunca olvidaré sus palabras.

Salió de la tabaquería, seguido por la mirada compasiva de Müller.

Bien, bien... Ya la gente comenzaba a saber lo que Frite había hecho. Müller era un hombre serio, discreto, honrado. *Frau* Müller, su esposa, era perfecta, pero habladora, y muy relacionada. Seguramente que ya todas sus amistades estaban enteradas, por teléfono o en visita personal, de lo que Fritz había hecho. Bueno... ¿Qué más daba, si dentro de un rato saldrían los diarios vespertinos con la noticia sensacional? Lo sabrían millones de personas por los diarios, por la radio, por la televisión. Lo sabría todo el mundo, cientos de millones de personas.

¿Lo habrían apresado ya?

No se decidió a regresar a su casa. Necesitaba hacer un poco de ejercicio, tomar el aire, tratar de esparcir el ánimo.

Se acordó repentinamente del padre Behrens, el sacerdote católico, bávaro como él, su mejor amigo y consejero. Un hombre siempre dispuesto a ser el apoyo y consuelo de los que lo necesitaban. Vogel, cuando Hitler perseguía sañudamente a los

católicos, escondió en su casa al sacerdote y le tuvo varios meses oculto. Después, ambos, con Fritz, fueron desde Munich, a través de los Alpes, andando casi siempre, hasta Suiza, perseguidos por los nazis. Desde Italia saltaron a Estados Unidos, encontrando allí su segunda patria. Todo esto hizo que la amistad entre los dos hombres fuese imperecedera.

Fue hasta Park Avenue y después fue bajando, andando a paso lento, los hombros hundidos y la mirada fija en el suelo, hasta la 84 East Street, que cruzaba la avenida de derecha a izquierda. En el 678 entró, tomando el ascensor, que le dejó en el piso sexto.

El padre Claudius Behrens contaba unos cincuenta y ocho o sesenta años. Era de alta estatura y sumamente delgado. Su rostro parecía el de un asceta por su demacración, brillando en lo hondo de las cuencas unos ojos vivos, inteligentes, negros. Vestía la sotana, muy limpia, negra, que le hacía aparecer aún más alto y más delgado. Su cabellera era totalmente blanca, bastante larga.

—Hola, Vogel —exclamó con alegría al abrirle la puerta—. Pase, hombre de Dios, pase. Cariacotecido, ¿verdad? —Su voz se hizo metálica, cariñosa, mientras una de sus manos largas y nerviosas apoyada en un hombro de Vogel, iban por el pasillo hacia el cuarto de estar, confortablemente amueblado.

Vogel le miró con cierto estupor.

—Vaya, siéntese —señaló un sillón, junto a una mesita—. Sí, Vogel, lo sé. La noticia más amarga que he recibido en mi vida, se lo aseguro. Han venido dos agentes del F. B. I.,

a indagar sobre usted y ese desdichado Fritz. Terriblemente desolador, amigo mío. Pero no inadmisible, por desgracia. Ande, fume en su pipa, y charlemos —se levantó y cogió de un cajón un estuche, del que extrajo una vieja pipa, en la que fumaba Vogel cuando iba a su casa.

—Van muy aprisa, ¿verdad? —murmuró Vogel con voz temblona, lívido el rostro, de gruesas facciones.

—No tanto comparado con la vertiginosidad de ese desdichado muchacho en caer al abismo —contestó el padre Behrens, sentándose ante su amigo y feligrés—. Pues vinieron dos agentes, Vogel, no hace ni una hora. Los despaché poniendo, como ya supondrá, todo mi afecto por usted. Ellos ya saben quién es usted.

De Fritz...

—Sí. Al fin la hizo, padre. Pero nunca creí que llegara hasta ese extremo —murmuró Wogel, con voz desmayada.

—Yo tampoco. Siempre creí que mis sermones, mi cariño hacia él, pese a todo, dejarían en su alma un rescoldo, un cierto freno o temor a sobrepasar el límite de lo prudente, pero ha saltado por encima de todo. Me considero fracasado, Conrad —suspiró profundamente.

—Yo también. Más que fracasado, porque hice lo que pude por él, engañado, traicionado. Los padres nunca tenemos la suficiente energía para reprimir debidamente a los hijos que apuntan hacia la perversidad, la maldad. Ellos también lo saben y explotan nuestra debilidad. Fritz es mucho peor de lo que yo suponía. Ahora no tiene remedio, ¿verdad?

—Es su alma, ahora, lo que me llena de preocupación, Wogel —contestó con dulzura el padre Behrens—. Solamente su alma, entregada al genio del mal. En este mundo, amigo mío, debemos llevar el mayor trecho de camino andado hacia nuestra salvación, cuando Dios nos llame. Su alma, Conrad, su alma...

—Lo ejecutarán, ¿verdad? —insistió Wogel con voz trémula—. Sí, claro... Ha matado a un agente del

F. B. I.

El padre Behrens no contestó a aquellas palabras. Sus negros ojos escrutaban a aquel rostro contraído por el dolor. Era difícil consolar al anciano, que pretendía ignorar infantilmente lo que le esperaba a Fritz.

—Nuestro paso por este mundo, Conrad, es como la caída de una estrella, por su fugacidad. En cambio, hay algo que pervivirá y que por ello debemos cuidar limpio, porque nos pedirán cuentas de ese depósito y lo examinarán escrupulosamente. No nos asuste la muerte, si tras ella hemos de encontrar...

—Gracias, padre. Le comprendo perfectamente —expuso Wogel con aire resignado—. Pero es mi hijo, mi hijo... Si se hallase enfermo, próximo al fatal trance, y fuese bueno, creo que sería otra cosa muy diferente. Pero Fritz, tal como es y con lo que ha hecho, me inspira horror, y un más acendrado cariño inexplicable. Merece todo cuanto hagan con él. Mas está solo y su alma no ve, no ve... ¡Es mi hijo, padre Behrens, y siento más angustia por él que la que

pueda él sentir si se ha dado cuenta de la infamia que ha cometido! Esto es lo que sentimos los padres, y por eso jamás podemos ser jueces imparciales de nuestros hijos. ¡Qué crimen el de los hijos que defraudan, engañan y deshonoran a sus padres!

—¡Qué crimen el de que, siendo hijo de Dios, le traiciona y le niega! —murmuró el padre Behrens con tristeza—. ¡Su alma, Conrad, su alma es la que debemos salvar! Ya he dicho a esos agentes que cuando..., bueno, cuando llegue el momento en que pueda hablar con Fritz me avisen inmediatamente. Han accedido, naturalmente.

—Van muy aprisa —murmuró Wogel, temblando su mentón—. Le cogerán pronto, ¿verdad?

—¿Sabe usted dónde está metido? —inquirió el padre Behrens, rehuyendo la terrible contestación—. Ya supondrá que no me guía otro fin que el de poder hablarle. Si pusiera detener su marcha fatal... Si pudiera hablarle y él quisiera escucharme...

—Se marchó anteayer, tal vez después de asesinar al agente del F. B. I.

Me pidió por teléfono que le hiciese la maleta. Regresó a casa y partió a los pocos minutos. Ya temía que le siguiesen. Me dijo que no me decía adónde iba por si yo... le delataba. Se marchó y me alegré. Si se hubiese quedado más, creo que lo hubiese matado... Ahora no vivo...

—Fritz le quiere a usted, aunque a su manera —explicó el padre Behrens—. Eso lo sé positivamente. Pero quiere aún más las riquezas, lo material y abyecto. Por eso tomó por la mala senda. Los amigos indeseables son los que le han perdido. La facilidad relativa en tener a la mano una vida relajada, ociosa, es lo que le ha fascinado.

—Me ha dicho uno de los dos agentes que han estado a verme al mediodía que aunque no me exigen que delate a mi hijo, si llego a saber dónde se encuentra, debo abstenerme en absoluto de ayudarlo de cualquier manera —dijo Wogel, después de llenar de nueve su pipa de tabaco—. ¿Es esto realmente inmoral, el que yo desee salvarlo, padre Behrens?

—Muy delicada pregunta, Conrad, amigo mío —repuso el sacerdote con gravedad—. Decirle a usted que no haga por su hijo lo que pueda, pudiéndolo hacer, parece un desatino, en efecto. Pero

¿usted desearía sinceramente que el crimen que ha cometido su hijo quedase impune? ¿No cree que eso sería burlar a la Justicia, mofarse de todo aquello que es el respeto a la vida del prójimo, del «no matarás» que predicó Jesucristo, de los principios más sagrados que defendemos quienes somos honrados?

Wogel vaciló, bajando la cabeza.

—He preguntado a los agentes del

F. B. I.,

que me han visitado si el agente asesinado tenía padres, esposa, hijos, Conrad —siguió el sacerdote en tono severo—. Me dijeron que sí. Tenía sus padres, ya ancianos, esposa y dos hijos pequeños. Fritz los ha hundido en la desesperación, en el dolor. El agente asesinado por Fritz no era un ser perverso, sino que se consagraba a defender el bien común, a velar por la tranquilidad de todos nosotros. ¿Me comprende, Conrad?

—Sí. Mi hijo no debe burlarse de lo que es nuestra propia vida de ciudadanos honrados —reconoció Wogel con profunda tristeza—. Él es quién se ha buscado el justo castigo que se merece.

—Si usted encuentra medios de salvarlo, de hacer que huya de aquí, habrá de enfrentarse con su propia conciencia, que le acusará de cómplice y encubridor de un asesino, que no ha matado en defensa propia, ni por una causa más o menos justificada, sino por perversión, por perseguir móviles condenables. ¿Tendría usted la seguridad de que Fritz, una vez a salvo, impune su crimen, no volvería a delinquir, quizá con más sadismo aún? Conrad, usted puede, como padre de Fritz, perdonarlo quizá, pero no puede ni debe impedir que su hijo sea juzgado y condenado con justicia. No debe tomarse la justicia por su mano, como indicó antes habría hecho de seguir en su casa Fritz. Sería otro crimen, del que habría usted de responder. Fíemos de dejar que la Justicia siga su curso, y que Dios inspire a aquellos que han de juzgarlo. Nosotros, usted y yo, debemos de salvar su alma, solamente su alma.

Wogel se levantó del sillón, dejando la pipa sobre la mesita. Se puso el gabán, ayudado por el sacerdote, cogió el sombrero y miró con infinita pena a su amigo.

—Es justo cuánto me ha dicho, padre —murmuró sordamente—. Lo hubiera dicho ya también a otro hombre, en mi caso. Pero Fritz es mi hijo... Si lo cogen, será ejecutado. No quiero pensar lo que

habré de hacer si un día él llama a mi puerta porque solamente espera auxilio de mí. No quiero pensarlo.

—Si ese momento llega, llámeme inmediatamente, Conrad. Es el mismo Fritz el que ha de entregarse, pero eso no lo lograremos sin haber despertado su alma y hecho saber lo que le corresponde hacer —repuso el sacerdote con el mismo tono de gravedad—. Iré a verlo con frecuencia, Wogel. Venga usted también aquí y pediremos juntos a Dios por Fritz, porque le hace mucha falta, mucha. Adiós, Conrad.

—Adiós, amigo mío —repuso Wogel, estrechando con fuerza la mano del sacerdote—. Me han hecho mucho bien sus palabras, como siempre.

Bajó el anciano la escalera apoyándose en el pasamanos, tal que si le faltasen las fuerzas.

Era ya de noche y oyó a los vendedores de los diarios vocearlos mientras corrían, repartiénolos rápidamente. Se referían «al hallazgo del cadáver de un agente especial del

F. B. I.,

en Chinatown». Ya la Prensa lanzaba a los cuatro vientos el relato del crimen de Fritz.

Detuvo a un muchacho que vendía los diarios y le compró un ejemplar. Lo guardó en un bolsillo de su gabán y siguió su lento caminar. Sentía deseos de detener a los vendedores aquellos y comprarles todos los ejemplares que llevasen encima. En la primera plana había visto dos retratos de Fritz, de frente y de perfil, como los que se hacen de los maleantes y asesinos ya fichados por la Policía.

Esto era una cosa que ignoraba el anciano: que su hijo ya hubiese pasado por ese infamante trance, seguramente después de haber cometido un delito.

Entró en su piso y dejó el gabán y el sombrero en el perchero, sacando el periódico del bolsillo. Le quemaba las manos el papel aquel. Tenía miedo de leer lo que allí se diría de Fritz.

Se sentó en el sillón y desdobló el diario. Los retratos de su hijo le sobrecogieron. No parecía el mismo, aunque eran fieles en su reproducción. Tenía cara de bandido, de asesino... ¿Era aquél su hijo, su Fritz?

El diario relataba con sensacionalistas detalles el hallazgo del

cadáver del agente especial del

F. B. I.

Alan Hall, asesinado con sadismo, ahorcado después de ser herido en la nuca. Y una fotografía detallaba el comedor de aquel piso de la casa de Mott Street, con el montante de la puerta. Recalcaba la cobardía del asesino, la burla atroz y la insania de que hizo gala al recurrir a tal procedimiento.

Wogel tuvo que leer todo aquello haciendo grandes pausas. No sabía, no había sabido hasta aquel momento, que su hijo fuese tan malvado, tan encanallado. ¿Por qué asesinar al agente especial Hall de aquella forma? Eso era recrearse, dejar constancia de su absurdo orgullo, de su soberbia criminal. En una acción entre maleantes y agentes de la Ley era corriente que cuando uno de éstos caía era de un balazo, de una puñalada, en la lucha promovida. Pero dejar sin sentido al agente aquél y luego ahorcarle, como si fuese una justa ejecución...

El periódico decía también que Fritz Wogel pertenecía al «gáng» de Bob Purdy, el cual había desaparecido, signo inequívoco de su culpabilidad. Era un «gang» que hacía contrabando de drogas.

Asesino y traficante en drogas... ¿Cabía mayor abyección? Fritz era uno de aquellos repugnantes distribuidores de estupefacientes, en resumen.

Se levantó, dejando el periódico sobre la mesita, cuando oyó sonar el timbre de la puerta del piso. Abrió, y ante él apareció Frida Bruckner, la novia de Fritz. Una Frida en cuyo rostro había un dolor inenarrable.

Tenía mediana estatura, era rolliza, muy germana, con sanos colores, como una manzana, en las mejillas. Una cara infantil, con ojos azules claros ingenuos, dulces, frente espaciosa y labios finos, sin pintar.

—Pasa, hija —murmuró Wogel, cogiéndola de un brazo delicadamente.

Ella, cuando cerró la puerta, se echó en sus brazos llorando. Estuvieron así, sin hablar, acariciando él el suave cabello de la muchacha, color dorado.

—¡No es posible, *herr* Wogel, que él haya hecho eso! —clamó la joven cuando el anciano la empujó suavemente hacia el cuarto de estar—. ¡No es posible! ¿Usted cree eso que dicen los periódicos?

—Siéntate, Frida, siéntate —murmuró Wogel roncamente.

Ambos tomaron asiento en un sofá, cerca de la ventana. Wogel bendecía mentalmente a Frida, porque creía a Fritz, el canalla de Fritz, mejor de lo que era realmente. En medio del coro de maldiciones que miles, millones de personas, estaban ya lanzando sobre su hijo, aquella dulce muchacha se negaba a creer que su novio fuese un asesino, un traficante en drogas. Esto lo podía hacer solamente el amor; el amor de una muchacha de corazón de oro, ingenua, buena hasta lo infinito.

—Mis padres no saben lo que les pasa, *herr* Wogel —dijo ella, limpiándose las lágrimas con un pañuelo pequeñito, blanco—. Ahora dicen que no les sorprende nada de lo que se diga de Fritz, que ya lo sabían. ¡No es cierto que sea un asesino ni que venda drogas! ¡Le han cargado las culpas los sinvergüenzas de sus amigos! ¿Verdad que usted tampoco lo cree?

—Es cierto, Frida —afirmó débilmente Wogel, acariciando una mano de la joven—. Yo no sabía tampoco que Fritz fuese como ha demostrado ser. A todos nos ha engañado. Ayer me dijo él que había matado al agente del

F. B. I.

Frida miró con infinito asombro a Wogel. Como si contemplase a un loco que profiriese disparates inconcebibles.

—Entonces me ha engañado... a mí también —musitó ella, muy abiertos los grandes y bellos ojos—. ¡Me ha estado engañando, con lo que yo le quiero!

—Nos ha estado engañando a todos. A mí también, hija mía, y soy su padre. Yo sabía que era un bala perdida...

—Bueno, eso también lo sabía yo —interrumpió Frida con calor—. Fritz era eso: un fresco, un simpático fresco, con un carácter independiente, que parecía estar en las nubes, con sus negocios fantásticos. Yo vi que muchas veces tenía dinero en abundancia, y eso me hacía pensar que era un buen negociante, de esos que sin apenas esfuerzos pueden llegar a ricos. Quizá por eso le quería más. Me parecía brillante, lleno de inteligencia, un poco cínico, alegre. Pero esto, Dios mío...

—Esto es el resultado de aquello, Frida —repuso Wogel con pesadumbre—. Fritz estaba bordeando el precipicio. Quizá hice muy mal en no decírtelo a tiempo. Yo no podía suponer que se

precipitase. Para mí, como para ti, Fritz era el muchacho que cometía imprudencias, que era un ejemplo de desvergüenza, sin querer trabajar honradamente, que se reía de la moralidad, de la religión, de todo. Yo pensaba que tú lo encauzarías, cuando os casaseis. A mí me ocultaba todo y no me hacía caso. Ahora ya ves...

Frida lloraba silenciosamente, como si todo cuanto decía Vogel fuese a ella dirigido. No la entraba en la cabeza que el padre de Fritz fuese también un acusador implacable de su adorado novio.

—¿Sabe usted... dónde está? —preguntó al anciano, mirándole suplicantemente.

—No. Se marchó ayer al mediodía, después de matar al agente del

F. B. I.

Se llevó su maleta con ropas. No quiso decirme adónde iba.

—*Herr* Vogel, ¿no sabe realmente dónde está? —insistió la joven, cogiendo entre sus manos las grandes y temblonas del anciano—. ¿No me lo quiere decir? Yo quiero verle, hablarle, *herr* Vogel. Estoy segura de que me necesita ahora más que nunca. Todos están contra él y tal vez sea inocente. ¿Dónde está Fritz?

Vogel apretó a la muchacha contra él, sollozando. Era admirable Frida, con su candoroso amor, su espíritu maravilloso de sacrificio. ¡Y el canalla de Fritz sin haber sabido apreciar aquel amor, aquel ejemplo de bondad y honradez, que le hubiese devuelto al buen camino!

—No lo sé, hija mía, no lo sé. Te lo juro —murmuró el anciano—. Quizá sea mejor así. Me dijo que no me decía adónde iba por si yo le denunciaba. Es otro hombre, Frida. Estábamos engañados y debemos salir de ese error. Déjalo a un lado, hija mía. Mereces algo mucho mejor. Eres joven...

—¿Ha dejado usted de quererlo, *herr* Vogel? —preguntó Frida, contrita—. ¿A qué no? ¿A que ahora le quiere usted mucho más que antes? ¿Cómo no va a ser así si él está acorralado tal vez, acusado de algo espantoso?... ¡Pues yo le quiero más que nunca, sé que se estará acordando de mí, que debe de necesitarme! Eso es querer, ¿no?

Vogel movió la cabeza con desaliento. Frida juzgaba a Fritz como si fuese ella misma, con su pureza de corazón, de ideas, de sentimientos, pero víctima quizá de una obcecación que lo llevó a

matar. Era el amor puro de ella, como el de una madre. También la difunta Clara —miró al retrato de su esposa, sobre la chimenea—. Aquella bendita mujer, se expresaría como Frida. Todo menos creer que el hijo, ése el maldito canalla, asesino, que era.

—No, no, Frida, hija mía —repuso dulcemente Vogel—. No es eso. Fritz es mi hijo. Creía conocerlo. Por eso te digo que te pongas a un lado, que lo olvides. Pide a Dios que en el último instante Fritz pueda arrepentirse y acepte lo que le espera resignadamente. Anda, vete, hija mía. Procura olvidar, si puedes.

Frida se levantó del sofá. Ya no lloraba. Su rostro tenía una extraña expresión de firmeza, casi de fiera. Apretaba los labios con fuerza, y su mirada era fija, brillante, al contemplar a Vogel, que se había levantado también, vacilante.

—Creo que sé lo que debo de hacer —dijo entre dientes, con trabajo—. Necesito que él me diga, cara a cara, qué es lo que dicen de él. Quiero convencerme, *herr* Vogel. —¡No me basta con lo que usted me ha dicho, con lo que dicen esos papeluchos infames, sensacionalistas, que se ceban en él, porque no puede defenderse! ¡Yo lo encontraré!

Dio media vuelta y salió aprisa, sin despedirse de Vogel, sin volver la cabeza. El anciano oyó que la puerta del piso se cerraba violentamente, con gran ruido. Se sentó de nuevo, consternado por la actitud de Frida. Sintió mucha pena por ella, consciente del tremendo desengaño que se iba a llevar si lograba encontrarse con Fritz. Afortunadamente, no daría con él. Fritz quizá estaba ya muy lejos de Nueva York. Tal vez en Méjico o Canadá. No podía ignorar lo que le esperaba si era capturado, y habría puesto los medios para huir.

Fue a la cocina y encendió el hornillo eléctrico para calentar la cena. Estaba desfallecido, hambriento, después de más de veinticuatro horas sin comer nada. Puso sobre un plato una salchicha con coles y un huevo frito, cogió cerveza y pan, y se sentó tristemente, rezando unos instantes quedamente.

¿Dónde estaría Fritz en aquel instante? Si hubiera logrado huir...

El timbre del teléfono sonó en el cuarto de estar. Seguramente algún amigo, para expresarle su condolencia por «aquello». No iban a faltar importunos, curiosos, malintencionados, que deseaban hablarle de Fritz, saber qué pensaba él de su hijo, cuál era su

reacción.

—Hable —dijo en tono de fastidio cuando cogió el aparato.

—Hola, padre. —Wogel abrió los ojos con pasmo y se sintió invadido por una tremenda alegría, seguida de una oleada de terror —. No digas que no me acuerdo de ti, ¿eh? Estoy bien, y seguro, no muy... lejos de ti. Adiós, no sea que escuche algún idiota del F. B. I.

—rió, y Wogel oyó cómo colgaba.

Se dejó caer sobre su sillón, contemplando el micro teléfono con aire estúpido. Luego Fritz no se había marchado fuera de la Unión... Estaba en Nueva York, y no muy lejos de él. ¡Qué audacia la suya! ¡Qué cinismo! Habló alegremente, como aquel que se siente seguro, que no espera nada malo y puede burlarse de sus enemigos.

Volvió a la cocina con paso más vivo. Sentía que una alegría incontenible le invadía. No la deseaba. Fritz estaba loco, loco. ¿Era posible que soñase con escapar?

Y cenó mucho mejor de lo que minutos antes pudiera pensar.



#### IV



LEGÓ la hora de acostarse para Wogel. Eran más de las once y sentía y cansancio, después de no dormir nada la noche anterior, pasada en su sillón, fumando continuamente y pensando, siempre pensando en aquel hijo que le estaba destrozando el corazón. Fué al cuarto de Fritz, tal que si esperase encontrarlo allí, para despedirse de él, como todas las noches en que él iba a su casa, que no eran todas ni mucho menos.

Contempló su cama con ternura. Parecía que estuviese esperándole. Hanna, la negra asistenta, la había hecho, como siempre, por la mañana, ignorante aún de que Fritz era un asesino y nunca volvería a aquella casa.

Se sentó Wogel en el silloncito, contemplando lentamente la alcoba de su hijo. El armario, que contenía mucha ropa de Fritz todavía. La mesilla, donde había un cenicero y un paquete de cigarrillos, empezado, de Camel, que se dejó allí. El vaso y la jarra de agua. En la pared, donde daba la cabecera de la cama, un crucifijo de madera y metal, colocado allí por él, el padre, ante la sonrisa irónica de Fritz.

Suspiró Wogel, levantándose. Nunca más volvería a acostarse allí Fritz. Nunca más se despediría de él, o iría a fumar con él la última pipa, cuando ya él estaba acostado, y le dirigía un «sermón» en tono amistoso, intentando inculcarle buenas ideas, el deseo de trabajar en algo útil.

Sonrió el viejo ante una idea que le llenó de ternura. Iba a acostarse en la cama de su hijo... Sí, y así se sentiría más cerca de él, ocupando el lugar del cuerpo de Fritz. Hanna no habría cambiado las sábanas, ni la funda de la almohada.

Se quitó la ropa con prisa, llenos los ojos de lágrimas. Era un consuelo poder hacer aquello. Fritz era su gran amor, desaparecida Clara, la esposa, que dormía el sueño eterno en un verde cementerio de Munich, en Baviera. Era un maldito canalla, sí, pero era su hijo, su gran cariño, pese a todo. Los hijos jamás se dan cuenta exacta del amor de los padres, esto era sabido. Seguramente que si Fritz le viese ahora hacer aquello se reiría de él. Fritz se reía de todo, y, sobre todo, de las cosas del amor, de la dulzura y del sacrificio de su padre.

Se metió en la cama murmurando frases de ternura, tartamudeando. Apagó la luz y arregló la almohada, oliéndola, como si quisiera encontrar el olor de la loción que Fritz se echaba en la cabeza al peinarse. Se acurrucó, cerrando los ojos, poseído de una angustia tremenda. Nunca volvería Fritz, nunca. Dentro de poco, si seguía cometiendo locuras como la de no salir de Nueva York y hacer ostentación de audacia, acabaría por dormir en un calabozo de una cárcel. Después..., el sueño eterno.

El cansancio, el mismo dolor de corazón, la aplastante desgracia que lo apabullaba, fatigando su mente, le trajo el sueño, pesado, soñando con el hijo que le estaba quitando la vida.

El ruido del tráfico, cuando pasaban los camiones de limpiezas, el del repartidor de la leche, le hizo despertarse. Eran las siete y

media de la mañana. La hora indicada para levantarse y marchar a la oficina. Había dormido de un tirón toda la noche, cosa que creyó sería imposible.

—¿Le habrían detenido ya?

Por la noche era cuando la Policía verificaba más detenciones, generalmente. Eso hacían los nazis, allá por el año 1934, buscando católicos y judíos. Aquí no había nada de eso, pero el

F. B. I.,

buscaba a Fritz, y lo haría con más energía por las noches, verificando redadas.

Sonó una llave en la puerta del piso. Era Hanna la criada por horas. Era una negra joven, rolliza, de rostro simpático, un poco descarado, que mostraba siempre su blanca dentadura con coquetería. Wogel salió a su encuentro, ya vestido para salir.

—Buenos días, señor Wogel —dijo ella en tono azorado, portando las dos botellas de leche, recogidas en el portal de la casa. El anciano tuvo la seguridad de que la negra ya sabía lo de Fritz—. Buenos días... Digo que..., que habrá que hacer un solo desayuno, además del mío, ¿verdad?

—Sí, claro. Un solo desayuno —afirmó débilmente Wogel.

Hanna, baja la vista, trataba de ocultar las lágrimas. Era una muchacha de buena condición, y ya Wogel había observado en algunas ocasiones que miraba siempre a Fritz de manera extraña, devorándole con su cálida mirada, aleteando su ancha nariz, mientras su pecho se agitaba.

—Digo, señor —murmuró ella con voz trémula—, que me alegraría mucho que su hijo no fuese como dicen. Tan amable, tan alegre... —Partió precipitadamente hacia la cocina, taconeando ruidosamente.

Desayunó el anciano después rápidamente. Fue a la cocina y dejó dinero a la asistenta para hacer las compras.

—Comida para usted y para mí —dijo después, ya puesto el gabán y el sombrero.

—Señor: puedo venir más tiempo, si usted lo desea —murmuró la negra en tono afectuoso—. Para que no esté tan sólo...

—No hace falta, gracias. Ya sabe que mi hijo estaba poco tiempo en casa. Hanna: ¿ha leído los periódicos de la mañana? ¿Dicen si mi hijo... ha sido detenido ya?

—Oí la radio, señor, y nada decía de eso —repuso la negra.

—Gracias. Hasta luego, Hanna. Si viniese alguien, Policía o del F. B. I.,

dígales que estoy en la oficina, como siempre. Si llamase por teléfono mi hijo, pues... dígale que no estoy, claro es.

—Bien, señor. Supongo que su hijo no cometerá la imprudencia de llamar por teléfono, ni venir a esta casa. Sería una locura.

Wogel salió de su casa. En la esquina de la 85 East Street tomó el autobús que había de dejarle en Park Avenue, en el 756, en las oficinas de la

Sindemann & Co.

Iba con verdadero pánico a la oficina. Ya todos los jefes y empleados sabrían lo de Fritz. Y él tendría que resistir la natural tensión al ser blanco de las miradas de aquellas personas que eran sus compañeros y no podrían disimular sus sentimientos ante aquel suceso.

Penetró en el edificio y ya el «botones» del ascensor le miró con extraña curiosidad, aunque respetuosamente. Fue después a su oficina, al departamento de Contabilidad y Caja. Ni un solo empleado dejó de observarlo como si fuese un animal extraño, nunca visto, abandonando su trabajo por breves instantes para luego hacer quedos comentarios con el compañero.

—Buenos días, Hanke —dijo a su auxiliar, un joven de cabeza pequeña y falsa sonrisa de halago que desde hacía tiempo soñaba con suceder a Wogel en el cargo, para lo cual intrigaba cuánto podía cerca de los directores de la empresa.

—Buenos días, *herr* Wogel —repuso el empleado, sonriendo enigmáticamente—. *Herr* Sindemann me ordenó que tan pronto llegase usted le dijera que desea hablar con usted.

—Perfectamente —repuso Wogel, palideciendo—. Voy allá. ¿Hay algo de particular en la sección?

—Nada, nada, *herr* Wogel —repuso Hanke, tomando asiento, con ostentación, en la mesa de Wogel, en lugar de hacerlo en la suya, enfrente—. No se preocupe.

Wogel lo miró largamente, apretando los puños, palideciendo aún más. Después salió al pasillo y se detuvo ante el despacho del director, el judío Sindemann, a la vez copropietario del negocio. Llamó con los nudillos y esperó mientras se limpiaba el sudor

helado que cubría su frente.

—Pase —dijo una voz dura, metálica.

Wogel entró. Sindemann, un hombre grueso, calvo, con nariz prominente, ojos pequeños de ratón y rostro avinagrado, se levantó de su sillón, ante la mesa de despacho.

—Buenos días, *herr* Sindemann —dijo Wogel, con el sombrero en la mano, en actitud respetuosa—. Me ha dicho Hanke que deseaba usted hablarme.

—Buenos días, Wogel —repuso el judío, refregándose ambas manos nerviosamente—. Sí, en efecto, quería hablar con usted —cerró los ojos, como «concentrándose»—. Verá... Anoche tuvimos consejo de administración. Se habló del personal, naturalmente, entre otros asuntos. Como usted sabe. Wogel, hemos estado bastante tiempo tolerando el exceso de empleados que hay, admitidos durante la pasada guerra a causa de la gran amplitud que nuestro negocio tuvo. La guerra de Corea, después, nos permitió todavía ser benévolos y no despedir a ninguno. Mas ahora entramos en una normalidad que no nos permite en modo alguno mantener a todos.

—Comprendo, *herr* Sindemann —murmuró Wogel dignamente—. Debo cesar en mi empleo, ¿no es así?

—No es eso, Wogel —repuso Sindemann, sonriendo—. El Sindicato no nos permitiría tomar esa medida, siendo usted uno de los empleados más antiguos. Pero sí puedo concederle el retiro, si usted me lo pide. Y debe de pedírmelo. Wogel. Supongo que usted necesitará ahora mucho tiempo para dedicarse a sus asuntos personales, y que, por otra parte, no se encontrará en condiciones morales y físicas para desarrollar con la debida eficiencia su trabajo habitual. Hemos acordado concederle el ochenta por ciento de su sueldo, que asciende a setecientos dólares mensuales. ¿Qué le parece, Wogel? Somos justos, considerados.

—Acepto, *herr* Sindemann. ¿Cuándo ceso en el empleo? —contestó Wogel con voz entera, mirando fijamente al judío, que bajó la cabeza, algo confuso.

—Ahora mismo. Ya he dado órdenes a *herr* Hanke para que haga la liquidación correspondiente. Todos los meses, a primeros, un empleado le llevara la pensión. No es preciso que venga usted. *Herr* Wogel: la entidad le agradece los servicios prestados, y si

alguna vez desea un certificado nuestro, no vacile en pedírnoslo.

—Bien, *herr* Sindemann —repuso Wogel, ignorando la mano que le tendía el director.

Hizo una germánica genuflexión de cortesía, giró sobre sus talones y salió del despacho con paso firme, casi militar.

Hanke se levantó de la mesa, de su nueva mesa de jefe de Contabilidad y Caja, al ver avanzar a Wogel. Iluminaba su rostro hipócrita una sonrisa de superioridad y gozo.

—Bueno, Wogel —dijo con voz despectiva, señalando un sobrecito y un papel—. Ahí...

—Hanke: yo soy *herr* Wogel para usted, ¿comprende? —Le cogió de las solapas mientras acercaba su rostro al lívido del joven empleado—. ¡*Herr* Wogel! Y usted, para mí, será siempre Hanke, el ruin y mal compañero Hanke —le soltó con desprecio, no sin que Hanke se fuese para atrás, en virtud del empuje de los brazos del anciano—. Veamos la liquidación.

Los empleados, asombrados, en pie, contemplaron la escena. Wogel los miro con severidad y ellos volvieron a sus sitios. Hanke, confuso, tembloroso, abrió el sobrecito y se lo mostró a Wogel, que examinó la liquidación, contando el dinero que le daban. Se lo guardó, se puso el sombrero con energía, miró a Hanke de pies a cabeza y luego salió del despacho con pausado paso, haciendo gestos de despedida a aquellos empleados que desde siempre le demostraron afecto y camaradería.

Ya en la calle, mareado, turbado por el dolor, no acertó a pensar adonde iría. Lo habían despedido porque su hijo era un asesino, un maleante. Sindemann no hubiera vacilado en ponerlo en la calle, como el que arroja al arroyo un perro rebelde, de no saber que el Sindicato amparaba a Wogel y no hubiera permitido siquiera tal despido, injustificado por ser él, el empleado más antiguo y uno de los más eficientes. Pero debía dejar las cosas así. El retiro le bastaba para vivir holgadamente, sin los gastos de Fritz, que unas veces tenía mucho dinero y otras le saqueaba.

Acostumbrado a estar toda la mañana, hasta las dos, en la oficina, ahora se encontraba desorientado, mirando a su alrededor como si fuese un extraña en la ciudad. No concebía que también él tuviese que pagar, de aquella forma humillante, los pecados de su hijo. Tal vez Sindemann, con Hanke, el reptil venenoso, lleno de

ambición ruin, pensaron que él pudiera robar el dinero de la caja para ayudar a su hijo. Seguramente consideraron indigno para la entidad que el cajero fuese, el padre de un traficante en drogas, de un asesino.

Subió lentamente por Park Avenue hasta llegar a una de las puertas de Central Park. Compró a un vendedor de periódicos un ejemplar y penetró en un sendero, bajo los árboles sin hojas, porque el invierno llegaba ya. Anduvo unos minutos por una pradera, buscando un banco donde sentarse. Cuando lo encontró, vacío, llenó su pipa de tabaco y desdobló el diario.

En primera plana seguía apareciendo, en grandes letras llamativas, el relato del asesinato del agente del

F. B. I.,

Hall, así como los dos retratos de Fritz, «Si usted ve a un individuo que tenga el rostro como éste, denuncie su presencia a la primera autoridad que tenga a mano», decía un epígrafe bajo aquellos infamantes retratos.

Buscó en última hora del diario la noticia de que Fritz hubiera sido detenido ya, pero no había tal mención. El

F. B. I.,

callaba lo que estaba haciendo para capturar al asesino.

—No estoy muy bien que digamos —dijo una voz a su espalda, y Vogel oyó una risotada alegre, cínica.

Se volvió de un salto, sobresaltado, dejando caer el diario al suelo. Fritz estaba ante él, con unas gafas negras de gran tamaño ocultando sus ojos y un falso bigote rubio. Tenía el gabán con el cuello subido, y una bufanda ocultaba la mitad de su rostro. El sombrero flexible, gris, con el ala bajada.

—¡Fritz! —exclamó Vogel atónito, lleno de pánico—. ¡Hijo!...

Frite se sentó al lado de su padre con notable desenvoltura. Recogió el diario y contempló sonriendo sus retratos. Luego se volvió hacia el anciano, dándole una palmada en un muslo.

—Bueno, viejo: ¿qué te pasa? Veo que tienes más miedo que yo, si es que tengo algo. ¿No me agradeces que venga a verte? —rió burlonamente, sacando una pitillera de un bolsillo del gabán y cogiendo un cigarrillo.

—Pero... la Policía tal vez me signe, Fritz —susurró Vogel, con voz temblona, mirando a su alrededor con terror—. ¡Dios mío; estás

loco!

—¿Loco? ¿Porque me acerco a ti en plena calle? No los ves, pero me guardan cuatro amigos, dispuestos a defenderme si hace falta. Soy el segundo de Purdy, un hombre estupendo, y tengo bajo mis órdenes...

—¡Calla, Fritz, calla! —exclamó Wogel con acento imperativo, duro—. ¡Sigo pensando que eres un canalla! No tienes ni la más leve idea de lo que esto significa para mí. ¿No sabes que me han jubilado, esta misma mañana, en la oficina, todo porque soy tu padre?

—¿Que te han despedido? ¡Vaya con ese judío sarnoso! Y también habrá puesto su parte en eso Hanke, ¿eh? —repuso con buen humor Fritz—. No te apures, padre. Voy a hacer dos cosas: darte todo el dinero que necesites, porque lo tengo en abundancia, y liquidar a Sindemann y a Hanke. Son unos cerdos.

—¡No harás nada de eso, Fritz! —exclamó furiosamente Wogel—. ¡No tergiverses las cosas hablando como si fueses un buen hijo a quien le duele que su padre sufra! ¡De todo tienes tú la culpa!

—¡Bah! —rechazó Fritz, con un gesto de hastío—. Ya sé que los padres tienen la obligación de sermonear a los hijos que no son buenecitos ni aplicados. Déjate de monsergas que de nada valen. Lo hago esto porque es lo que me gusta y lo que me da dinero. ¿Crees que si yo dejo de repartir drogas el negocio se va a acabar, viejo tonto? Otros lo harían, hombre... Si uno no aprovecha las ocasiones, pues a morir.

Wogel se levantó del banco, muy pálido por la ira y la vergüenza.

—Estás loco, loco —dijo con voz queda, dolorida—. ¡No puedo creer que tú, mi hijo, puedas caer tan bajo, ser tan canalla! ¡Por qué Dios no te fulminará, antes de que sigas cometiendo más crímenes y bellaquerías!

Dos hombres, paseando, se acercaron lentamente al banco. Iban con trinchera, cubiertos con sombreros flexibles, llevando las manos en los bolsillos. Hicieron una seña a Fritz, que se levantó sonriendo.

—Mi escolta, padre —dijo, señalándoles con un gesto—. Dicen que ya está bien mi paseo. Bueno, viejo gruñón —le dio una palmada en la espalda—, ya nos veremos otro día. No pensarás que el

F. B. I.,

me va a coger, ¿eh? Me tiene mucho respeto —rió, alejándose, en tanto que otros dos hombres le seguían con las manos en los bolsillos de las trincheras.

Wogel volvió a sentarse, incapaz de sostenerse sobre sus recias piernas. Miró alejarse a su hijo, encuadrado entre los maleantes que le protegían. El terror y la humillación le ponían enfermo, desfallecido. Fritz se hundía más y más en aquel fango que lo iba a ahogar. Nada de estar arrepentido, ni de sentir temor por el justo castigo que le esperaba. Su depravación era completa, absoluta. Uníase a ello una petulancia suicida, una creencia estúpida, inconsciente, en que el

F. B. I.,

era incapaz de poder con él, de detenerlo, que causaba escalofríos. Y, por encima de todo, aquel desprecio y mofa de Dios, que era todavía mucho más suicida. Fritz no parecía tener redención posible.

Pensó el anciano en la amenaza de su hijo de «liquidar» a Sindemann y a Hanke como «castigo» o represalia por haber despedido a su padre. Esta amenaza la creía grave. Fritz se consideraba en este asunto como un «hombre justo», y seguramente iba a cometer una nueva salvajada, creyendo así poder vengar a su padre. Como si el hijo no hubiera cometido infinitas malas acciones contra él sin tener en cuenta que le ofendía, le deshonoraba.

Aquel cúmulo de terrores, angustias y sobresaltos le impedían ya a Wogel recapacitar con su antigua lucidez, tan disciplinada y metódica. Se sentía desbordado por los acontecimientos. Veía a su hijo como si corriese alocadamente por la gran cornisa del Empire, sin temor ni preocupación alguna, hasta que un resbalón, un paso en falso, inevitable, lo precipitase al abismo. No valía advertirle ya. Fritz estaba cayendo y era imposible detenerlo. Faltaba saber si al estrellarse en el suelo aplastaría a alguien que circulase por allí tranquilamente.

Salió del parque, caminando lentamente, hundidos los hombros, fija la mirada en el suelo. Era ahora Frida la que le causaba honda angustia con su actitud ingenua al no creer a Fritz culpable directo de aquel asesinato, y su designio de hacer por verlo. La muchacha le amaba por encima de todo, y ello le iba a producir un daño

irreparable. No cabía admitir que ella atrajese a Fritz al buen camino después de lo que había hecho y lo que pensaba respecto a su conducta propia. Fritz no se arrepentía de nada.

Llegó a su casa, pues fue andando, cansado, deprimido. Creyó que sentiría mucha alegría al ver de nuevo al hijo, y lo cierto era que no fue así. Fritz no sentía arrepentimiento alguno por su canallesca acción. Su alma, si es que la tenía, estaba entregada por entero al Enemigo.

Se sentó en su viejo sillón y lleno con tabaco la pipa, encendiéndola. En la cocina, Hanna preparaba la comida mientras pensaba en aquel rubio hombre, tan guapo, tan blanco y atrayente. Le gustaba Fritz y recordaba momentos que la llenaban de emoción haciendo que su sangre circulase con apresuramiento. Fritz ya no volvería más.

---

¿Conoce usted

### NOVELISTAS DE HOY?

Es una colección que presenta las mejores novelas  
inéditas de los famosos escritores Baroja, López  
de Haro, Fernández-Flórez, Cela, Insúa, Laforet  
y otros, editadas maravillosamente al precio in-  
fimo de CINCO pesetas.

EN LIBRERIAS Y QUIOSCOS

Suscripciones a EDITORIAL ROLLAN

## V



Sindemann, el director de la casa  
Sindemann & Co.,

las dos y cuarto,

acompañado por el nuevo jefe de Contabilidad y cajero de la entidad, Hanke, oficioso, sonriendo melosamente, salían del edificio donde estaban las oficinas, en Park Avenue. Era el momento en que mayor afluencia de peatones y coches había en la calle. Ya todos los empleados habían salido, y Hanke hizo una seña al coche de Sindemann para que se acercase, entrase en él su jefe y él cerrase la portezuela, como buen lacayo, quedándose en la acera con la falsa sonrisa de adulación. Esta actitud fue la que le permitió ir socavando el puesto al digno y honrado Wogel, hasta conseguir que fuese despedido.

En el gran portal, Sindemann y Hanke se detuvieron, charlando sobre asuntos del negocio. Sindemann, duro, despótico, aunque muy asequible a la vanidad, se sentía halagado por las frases melosas de su empleado, todo gestos de humildad, sonrisas y genuflexiones.

El coche estaba ante la puerta, ya con la portezuela abierta por el chofer, esperando. Y en aquel instante, un coche azul se detuvo detrás del de Sindemann, aunque a unas quince yardas de distancia. En las dos ventanillas del costado del vehículo asomaron la cabeza Fritz y otro hombre.

—Ésos son —dijo Fritz, sonriendo con ironía—. Vamos, aprisa, antes de que entren en el coche.

Asomaron por la ventanilla dos cañones de otras tantas «Thompson». El coche retrocedió lentamente, para tener tiempo de enfilar el centro de la calzada sin dificultad. Y sonó de repente, restallante, el fragor de dos ráfagas, cortado tan rápidamente como empezara. La gente, asombrada, miró a su alrededor, no sabiendo si aquellas secas detonaciones fueron de arma de fuego o del escape de gases de un coche.

Sindemann y Hanke cayeron al suelo, ante el pasmo de unos peatones, por milagro no alcanzados por las ráfagas mortales. Se agruparon a su alrededor, gritando, y otros corrieron, espantados, temerosos de una nueva agresión.

El coche de Fritz y sus acólitos arrancó velozmente, entrando en la fila de los demás vehículos para luego adelantarlos, maniobrando con agilidad y pericia suicidas. Unos segundos después estaba muy lejos, entrando en las calles del este de la ciudad, junio al río.

Varios «cops», llamados apresuradamente, examinaron los cadáveres de Sindemann y Hanke, acribillados de heridas de bala. No les fué difícil conjeturar que había sido un típico atentado de «gánsters». Y minutos después el portal estaba lleno de agentes de paisano, de periodistas y peritos policíacos, que subieron a las oficinas, comenzando las indagaciones, en tanto que muchos coches oficiales pretendían encontrar rastros del paso del coche azul en el que iban los «gánsteres».

Wogel se decidió a telefonear al F. B. I, justamente cinco minutos antes de que Sindemann y Hanke cayesen bajo las balas de Fritz y su compinche. El tomar tal decisión le costó gran trabajo y

más de hora y media de reflexión. No sabía cómo decir al

F. B. I.,

que estaba enterado de que Fritz pensaba matar a aquellos dos hombres como represalia por el despido de su padre. Realmente, no tenía la absoluta seguridad de que Fritz fuese a hacerlo. Tal vez era una bravata del hijo, envalentonado por la aparente impunidad en que había quedado el asesinado del agente Hall. Si llamaba al

F. B. I.,

quizá Frita no cayese en las garras que le amenazaban. Era tomar partido a favor del

F. B. I.,

en contra de su hijo. Y era confesar que lo había visto, que había hablado con él.

Pero fuese o no real la amenaza de Fritz contra Sindemann y Hanke él tenía que hacer algo para cortar el paso a su hijo en aquella marcha hacia otra nueva catástrofe. Lo mismo debía de hacer con Frida.

Llamó a la División neoyorquina y se puso al aparato el inspector Strong. Wogel, tartamudeando, agobiado por la angustia, habló como si estuviese cometiendo la más abominable infamia.

—Soy Conrad. Wogel, señor —dijo, tragando lágrimas de dolor —. El padre de Fritz Wogel...

—Ya, ya sé. Habla con el inspector Strong —repuso el del F. B. I. —. ¿Qué hay?

—¿Está el agente Bates? —Wogel sentía simpatía por aquel muchacho, tan comprensivo y noble, con el que habló anteriormente, cuando Fritz huyó.

—No está. Pero puede decirme a mí lo que sea —repuso Strong.

—Claro... Bien, señor inspector. Yo me he encontrado esta mañana... casualmente...

—¿Con su hijo? ¿Con su hijo, señor Wogel? —preguntó con interés Strong—. ¡Qué extraño! Bueno, siga, siga.

—Con mi hijo, sí. No estábamos citados. No sabía dónde se esconde ni lo sé... He sido despedido, jubilado de la oficina donde trabajaba. La Sindemann de Central Park setecientos cincuenta y seis Los padres debemos pagar las malas acciones de los malos hijos.

Sollozó Wogel el inspector le oyó.

—Eso es indigno señor Wogel —manifestó Strong conmovido—. Siga por favor.

—Sí, sí. Mi hijo..., yo le dije eso a mi hijo, señor inspector. Quise tocarle el corazón, por si era posible... Pero Fritz reaccionó insensatamente, como siempre. Me duele mucho tenerlo que decir, pero amenazó de muerte al señor Sindemann y a Hanke, el nuevo cajero... que ocupa mi puesto. Me dijo que los iba a liquidar.

—Comprendo, comprendo... Teme usted que lo haga. Bien, señor Wogel; tomo en consideración su advertencia. Sabemos aquí que es usted un hombre de conciencia. Esté descuidado. No sabemos, en realidad, dónde se ha refugiado su hijo. Perdimos la pista a raíz de asesinar él a nuestro agente, y lo buscamos. Gracias, señor Wogel.

—Adiós, señor inspector —repuso Wogel, colgando seguidamente.

Ahora, si Fritz intentaba asesinar a Sindemann y a Hanke, tal vez lo atrapase el

F. B. I.,

como consecuencia de la confidencia que él había hecho. Tal vez se promoviese un tiroteo y Fritz muriese.

Se levantó del sillón, enloquecido, apretándose las sienes con las manos y recorriendo el cuarto, de estar agudamente. Se detuvo ante la chimenea, mirando el retrato de su muerta esposa.

—¡No creas que lo odio, Clara mía! —exclamó, besando el retrato con verdadera furia—. ¡No sé qué es lo que debo hacer! ¿No comprendes que se ha lanzado ya por el camino del crimen y que matará por la menor molestia, por una simple sospecha, por gusto, por sadismo? ¡Yo no quiero que lo cojan, no! ¡Pero es un asesino, querida mía, un asesino! ¡Debo evitar que siga haciendo más daño, aunque ello me cueste, me cueste...!

Hanna asomó la cabeza, de chata nariz y oídos muy abiertos, de porcelana, atraída por los gritos inarticulados del anciano, que lloraba inconsolablemente. Después volvió a la cocina, limpiándose las lágrimas con el delantal. Pensó que su señor debía estar pasando todas las penas del infierno con tener un hijo como aquél. Y el caso es que era tan atractivo, tan buen mozo, y sabía besar con tanto apasionamiento, aunque fuese a una negra...

Una media hora después, Hanna, con el rostro asustado, se

presentó en el cuarto de estar.

—Señor... —dijo con voz queda, llena de pánico, restregando sus manos sobre el delantal—. Está ahí la Policía. Uno del

F. B. I.

Wogel se levantó del sillón, apartando la gran pipa de la boca.

—Que pase, mujer, que pase. A los del

F. B. I.,

no se les debe hacer aguardar..., porque si no pasan ellos sin pedir permiso —dijo con voz serena.

Bates, el agente especial, entró. Esta vez el rostro del joven demostraba honda preocupación.

—Buenos días, señor Wogel —dijo, sin tender la mano al anciano—. Mi jefe me envió a cierta misión, relacionada con lo que usted lo dijo respecto a Sindemann y su cajero, y...

—Sí, señor Bates. He creído que mi deber era prevenir el que mi hijo pudiera cometer nuevos disparates —repuso Wogel en tono abatido—. Siéntese, señor Bates.

—¿A qué hora supo usted que su hijo podría tomar esa determinación, señor Wogel? ¿A qué hora vio a su hijo? —preguntó en tono duro el agente.

—Pues... A las diez o diez y media. No salda en modo alguno que mi hijo se presentase ante mí. No estábamos citados, se lo aseguro. Me senté en un banco de Central Park, después de salir de las oficinas, y de repente Fritz me tocó en un hombro. Yo...

—¿Y desde las diez y media hasta pasadas las dos no se decidió usted a comunicar a mi jefe lo que se preponía hacer su hijo? ¿Por qué? —inquirió Bates, en tono aún más severo, mirando al anciano inquisitivamente.

—Señor Bates, porque Fritz es mi hijo —repasa con amargura Wogel, levantando los brazos—. Usted no sabe, no sabe...

—Lo que sé, señor Wogel, es que su aviso llegó tarde. Sindemann y Hanke han sido asesinados, a la salida de la oficina, por su hijo y dos maleantes —dijo Bates, levantándose de la silla con agitación—. Eso se podía haber evitado si usted hubiese cumplido con su deber, avisando a tiempo.

Wogel, lívido de horror, echó atrás su fornido cuerpo, apoyando pesadamente la cabeza sobre el respaldo. Bates se acercó a él porque el viejo había perdido el conocimiento y su respiración era

apenas perceptible Salió del cuarto de estar, llamando a la asistenta.

—Un vaso de agua —pidió en tono imperativo. Se ha puesto enfermo el señor Wogel. ¡Aprisa!

—Ustedes no tienen corazón, eso es —gruño Hanke, yendo hacia la cocina—. Tratar así al pobre viejo, que no tiene la culpa de nada... Por algo yo no me quiero casar. Tiene una hijos que salen granujas, y a sufrir.

Volvió con el vaso de agua, y con Bates atendió a Wogel, haciéndole tragar un poco de «*whisky*» y agua. Esperaron un poco, hasta que el anciano abrió los ojos y comenzó a llorar mansamente. Bates se sintió cohibido, lleno de compasión por él. Había comprendido la lucha que Wogel hubo de sostener para decidirse a llamar al

F. B. I.,

avisando lo que Fritz pensaba hacer. Era una delación, y eso para el padre, debió ser muy duro, aunque el sentido del deber predominó al fin.

—Dispense, señor Bates —dijo Wogel, tratando de aparentar serenidad—. Nadie más que yo puede sentir lo que mi hijo ha hecho de nuevo. Supongo que ustedes creerán que yo he querido vengarme de Sindemann y de Hanke por haberme despedido...

—No es eso, señor Wogel. Lo lamentable es que usted no se decidiera antes a darnos ese recado. Veremos lo que piensa de esto el fiscal del distrito. Es un nuevo lío, un endemoniado lío —farfulló Bates, paseando nerviosamente por la estancia—. La culpa es también nuestra, en cierto modo. Ne podíamos suponer que su hijo tratase de acercarse a usted, y por eso no le vigilábamos, señor Wogel. Nos hubiera sido muy fácil seguirle a usted los pasos, y así habríamos detenido a ese loco esta mañana antes de cometer esos dos asesinatos. ¡Bah!...

—¡Dios mío, cójanlo antes de que cause más daño! —murmuró Wogel, angustiadamente—. ¡No puede estar en libertad! ¿Cómo suponer que ese chico pudiera ser una alimaña?

—¿Le ha dicho dónde se esconde? —preguntó Bates, deteniéndose ante el anciano—. Oiga: debe darse cuenta de que, aunque sea su padre, no puede ya ni colocarse en una posición neutral. No hemos querido forzarle a que lo delate, porque eso nunca puede pedirse a los padres, pero usted mismo ha dicho que lo

cojamos, y es natural su indignación. ¿Lo sabe?

Wogel denegó con gesto, abrumado por las palabras de Bates y por su misma conciencia.

—No lo sé, señor Bates. Anoche... —vaciló, haciendo un gesto de suprema angustia— me llamó por teléfono. Me dijo que lo hacía para que yo supiera que se acuerda de mí. Que estaba... cerca de aquí. Pero no me dijo dónde. Colgó en seguida. Y esta mañana, supongo que me vio en Central Park por casualidad, paseando él.

—¿Le dijo usted que le habían despedido de la oficina?

—Sí. También le inculpé de eso, por su conducta. Quise... ver si era posible que al menos se arrepienta de ser como es. Entonces me dijo que me iba a vengar, liquidando a mi jefe y a Hanke. Yo le increpé...

—Claro; ya supondría él que usted no le iba a denunciar —murmuró Bates, con enojo.

—Hay otra cosa, señor, que quiero decirle —dijo Wogel, cargando nerviosamente su pipa—. También eso me vuelve loco. Se trata de Frida Bruckner. Es la novia de Fritz, ¿sabe? Una muchacha de oro, enamorada perdidamente de mi hijo. Ella estuvo aquí anoche, loca de dolor y desesperación. No cree que Fritz sea tan... malo como los periódicos y yo decimos. Que si fue otro el que asesinó a su camarada Hall... En fin, no me quiso escuchar, y está decidida a encontrar a Fritz a irse con él, para llevarlo al buen camino. ¡Dios la bendiga, por lo buena que es! Pero temo, temo...

—Es curioso que los granujas tengan casi siempre tan buenos partidos —murmuró Bates, sonriendo con sarcasmo—. Usted teme por ella, ¿no es eso?

—El padre de Frida es un buen amigo mío. Un hombre honrado. No se merece que su hija pierda la cabeza y haga una locura. Fritz no la respetaría ahora. En realidad, no le hacía gran caso nunca.

—Comprendo. Hable con el padre de esa muchacha y póngale en guardia de lo que su hija quiere hacer. ¿No lo ha hecho ya?

—No. Yo estoy... abochornado, comprenda, señor Bates, y temo hablar con nadie de todo esto. No sé si mis amigos de siempre continúan siéndolo ya. Los padres pagamos por los hijos. Nos dicen que la culpa es nuestra por no saberlos educar, por ser blandos, por taparlos cuando hacen algo malo...

—Emplee un medio indirecto, señor Wogel. Tiene usted un buen

amigo: es el padre Behrens.

—Yo he hablado con él de usted. ¿Es amigo el padre Behrens del señor Buckner, el padre de Frida?

—Sí, mucho. Bruckner es católico, como yo...

—Yo también, señor Wogel. Bueno, pues hable por teléfono, ahora mismo, con el padre Behrens, y que el indague las intenciones de Frida y advierta a sus padres de que deben vigilarla, evitar que se entreviste con Fritz. Telefonee ahora mismo. Así estaremos más tranquilos.

—Buena idea, señor Bates —repuso Wogel, en tono agradecido.

Y acto seguirlo marcó en el teléfono el número del padre Behrens, que estaría en su casa ya quizá comiendo.

—Buenos días, padre —dijo, cuando la comunicación se estableció—. Soy Wogel.

—Buenas tardes, Conrad. ¿Qué tal se encuentra? —repuso el sacerdote—. Esta misma tarde pensaba ir a verle, hacia las seis.

—Oiga, padre: quiero pedirle un favor. En este momento no sé si Bruckner es mi amigo o no, después de lo ocurrido...

—¿Por qué no, Conrad? Usted no es su hijo, gracias a Dios. Pero comprendo su estado de ánimo. Siga, amigo mío...

—Anoche estuvo a verme Frida. Ya sabe que es novia de Fritz. Vino exasperada, loca, la pobrecilla. No cree que Fritz sea un asesino, sino que sus amigos le culpan de ello para comprometerlo más. Bueno: ella dijo que pensaba buscar Fritz. Iría con él para pedirle que no siguiera por ese camino.

—¡Oh! Frida es encantadora; muy buena, pero... murmuró el sacerdote. —Creo que comprendo lo que usted teme y lo que desea de mí.

—Sí, padre. Está conmigo el agente especial Bates, y le he puesto al corriente de este asunto. Aprueba que usted indague, lo antes posible, si Frida sigue con tal propósito y aconseje a sus padres que vigilen.

Bates, que podía oír la conversación, dijo a Wogel:

—Que lo haga ahora mismo. Que se entere si Frida está en su casa. Iré yo a verla, a sus padres.

—Me indica el agente Bates que telefonee usted ahora mismo a casa de Bruckner preguntando por Frida. El agente irá a hablar con ellos también —dijo Wogel al sacerdote.

—Muy bien. Salude en mi nombre, a ese buen muchacho, haga el favor —contestó Behrens—. Voy a llamar a Bruckner. Volveré con usted después.

—Muy bien, que Dios le pague tanta bondad y amistad. Esperamos.

—¿Ha comido usted, señor Bates? —preguntó Vogel, deteniéndose ante el agente especial—. ¿Querrá aceptar un poco de salchicha alemana y un vaso de fresca cerveza? Yo me olvidé de comer...

—Gracias, no. Nosotros comemos cuando podemos —sonrió Bates, forzadamente—. A veces, ni podemos hacerlo en veinticuatro horas.

—¿Tiene usted padres, señor Bates? ¿Viven todavía? —preguntó Vogel, sentándose en su sillón y mirando con impaciencia al teléfono.

—Sí; gracias a Dios. Los tengo en Los Ángeles —repuso el agente.

—También sufrirán muy malos ratos, ¿verdad? Su profesión es arriesgada, aunque todos debemos bendecirla. Yo me hubiera sentido muy orgulloso si Fritz...

El timbre del teléfono sonó, cortando la frase de Vogel, que descolgó con ansiedad. Bates se colocó al lado del anciano para escuchar.

—¿Conrad? —dijo la voz dulce del sacerdote—. ¿Conrad?

—Sí, padre. ¿Qué?

—Bueno, Conrad. He hablado con el mismo Bruckner. Pregunté por Frida, y me ha dicho que anoche ella se fué a Coney Island, a casa de una hermana de su padre, a pasar allí unos días...

Bates y Vogel se miraron. El agente especial arrebató el aparato a Vogel, aunque permitiéndole escuchar, para lo cual apartó de la oreja un poco el micro teléfono.

—Perdone, padre Behrens —dijo el joven, con voz apremiante—. Frida se ha marchado a Coney Island a casa de una hermana del señor Bruckner, ¿no?

—Hola, hijo mío. Sí; eso he dicho. Pero... ¡Oh Dios mío! ¿Teme usted algo sobre esa marcha de Frida?

—No nos precipitemos, padre. Sea tan amable que vuelva a telefonar a Bruckner y dígame que desea hablar con Frida para un

asunto... cualquiera, relacionado con su iglesia. Pregúntele la dirección de su hermana, el número del teléfono. Y me lo dice, ¿quiere? Quiero tener la certidumbre de que Frida está allí, en Coney Island. Cuando Bruckner le dé el número del teléfono, la llama usted. ¿Comprende?

—Perfectamente, hijo mío. Dios haga que esa muchacha... Bueno; voy a telefonar. Hasta ahora.

Colgó Bates. Volvieron a mirarse profundamente el agente del F. B. I.,

y Vogel. Bates llenó su pipa de tabaco, adoptando una postura de indiferencia, sentado frente al anciano. Ambos miraron al reloj de la chimenea, que marcaba las cuatro menos cinco.

Eran las cuatro y siete minutos cuando el teléfono sonó, sobresaltándoles. Bates cogió el aparato.

—¿Conrad? —chilló la voz, alterada, del padre Behrens.

—Bates, padre. Hable.

—Malas noticias, hijo. En resumen, Frida no cota en Coney Island. No fué anoche allí; no saben nada de ella. Hablé con la hermana de Bruckner —dijo el sacerdote—, y puse mucho tacto al hacerle esa pregunta. ¡Válgame Dios, esa muchacha!

Wogel bajó la cabeza, apoyando el mentón sobre el pecho. Ya no podía sentir más angustia, más espanto y dolor que el que tenía encima. Bates, pálido, murmuró:

—Sí, padre, malas noticias. Frida se ha marchado con ése... —Miró, compasivamente a Wogel—. En fin, voy a buscarla, a hacer lo que se pueda por ella. ¿Querrá usted ir a ver a Bruckner y decirle lo que tememos puede haber pasado? Yo también iré, pero ahora hay que movilizar nuestras fuerzas para encontrar a esa ingenua. Gracias, padre pida a Dios que nos ayude.

—De todo corazón, hijo mío. ¡Válgame Dios, ese Fritz, ese Fritz!

Bates colgó violentamente el aparato, respirando con agitación.

—¡Señor Wogel, por qué anoche, cuando salió chica de aquí, no advirtió a sus padres, a nosotros! —gritó el joven, pálido de ira—. ¡Siempre tarde cuando no hay remedio!

Salió del cuarto de estar rápidamente, y a poco, anciano oyó el portazo en la entrada del piso.

—¡Dios mío! Quedando sin aliento y sin poder llorar ya, murmuró. —¡Dios mío detén la mano de ese mal hijo! ¡Haz con él

tu santa voluntad pero pronto! Me mata, me mata.

Quedó en un sopor, una medio inconsciencia, que hizo alarmarse a Hanna cuando entró para decirle que debía de comer, tomar algo.

—Vamos, señor, viejito —dijo, con voz apenada limpiándole con su sucio pañuelo la sudorosa frente—. ¡Pobre, pobre! ¡Ay, malos, perversos hijos, para qué nacerán! —Le cogió por el cuerpo, la cintura, para erguirlo, pues Vogel respiraba mal.

Después corrió a la cocina y regresó con una bandeja, en la que había una taza de café humeante, muy cargado, y tostadas.

Wogel la miró con reconocimiento. Tomó el café a pequeños sorbos y dos tostadas. Pareció recuperar rápidamente fuerzas, y Hanna sonrió, mostrando una blanca dentadura por entre los gruesos y amoratados labios.

—Vamos, vamos. Ahora duerma, viejito; pero sin pensar en esas cosas malas. ¿Le preparo su cama?

—Sí; pero no la mía, sino la de... la de Fritz —repuso el anciano, levantándose con trabajo.

Hanna le cogió del brazo, mirándole con ternura.

—La de Fritz... —rezongó—. La de ese hijo maldito. ¡Pues no se lo merece! Diferencia con ese guapo hombre del

F. B. I.,

que ha venido. ¡Vaya tipo elegante, estupendo para tenerlo de novio y casarse con él, y además, que es de los buenos, de los que hacen el bien!

Wogel se acostó en la cama de su hijo, y Hanna dejó en la oscuridad la alcoba; saliendo en puntillas. Estaba decidida a quedarse allí toda la tarde y la noche, en vez de las seis horas en que estaba contratada. Una profunda compasión por viejo Wogel, a la vez que un creciente odio por Fritz, del que estuviera un tanto enamoriscada antes. Ahora, su temperamento ardiente, fácil a la fantasía, se inclinaba por Bates, el joven agente gallardo, que era muy bueno, ya que ella estuvo escuchando toda la conversación habida entre él y su señor, y lo vio comprensivo, amable.

Hacia las ocho, Hanna acudió a la puerta a abrir, cuando oyó el timbre. Era el padre Behrens, sombrío, apenado.

—El señor duerme —le advirtió la muchacha negra, poco dispuesta a permitir que el descanso de Wogel fuese turbado por

nadie—. Está enfermo, padre.

—Todos lo estamos, muchacha —repuso el sacerdote, pasando al cuarto de estar y sentándose en el sillón de Wogel—. ¿Qué tiene?

—Nada; pero su hijo lo va a matar. Yo no sé, padre. Ese granuja acaba con su padre. Se le romperá el corazón, ya lo verá.

El padre Behrens asintió con un gesto. Conocía bien a su amigo, para temer que aquello fuese muy posible.

## VI



RIDA estaba buscando, desde hacía muchas horas, a Fritz Wogel. En su exaltada imaginación había enraizado la idea de que él la necesitaba urgentemente y que era preciso salvarlo de un peligro mortal. Para ella, Fritz era una víctima de aciagas circunstancias, de las que había que liberarle, restableciendo su indudable inocencia y poniendo las cosas en su punto. Fritz había sido acusado de asesinato, y esto no era cierto. Toda la culpa la tenían sus infames amigos, que lo metieron en un lío espantoso, y ahora su novio tenía que huir, incapacitado de poder probar su inocencia. Ella tenía que ayudarlo, porque para eso lo adoraba y él la quería. ¿Qué menos podía hacer una mujer por el hombre a quien amaba?

Llevaba muchas horas deambulando por sitios en los que antes jamás había puesto los pies, aterrorizada por la fama que tenían.

Era el Harlem negro; Chinatown. Su inconsciencia, su amor por el hombre a quien creía perseguido por la desgracia, abandonado injustamente por su propio padre, la hizo penetrar en lo más hediondo de aquellos bajos fondos, buscándole angustiadamente.

Ella tenía ciertos datos para intuir dónde podría hallarse Fritz. Su novio, con frecuencia, la había hablado de ciertos hombres, conocidos suyos, a quienes calificaba de «negociantes» con los que estaba en buenas relaciones. Sobre todo, un tal Bob Purdy; otro, llamado Adams; otro, Blaundy, y así varios más. Fritz la habló de ellos, siempre en tono irónico, como «buenos amigos» que en asociación con él le iban a proporcionar una buena fortuna, con la que podrían casarse pronto. Frida creía todo cuanto él la decía. Para ella, Fritz era el hombre modelo en inteligencia, audacia, buen golpe de vista y, sobre todo, honrado, aunque en los negocios no hay que confundir la bondad con la tontería ni la honradez con el dejar pasar buenas oportunidades para hacer un negocio, aun a costa de hundir al competidor. Esto era Fritz, y por ser así no debía ser recriminado.

Se pasó la noche entera entrando y saliendo en los bares, cafés, «*boîtes*», observando a todos los asistentes, por si entre ellos estaba Fritz. Cuando no lo hallaba, se dirigía a los camareros, cohibida, temerosa, creyendo ver en cada uno de ellos, un «gángster» con las peores intenciones.

—¿Conoce usted a un tal Fritz Wogel? —preguntaba, con ingenuidad, sonriendo precariamente, su rostro expresando el azoramiento y el temor.

—¿Cómo no, hermosa? —le respondió uno de aquellos camareros, observándola de pies a cabeza—. Hoy es más popular que Ike o el senador McDunn.

—Sí; bueno, pero... yo digo si sabe dónde está, dónde podré verlo —insistía la joven, con la mirada suplicante, manteniéndose sobre un solo pie, para luego hacerlo sobre el otro—. Soy su novia, sabe...

—¡Ah! Su novia, ¿eh? —contestó el hombre, sonriendo aviesamente—. ¿Y no lo sabe usted, y me le pregunta a mí, paloma? Bueno; Fritz es un perfecto idiota, convéngalo. Dejar así a su novia... Bien, pues yo creo que si tiene usted un poquito de paciencia lo encontrará no lejos de aquí —se encontraba Frida en

un club nocturno del Harlem italiano—, en un edificio que se llama Sing-Sing, bien instalado... y gratis. Ahora, niña, lo mejor que puede hacer es irse a casita y acostarse para soñar con angelitos.

Frida, roja de vergüenza, consciente del ridículo que hacía, salía de aquellos sitios execrables, donde era recibida con burlas, con intenciones que la espantaban, o simplemente con una negativa seca, displicente. Más no desmayaba por ello. Fritz tenía que estar en algún sitio, así como Purdy, Adams y los demás. Ella sabía que aquellos hombres, incluso Fritz frecuentaban aquellos sitios, en aquel ambiente, donde encontraban y hacían los «negocios».

En aquella noche de su huida del domicilio de sus padres, pretextando que se iba con una tía, en Coney Island, ella se lo había jugado todo. Tenía que hacerlo así para salvar al hombre vilipendiado, incluso por su propio padre, el rígido señor Vogel. Cuando regresara con Fritz y la verdad fuese puesta de manifiesto, entonces sería reconocido su gesto y considerada como una heroína.

Casi cuando amanecía, en esos momentos en que parece que la vida está fluctuando y la ciudad comienza a desperezarse, Frida, rendida, desesperando de poder encontrar a Fritz, caminaba por el Harlem italiano, cerca del puente de Triborough. A su derecha estaba la Ciento Veinticuatro Street, donde todavía brillaban las luces de neón de algún club nocturno de ínfima categoría. La calle estaba desierta, aunque no hacía mucho rato había visto un coche patrulla de la Policía que pasó lentamente.

Se dirigió a aquel establecimiento, cuyo anuncio luminoso rezaba «Palerno». No había estado allí, y, por tanto, iba a entrar. Ya sabía que el recibimiento iba a ser de los que levantan verdugones, pero no la importaba. La habían tomado por lo que no era; la habían empujado hacia la puerta de salida; había luchado por zafarse de groserías; se había peleado, y bravamente, con otra mujer, que creyó ver en ella una rival; quisieron arrastrarla a un reservado unos hombres borrachos, que decían llamarse todos Fritz...

Cerca de la puerta ya, en la que estaba un hombre de guardia, vio salir a dos individuos, embutidos en gabanes, con las manos en los bolsillos mirando desconfiadamente a su alrededor. Hicieron una seña a alguien que estaba dentro, y salieron tres hombres más.

Un coche, parado en la acera opuesta, se puso en marcha, cruzó la calle y se aproximó a la acera donde estaba el Palermo.

—¡Fritz! —exclamó Frida, con inmensa alegría.

Sí; era Fritz aquel hombre elegantemente vestido, que llevaba al brazo un gabán marrón. Más alto que sus acompañantes, arrogante, con su aspecto de siempre, audaz, mandón.

Corrió a su encuentro, loca de emoción, cuando Fritz iba a entrar en el coche azul, grande, lujoso. Uno de los guardaespaldas, asombrado, le salió al encuentro, llevando algo en la mano. Fritz volvió la cabeza, pero ella, impetuosa, ya estaba a su lado, llorosa, trémula de alegría.

—¡Fritz: te encontré, te encontré! —gritó ella, mirándole con infinita ternura—. ¡Toda la noche buscándote, Fritz! Ahora ya me tienes contigo, dispuesta a ayudarte...

Fritz la miró con asombro y sonrió vanidosamente. Bob Purdy y los otros dos hombres sonrieron también, examinando críticamente a la joven.

—Hola, Frida —contestó él, fríamente, rascándose el mentón—. ¿Es que me buscabas? ¿Para qué?

—Vamos, tú —murmuró Purdy impaciente—. No vamos a estar aquí, expuestos a que... Oiga, monada —se dirigió a Frida después—: mejor será que se vuelva a su casa. Ya ve que Fritz está bien, siempre pensando en usted, de manera que déjelo en paz.

—Fritz va a venir conmigo —repuso impulsivamente la joven, cogiendo de un brazo a su novio. Tiene que deshacer muchos equívocos que pesan sobre él, y que son muy graves. Tu padre te espera, Fritz— añadió, mirando con ternura al joven, que la contemplaba con aire de fastidio e impaciencia. —Todos querernos ayudarte en este trance tan desgraciado para ti.

Los «gangsters» rieron al escucharla. Menos Fritz, que seguía rascándose el mentón, haciendo guiños de burla a sus compinches.

—Bueno, Frida, ya está bien —dijo al fin él, desasiéndose de la mano de Frida—. Anda: vete a tu casa y déjame en paz. Eres mucho más tontita de lo que yo pudiera pensar. Tenemos prisa, y no voy a discutir contigo sobre moralidad y amor —rió sarcásticamente, siendo coreado por sus amigos—. Olvídame, ¿quieres?

Frida, con la boca abierta, sumida en un asombro sin límites, creía no estar hablando con su novio, a no ser que se hubiera vuelto

loco.

—¡Pero, Fritz, es que te acusan de un crimen que no has cometido! —exclamó, con angustia—. ¡Todos creen que eres un maleante y hasta te buscan los del

F. B. I.!

—¡Qué malvados! —contestó burlonamente Fritz— haciendo guiños de burla, entre las carcajadas de los demás «gangsters». — ¡Decir que yo soy malo, malo! En fin, pequeña, este mundo es un verdadero asco, ¿verdad? Pero no te preocupes y vete corriendito a tu casa. No digas a nadie que me has visto, por supuesto. ¡Vamos, lárgate de una vez!— la empujó rudamente hacia la acera, haciéndola caer cuan larga era.

Ninguno de los maleantes se inclinó para ayudarla a levantarse. Bob Pury ordenó que subieran coche.

—¡Fritz: escúchame! —gritó Frida, levantándose y cogiendo de la trinchera a su novio cuando éste iba a entrar en el vehículo—. ¡No puedes hacer eso! ¡Es tu vida la que está en peligro! ¡Fritz: abandona a estos sinvergüenzas, que son los que te empujan a esta situación! ¡Fritz!...

—¡Será idiota! —rugió el joven, volviéndose coléricamente—. Es que nos vas a dar la lata, ¿di?

Sacó su pistola de la funda, en la axila izquierda, y con la culata golpeó furiosamente la cabeza de Frida, que cayó al suelo, lanzando un grito de agonía, bañado su rostro de sangre.

—¡Vamos, todos al coche! —exclamó Purdy, apartando a puntapiés el cuerpo de la joven—. ¿Crees que charlará esta imbécil cuando la recojan? —Se dirigió a Fritz, que maldecía sordamente.

—¡Yo qué sé! —vociferó, de mal talante, Fritz—. Una mujer desechada es lo peor. Por mi parte, podéis liquidarla. Así no podrá hablar.

Purdy vaciló, mirando a su segundo, Fritz con cierta repugnancia. Guardó un cuchillo, que había sacado de la cintura, y subió al coche, que arrancó seguidamente, rumbo al Norte.

Frida estuvo mucho tiempo tendida junto a la acera, sin conocimiento. Era ya de día, y un transeúnte, que pasó por allí, la vio. Se acercó a ella, y al ver que estaba manchada de sangre su cabeza, el rostro y buena parte de su ligero gabán gris, se asustó, pues la creyó muerta. Apretó el paso, hacia abajo, hasta que

encontró a un «cop», que hacía su ronda tranquilamente.

—Allí —señaló el italiano, nerviosamente, con la mano—, más arriba, hay una mujer muerta, agente —dijo al policía—. Yo voy a mi trabajo...

—¿Una mujer muerta? —repuso el «cop», cogiendo de un brazo al obrero—. Vamos a verlo, amiguito. No se apure, que su jornal lo pagará el Juzgado. Sin duda, usted no la ha matado, pero...

—¡Dios me asista, y para qué me habré metido en esto! —gritó el italiano, pequeño, gordito, con un bigote poblado, muy negro—. ¿Qué pinto yo, después, de hacerle un favor, agente? —Se sentía arrastrado por el irlandés gigantesco—. ¡Yo soy un obrero, no un agente!

Llegaron los dos junto a Frida. Otros hombres estaban atendiéndola, charlando y discutiendo, mientras la incorporaban, limpiándola la cara.

—¿Puede hablar? —preguntó el «cop», apartando a los hombres—. Uno de ustedes, vaya a un bar cercano y pida una ambulancia, por favor —se inclinó después sobre Frida, que tenía los ojos cerrados, muy pálido el rostro—. Vaya golpe que le han dado en la cabeza...

—No la han querido robar, porque tiene en su bolso dinero —dijo un obrero—. Si pudiera hablar y decir dónde vive...

El agente trató de hacerla volver en sí, pero pronto vio que era grave el estado de la joven. Había perdido mucha sangre, y la herida tenía muy mal aspecto. Quizá rotura del cráneo. Miró en el bolso de la joven, y halló una diminuta agenda, en la que Frida había puesto su nombre y dirección.

—Bueno; ya sabernos cómo se llama y dónde vive —dijo, con alivio, el agente—. A ver si encuentran un taxi, amigos —se dirigió a los obreros, que hablaban todos a la vez—, porque esta muchacha está grave y necesita que la atiendan cuanto antes.

Pero ya sonaba la sirena de una ambulancia, que llegó a toda velocidad, deteniéndose ante el grupo. Fue subida Frida a una de las camillas, y con el agente y dos italianos partieron rápidamente hacia un hospital, el más cercano, el Rockefeller.

El médico de guardia arrugó el ceño cuando reconoció a Frida.

—Muy grave —dijo, escuetamente—. Como si la hubiesen golpeado con la culata de una pistola o un hierro.

El agente dio cuenta a sus superiores del hecho y luego telefoneó a los padres de Frida. Media hora después, el inspector Strong estaba al corriente, por la Policía, de que Frida había sido hallada, aunque más muerta que viva.

El matrimonio Bruckner y el padre Behrens se presentaron en el hospital un rato después, hacia las diez y media de la mañana. Pasaron a la alcoba donde estaba Frida, sin todavía haber recuperado el conocimiento.

Franz Bruckner tenía mediana estatura, era delgado y nervioso, y sus ojos grises tenían gran vivacidad e inteligencia. Su esposa, «*frau*» Bruckner era grande, obesa, con un pecho prominente de matrona, anchas caderas y cuello de toro. Su rostro era de luna llena, bondadoso, y ahora lloraba desconsoladamente, en un rincón de la estancia, pues la enfermera prohibió que nadie se acercase a Frida.

—Esto es cosa de ese maldito Fritz —murmuro Bruckner, apretadas las mandíbulas, irguiéndose sobre las puntas de los pies para observar a su hija—. Es lo que se puede esperar de semejante canalla ¡Mi pobrecita Frida!

El padre Behrens, consternado, pretendía calmar a sus buenos amigos y feligreses, aunque él también suponía que Fritz había intervenido en aquella salvaje agresión contra la dulce e ingenua muchacha.

—Hemos de esperar a que declare, amigos —dijo, con voz queda, llena de suavidad—. No está bien hacer suposiciones de esa gravedad. Frida ha debido de estar vagando por la ciudad toda la noche, y cualquier maleante que la encontró... No perdamos la esperanza.

El agente Bates, impasible, pálido por la falta de descanso, sin afeitarse, entró en la alcoba y habló con la enfermera. Observó después a Frida, y se volvió al sacerdote y los Bruckner.

—Hay que esperar a que pueda hablar —dijo, con voz contenida—. No sabemos si encontró a Fritz, o quien ha sido el que la ha tratado así.

—¡Claro que ha sido él! —saltó «*frau*» Bruckner con indignación—. ¡Me lo dice mi corazón, y para una madre...!

—¡Y ustedes, sin dar con ese maldito asesino! —gimió Bruckner en tono de reproche—. Es vergonzoso que mi hija lo haya

encontrado, y ustedes, no.

Bates aguantó la rociada con gesto humilde. El padre Behrens sonrió compasivamente, mirándole con afectó.

—Tal vez Frida sabía dónde se esconde y por eso le encontró. Pero esto es toda suposición, amigos míos. No sabemos quién ha herido a Frida —dijo en tono exculpatorio.

—Tengo ganas de ver a Wogel para decirle cuatro cosas —murmuró Bruckner, con encono—. ¡Tener un hijo así! ¡Se le mata antes de que comience esa carrera de asesinatos y perfidias!

—¡Y la pobrecita Frida, enamorada de ese granuja, que Dios confunda! —sollozó «*frau*» Bruckner—. Mi corazón de madre me decía con frecuencia que no debía de permitir tal noviazgo. Un vago, un embustero, sin honradez, sin creencias... Pero mi pobrecita niña sentía su primer amor, y es tan buena, tan adorable...

—El pobre Wogel no tiene la culpa de nada.

—Bruckner —dijo, con energía, el padre Behrens—. Es el primero en maldecir a su hijo, y daría su vida por arreglar todo el mal que Fritz ha hecho. Sufre más que nadie, precisamente porque siempre ha sido un padre amante y ha querido llevar por el buen camino a Fritz. Dios nos libre, del demonio, Bruckner. Su hija ha sido siempre un modelo de virtud y honradez, pero ¿y si hubiera torcido su camino?

Hacia las dos de la tarde, Frida abrió los ojos. Había sido curada, y tenía encima una buena dosis de morfina, para calmar el intenso dolor de la cabeza. Bates se acercó a la cama, bajo la severa mirada de la enfermera, ya entrada en años, y de rostro seco, poco amable.

La joven miró a su alrededor lentamente. Solamente estaban en la alcoba Bates y la enfermera. Los Bruckner y el sacerdote habían sido llevados a un gabinete contiguo, en vista de que los afligidos padres no cesaban de llorar y proferir exclamaciones de dolor e indignación.

—¿Qué tal, señorita Bruckner? —dijo la enfermera, inclinándose sobre la cama—. No se asuste. Se encuentra mejor, ¿verdad? ¿Siente dolores?

—No, no... —repuso la joven, con firmeza. La morfina hacía sus sedantes efectos sobre ella y había podido dormir buen rato—. Pero ¿qué...? —Miró a Bates, que sonrió amistosamente—. ¡Ah, ya, ya!

—Su rostro, pálido por la pérdida de sangre, se contrajo con angustia—. Recuerdo ya...

—No hable mucho —observó la enfermera, haciendo un gesto a Bates, y se apartó, dejando al agente especial al lado de la joven.

—¿Lo recuerda bien, señorita Bruckner? —preguntó, suavemente, Bates—. ¿Qué paso? Usted le buscaba, ¿verdad? ¿Lo encontró?

Frida hizo un gesto afirmativo, y sus ojos se llenaron de lágrimas.

—Lo encontré. ¿Dónde, señorita Bruckner? Soy agente del F. B. I.,

y deseamos que Fritz no siga haciendo barbaridades. Tal vez su situación, si pudiéramos detenerlo, no fuese tan grave.

Ella le miró con cierta alegría, brillándole los azules ojos.

—Fritz no es muy culpable —murmuró, lentamente—. Son sus amigos, sus amigos, que le aconsejan mal.

—¿Dónde lo encontró? —preguntó Bates, con voz aún más grave—. Debe decirme todo aquello que pueda ponerme en contacto con él lo antes posible.

—Lo encontré en la calle —repuso la joven, con vacilación—. En la Ciento Veinticuatro East. Delante de un club nocturno. El Palermo, me parece...

Bates se alejó de la cama. Fue a una mesita, y marcó en el aparato telefónico un número, hablando con el inspector de guardia. Volvió después al lado de Frida. La enfermera tomó el pulso a Frida. Hizo un gesto de asentimiento a Bates, que había esperado la autorización de la mujer para seguir su interrogatorio.

—¿Fue el mismo Fritz el que la agredió? —preguntó el agente especial.

Frida le miró con temor grande. Bates se dio cuenta de lo que ella sentía. No quería echar sobre Fritz nuevas culpas. Aquella mirada le bastó para saber que había sido aquel bárbaro el que la puso en aquel estado de gravedad.

—¿Sabe usted dónde se reúne Fritz con sus amigos? —preguntó, dejando a un lado la pregunta anterior—. ¿Van siempre al Palermo?

—No lo sé. Lo encontré por casualidad, después de preguntar toda la noche por él en muchos sitios —repuso la joven—. Se fueron en un coche.

—¿Un coche? ¿De qué marca? ¿Qué matrícula? —preguntó Bates, con renovado interés—. ¿Lo recuerda?

—No, Era azul, grande, muy moderno —repuso ella, con cansancio.

La enfermera hizo un gesto a Bates para que se alejase.

—Por ahora, está bien, —dijo al agente—. Debe descansar, tomar algo.

—Una sola pregunta —suplicó el agente especial—. ¿Cuántos iban con Fritz? ¿Sabe si entre ellos estaba un tal Purdy, un hombre de mediana estatura, fornido, grueso, con el pelo moreno y ojos negros, que tiene cara de asesino, con una mirada fría, cruel?

—Sí, sí —repuso Frida, con interés—. Me dijo él que me marchase. Fritz me trató muy mal, con unas palabras. No me quiere.

Me golpeó con una pistola, empujándome hasta tirarme al suelo.

—Los hombres son deliciosos, muy deliciosos —gruñó la enfermera, con sarcasmo—. Ni por todo el oro del mundo me enamoraría yo de uno. Así aprenderá, hija mía, a conocerlos bien.

Bates sonrió. Comprendía muy bien que ni por todo el oro del mundo un hombre se enamoraría de aquella mujer seca, con cara de caballo, que parecía estar constantemente rabiando.

Entraron después los padres de Frida y el sacerdote Behrens. La joven charló con ellos nerviosamente, emocionada, pidiéndoles perdón por su escapatoria de la noche anterior.

—Podéis estar tranquilos —dijo, con intención—, porque solamente estuve con Fritz diez minutos escasos, delante de aquellos hombres, y en la calle.

—Y a poco te mata —repuso Bruckner en tono furioso—. ¿Qué sería de nosotros, hijita, si te hubiese matado, por tu imprudencia? Pero, descuida, que ese bandido será llevado a la silla eléctrica.

Frida palideció aún más, asustada por las palabras de su padre. «*Frau*» Bruckner hizo un gesto de reprensión a su marido.

—Fritz no es tan malo como creéis —murmuró la joven, apenada—. Es una víctima de las circunstancias. Son sus amigos los que le han hecho así.

La enfermera sonrió con sarcasmo y después pidió a los visitantes abandonasen la alcoba, ya que la joven parecía desear no hablar más y cerrar los ojos, debilitada.

—¿Cree usted que ahora podrán detenerlo? —preguntó el sacerdote a Bates, mientras caminaban por un pasillo, hacia la salida del hospital.

—Hay algunos datos más —contestó el agente especial, encogiéndose de hombros—, pero no los suficientes, me parece. Fritz no se esconde, enteramente, sino que va de un lugar a otro, y esto hace que sea difícil localizarlo en un distrito, en una calle, en un determinado lugar. Ya sabrá usted que sus conocidos no se atreverán a denunciarlo, por temor a las represalias. Si va con Purdy, que es un «boss» muy conocido en los antros de los maleantes, nadie osará pasarnos aviso de dónde se encuentra.

—¿Ni los confidentes? —preguntó el padre Behrens.

—A veces, ni los confidentes, por temor a ser asesinados. Si lo ven varios, es posible que entonces uno de ellos se decida a hacerlo. De todas maneras, Fritz no puede tardar en caer en nuestro poder. Ahora que sabemos que no le gusta estar escondido permanentemente, sino que se siente audaz y sale, a la calle, eso le perderá.

—Jamás pude imaginarme que ese muchacho llegase a tal grado de maldad —dijo el sacerdote, con voz apenada—. Ha engañado a su padre, y me engañó a mí mismo, si bien los dos sabíamos qué hacía una clase de vida de la que no se puede esperar nada bueno. Yo no sabía ya que decirle, después de predicarle hasta quedarme ronco. Bajaba la cabeza, sonreía y luego se marchaba, como si todo lo dicho no fuera con él. Vogel no tiene ninguna culpa de que su hijo sea así. Tiene razón Frida al afirmar que son las malas compañías las que pueden estropear a un hombre.

Bates se despidió de los Bruckner y del padre Behrens. Iba a su casa a dormir y comer un poco, ya que estaba rendido de cansancio, desalentado. Para él, el detener a Fritz no iba a ser tan fácil como hizo creer a los Bruckner y al sacerdote, para darles ánimos. Un hombre podía estar en Nueva York muchos días sin ser localizado, sobre todo si era protegido por otros.

La enfermera recibió unos minutos después una gran sorpresa, cuando un desconocido, llamando por el teléfono, preguntó si Frida Bruckner había muerto como resultado de la herida recibida.

—No, y se salvará —repuso la arisca mujer—. ¿Quién habla?

—Nadie; pero dígame a la chica que si se va de la lengua morirá

sin remedio. Dígaselo, por su propio bien.

La enfermera llamó al

F. B. I.,

y se hicieron averiguaciones. Como siempre, alguien había llamado desde una farmacia, allá en las cercanías de Battery Park, sin ser objeto de atención alguna por parte de la dependencia. Pero no hubo duda alguna de que fue Fritz.

## VII



El sacerdote Behrens estuvo largo rato dudando antes de comunicar al viejo Wogel la última «hazaña» de Fritz, hiriendo a Frida. Iba a ser un golpe más para el pobre anciano, abrumado por el dolor. Pero dado que Wogel ya lo había recibido cuando se enteró de que Frida había desaparecido, y la daba por muerta, como la dio él mismo, el padre Behrens, no sería muy mala cosa decir al padre de Fritz que la joven había aparecido, aunque herida de cierta gravedad.

Hanna, que ahora se pasaba el día en casa de Wogel, cuidándole con solicitud, abrió la puerta del piso.

—¿Qué tal el señor Wogel? —La preguntó, cuando entró.

—Está en el cuarto, señor. Pase usted. Un poco más animado padre.

El padre Behrens pasó al cuarto de estar. Vogel se hallaba en su sillón, con la pipa en la boca, y tenía en las manos unos cuadernillos, papeles y cartas, que parecía leer con gran atención.

—Buenas tardes, Vogel —dijo el sacerdote, observándose escrutadoramente. Vogel había adelgazado y parecía muy envejecido, con el pelo más canoso y un aire de postración muy acusado—. ¿Qué tal, amigo mío?

—Hola, padre. Estoy mejor levantado qué acostado —repuso el anciano, esbozando una triste sonrisa—. ¿Y usted?

—Perfectamente, gracias. Tengo que darle una noticia que no es muy mala —se sentó frente a Vogel, sacó su pipa y la llenó de tabaco del bote que había sobre la mesa—. Al menos, es menos grave de lo que podíamos esperar ayer.

Vogel miró con curiosidad a su amigo.

—¿Le han cogido? —preguntó, con voz trémula, separando la pipa de su boca.

—¿A Fritz? No. Es otra cosa. Frida ha aparecido. Pero no se asuste —se apresuró a decir, al ver que Vogel palidecía—. Está en el Hospital Rockefeller. Tiene una herida de importancia en el cráneo, causada por un culatazo de pistola.

—¿Fue mi hijo? —preguntó Vogel en voz baja, anhelante.

El sacerdote hizo un gesto afirmativo, frunciendo el ceño.

—Sí. Frida estuvo buscándole toda la noche. Lo encontró al fin en el Harlem italiano, cuando Fritz junto con otros, iban a subir a un coche. Ella quiso apartarlo de aquellos hombres, creyendo siempre que su hijo no es tan depravado como todo el mundo cree. Parece que Fritz, para quitársela de encima, la golpeó con su pistola, dejándola sin conocimiento en la calle. Y esta mañana la encontró la Policía, seriamente herida. Se salvará, tranquilícese.

—Dios lo quiera —murmuró Vogel, lanzando un hondo suspiro—. Yo no tenía ninguna esperanza de verla viva. Mi hijo es una fiera. Muchas veces, padre, me parece imposible que él pueda ser hijo de mi pobre Clara y mío. No lo concibo, a no ser que haya sufrido una terrible transformación su mente. Pero Fritz nunca ha dado señales de perturbación.

—Claro que no. Fritz es un producto de estos tiempos modernos, Conrad. Ese ansia de gozar mucho y aprisa; de enriquecerse sin trabajar, para poseer todo cuanto sea necesario y superfluo; la

ambición desatentada por las riquezas, amasándolas por los medios más inmorales y hasta criminales. Y las compañías, Conrad, las compañías... Fritz ha convivido con maleantes, y se dejó seducir por sus métodos, su aparente facilidad para tener mucho dinero, entregando el alma al diablo.

—Pero el ejemplo que le dimos su madre, yo... Las enseñanzas de usted, padre —murmuró Wogel desalentado—. Fritz debiera haber estado inmunizado contra la maldad, porque no le han faltado buenos consejos, buenos ejemplos.

—Pero los amigos perversos, el diablo, le tentaron con las riquezas, Conrad. Fritz escuchaba buenos consejos y veía mejores ejemplos, pero su carácter fue siempre rebelde, audaz, independiente. Ganaron los que le han llevado a esta situación, porque iba mejor a su condición de ambicioso y poco escrupuloso. Supongo que algún día le pusieron en la mano un puñado de billetes, a cambio de un trabajo fácil en la distribución de drogas, y eso bastó para decidirle a tomar ese camino, fascinado por aquella rapidez y facilidad con que podía ser rico. Después, el crimen, porque lo que parece al comienzo muy hacedero y sencillo, se va trocando en áspero, duro, violento. Eso es todo, Conrad. Lo que les ocurre a todos les que se ponen fuera de la ley, y por ello siempre pierden, siempre.

Wogel afirmó con un gesto de cabeza. Él ya sabía todo cuanto el sacerdote había dicho con tanta lógica, pero lo que no le entraba en la cabeza era que su hijo pudiese llegar a tal extremo de maldad, de crueldad y sadismo, de instinto criminal. Un hombre puede colocarse fuera de la ley y cometer tropelías sin cuento robando, estafando, traficando en drogas, traicionando a su patria, pero puede no querer matar nunca, porque su naturaleza, su sentir se lo impiden, llenándole de repugnancia la sola idea de asesinar a un ser humano. Fritz era un granuja, y no le asustaba el cometer un asesinato, o cien, encontrando en ello un placer. Ahí estaba el motivo que a Wogel le enloquecía de horror.

—Y ¿qué hace usted? —preguntó el padre Behrens, queriendo sacarle de sus tétricos pensamientos—. ¿Está poniendo en orden sus papeles?

—Algo más grave que eso, padre —repuso Wogel saliendo de su abstracción. Y señaló unas pequeñas agendas y los papeles que tenía

sobre la mesita, a su lado—. Estaba inspeccionando estas cosas de Frite, que se dejó en la precipitación de su huida. Los del F. B. I., no se lo llevaron, o no lo vieron. Realmente, no hicieron un registro.

—¿Y hay... algo de importancia, Conrad? —preguntó el padre Behrens, con curiosidad, observando aquellos cuadernitos y papeles, aunque sin osar cogerlos—. Me refiero a datos interesantes sobre las actividades de Fritz.

Wogel miró cara la cara al sacerdote. Cogió una agenda y la abrió, pasando después algunas hojas, mientras decía algo entre dientes.

—Esta anotación, y otras más —dijo, con voz trémula—, la encontré esta mañana, en que registré los bolsillos de los trajes de Fritz, buscando precisamente algún dato que me permitiese saber dónde pueda estar ahora.

—¿Y qué va a hacer si encuentra dónde se esconde ahora? —Preguntó el sacerdote mirando escrutadoramente a su amigo.

—Amigo mío, Fritz constituye un peligro evidente para las personas de bien. Si no hubiera asesinado al agente del

F. B. I.,

y luego a Sindemann y a Hanke, y ahora hiriendo de gravedad a la pobre Frida, yo hubiera dejado en las manos del

F. B. I.,

la suerte de mi hijo; que pague su culpa, como es lo justo. Pero Fritz es un asesino, y todo parece indicar que si sigue en libertad, matará cuantas veces lo crea oportuno, sin sentir escrúpulo alguno. Mi neutralidad como padre no debo observarla, si llego a saber dónde se esconde, sino que he de impedir el que siga cometiendo más crímenes. ¿Cree usted, padre, que es lo que debo de hacer?

—Hay que evitar, en efecto, que siga ofendiendo a Dios y que cause más daños irreparables entre las personas, algunas de ellas inocentes, y otras que deben actuar contra él en el cumplimiento de su deber y por protegernos a los demás mortales —repuso el padre Behrens—. Usted, como padre suyo, puede perdonarle cuánto daño le ha hecho, pero no puede ayudarle ni ponerse contra los que representan a la Ley, por defenderlo. Si usted sabe dónde se encuentra, debe ya hacer porque su mano se detenga.

—Mire, padre —le entregó Wogel una pequeña agenda, donde había diversas anotaciones, escritas por Fritz con un lapicero—. Vea en ese renglón, Fritz apuntó una dirección, que luego tachó para poner otra debajo. Es la dirección, supongo, de ese Bob Purdy, según dice.

—En efecto —repuso el padre Behrens, muy interesado, agitado—. Aquí dice «Purdy». La dirección anterior era Mott Street. ¿No fue en Mott Street donde su hijo asesinó al agente del F. B. I.?

—Sí. Eso quiere decir que Purdy tenía allí un escondrijo pero otro también en Willow Avenue, en Port Morris, que está al norte del Harlem hispánico o latino. Esta agenda corresponde al pasado mes, de manera que Fritz lo apuntó hace tiempo, el mes pasado —contestó Wogel.

—¿Y seguirá viviendo Purdy en Willow Avenue? —Inquirió, reflexivamente, el sacerdote—. Yo supongo que Fritz vive con él.

—Eso es lo que hay que averiguar. Y lo voy a hacer yo —replicó Wogel, con determinación—. Lo voy a hacer personalmente. ¡A ver si también me mata!

El sacerdote contempló durante unos segundos a su amigo con admiración y temor. Movi6 la cabeza después, haciendo un gesto de desaliento.

—No sé, Conrad, si eso será prudente, ni siquiera lo indicado. ¿Por qué no informamos de esto a Bates, del F. B. I.?

—dijo en tono persuasivo.

—Padre: una cosa es que yo pretenda convencer a mi hijo de que debe de cumplir con su deber, dejar de ser un aborrecible criminal, y otra que yo señale con el dedo el sitio donde se esconde para que lo cojan..., o quizá lo maten a tiros, porque no dudo que se resistirá —contestó Wogel, con la voz empañada por el dolor.

—¿Cree usted que Fritz, mediante las explicaciones que usted le dé, por sus súplicas y llamamientos a su conciencia, cumplirá con su deber, es decir, que se entregará al

F. B. I.,

sabiendo como sabe lo que le espera? —preguntó el padre Behrens, con voz pausada, recalando bien las palabras y sin dejar de mirar fijamente a los ojos de Wogel.

—Es posible. Mucho es lo que me ha engañado mi hijo, pero aún creo que puede quedarle un resto de conciencia, hay que convencerlo de que con matar no mejora nada su situación, sino muy al contrario, y...

—Eso es lo más terrible —interrumpió el sacerdote, con aire exasperado—. Que él sabe perfectamente lo que le espera, porque se lo merece, y por intentar librarse de ello, o aplazarlo, apelará a toda clase de violencias. Solamente si se logra hacerle ver todo el horror que supone las acciones que ha cometido y su conciencia despierta, se podrá conseguir que se entregue dócilmente. Mas eso es tan difícil, Conrad... Frida podría haber hecho mucho, si la quería él algo, pero ya ve el resultado. No la ha matado por un milagro.

—Soy su padre, amigo mío, y nadie le puede querer todavía más que yo. Tengo la creencia de que él, a su manera, todavía me quiere. Voy a intentar convencerlo, sin que me asuste el que pueda matarme, o lo hagan sus amigos o cómplices. Entre que me lo maten a tiros, en una pelea, a que él se entregue, arrepentido, hay mucha diferencia, padre. Esta noche iré a buscarlo —afirmó Vogel, rotundamente—. Que Dios me dé fuerzas para llevar a buen fin mi propósito.

—¿No sería mejor, Conrad, hacer eso que usted indica, pero sabiéndolo el

F. B. I.,

aunque no actúe mientras usted parlamenta con su hijo? —indicó el padre Behrens, que movía la cabeza con marcado desaliento.

Y era porque tenía casi la seguridad de que Fritz no solamente se iba a reír de su padre, cuando lo escuchase, sino que la vida del viejo amigo iba a correr un serio peligro, quizá mortal. Vogel todavía creía un poco en su hijo, y eso parecía natural que lo creyese. Para un padre, o una madre, jamás un hijo es un ser justamente desahuciado por la comunidad ni totalmente culpable, ni merecedor de la más severa pena.

—Si se lo digo al

F. B. I.,

me tomará la delantera, padre —opuso Vogel, con temor—, y ocurrirá la tragedia. Quizá Fritz mate todavía a algún pobre agente o cause más daño, si se ve acorralado. Mi plan es más humano, ¿me comprende? Más pacífico, de corazón a corazón. De padre a hijo.

Pediré a Dios que ponga en mis labios aquellas palabras que más puedan conmoverlo, que lo vuelvan a la razón, a la conciencia y el deber. Cuando se me presentó anteayer en el Central Park, se mostró conmigo cariñoso, como si esperase que yo le perdonase lo que había hecho. Fue su cariño hacia mí el que le hizo acercarse. Y un sentido indigno de ese cariño por mí, lo reconozco, el que le impulsó a vengarme, matando a Sindemann y Hanke por haberme despedido. Es posible, padre, que aún pueda yo abrirle los ojos y hacer que entregue y corra su suerte con el corazón arrepentido, para que Dios también le perdone.

—Conforme, conforme, hijo —repuso el padre Behrens, emocionado—. Su propósito es noble, digno. No tendría nada que oponer si no entreviera ese amor que usted siente por Fritz, y que le hace pensar que él todavía puede reaccionar. Le juzga por lo que es usted, y ahí está el error, me parece, Fritz no es un bendito de Dios, como lo es usted.

—Sí mi hijo sale de su error, sin llegar a ser un bendito, me doy por conforme, padre. Me doy perfecta cuenta de que voy a empujar a Fritz a la muerte, a la silla eléctrica, pero eso Dios es quien lo decidirá, si se lo merece. Si fuese perdonado, ya creo, padre, que haría de mi hijo otro hombre muy diferente —contestó, sollozando, Wogel.

—Está bien, Conrad —el sacerdote, conmovido, apretó una mano, entre las suyas, del anciano—. Hágalo, y que Dios le ilumine. Pero con una condición, y es que yo he de acompañarlo. Si Fritz es su hijo, yo he sido su mejor amigo, aunque, haya fracasado al pretender guiarlo por si buen camino, Nos a los dos. Rechazó el amor paternal y las palabras de un servidor del Señor. Veamos ahora si entre los dos le hacemos entrar en razón.

—Usted correrá mucho más peligro que yo, padre —dijo Wogel, denegando con las manos, la cabeza, enérgicamente—. Esto es cosa mía, solamente mía.

—Y mía, Conrad, ya que nos empeñamos en rechazar a quienes son los indicados. Usted va en nombre de su amor paterno, y yo en nombre de Dios. Si no me admite en su compañía, tampoco irá usted, se lo aseguro, y le diré a Bates que intervenga —contestó, excitadamente, el sacerdote.

Wogel bajó la cabeza, anonadado. A él no le importaba morir,

incluso a manos de su hijo o de sus cómplices. Creía que era su deber hacer un último y desesperado llamamiento al corazón de Fritz. Pero el que el padre Behrens pudiera morir, llevado de su amistad por él, no lo podía soportar, y habría de constituir un motivo más de desesperación y dolor.

—Déjeme solo, mi querido y buen amigo... —suplicó, mirándole enternecidamente—. No tiene por qué meterse usted en este asunto. Puede ocurrirle algo desagradable...

—Iremos los dos. Conrad: usted me salvó de una muerte cierta cuando huimos de los nazis, y dejó su casa, su empleo, la misma patria, por ayudarme. No quiero dejarle solo en esta ocasión. Yo soy ya un viejo medio inútil, y Dios me otorgaría una gran recompensa al morir tratando de salvar un alma. Eso es lo que constituye mi deber: salvar almas, cueste lo que cueste.

Cenaron los dos un rato después, que emplearon en revisar todos los papeles de Fritz, encontrando datos y pruebas fehacientes de la clase de vida que había estado haciendo, así como de las sumas, muchas veces grandes, que percibió al comerciar con las drogas.

Hacia las diez de la noche, ambos se lanzaron a la calle. Hacía algo de frío, y sobre la ciudad había una neblina, que parecía espesarse por momentos. El sacerdote iba vestido de paisano, aunque de negro, con el alzacuello y el sombrero flexible, igualmente negro. Iba cubierto con el gabán, del mismo color.

Tomaron un autobús en la Cuarta Avenida, que les dejó a la entrada del puente de Willis Avenue, sobre el río Harlem. Allí, la niebla era más espesa, llegando en oleadas del río.

—Si tomamos por Deegan Boulevard, adelantaremos mucho —propuso el padre Behrens—. Está a la derecha esa barriada de Port Morris, que pertenece ya al Bronx.

Wogel asintió con un gesto. De muy buena gana hubiera renunciado a seguir adelante, para hacer que el sacerdote se marchase a su casa, y entonces él, volver, pero preveía que no se iba a dejar engañar su amigo. Esto constituía para él un motivo de honda preocupación y responsabilidad. No sabía cómo iba a terminar aquella aventura, y lo más previsible era que mal, muy mal. No solamente se trataba de enfrentarse con Fritz y poderle hablar con extensión, hasta convencerlo, sino que estaban los otros, los «gánsteres» amigos suyos, el tal Purdy, El «boss» que se opondría

a toda negociación con el hijo, y hasta podría llegar a la violencia, a verter sangre.

El padre Behrens caminaba tranquilamente al lado de Vogel, fumando su pipa, como si fuesen hacer una visita a algún buen amigo o feligrés.

—Vuélvase, padre —suplicó de nuevo Vogel, deteniéndose ante su amigo—. Vuélvase... Mire: es mejor qué usted se vuelva. Si mañana al mediodía no estoy en casa, entonces usted pone el asunto en manos de Bates, porque será posible que yo, bueno, no vuelva nunca vivo a verlo. Si vamos los dos y todo sale mal, el

F. B. I.,

seguirá despistado, ignorando todo esto. El peligro que yo pueda correr no me importa nada. Yendo con usted, tampoco por eso será menor, y encima usted correrá mi suerte. ¿Me comprende, por favor?

El sacerdote se quitó la pipa de la boca, lanzó una bocanada de humo contra la blanquecina niebla y dijo, con perfecta naturalidad:

—Vamos los dos, o ninguno, Conrad. Es mi última palabra. Ya estamos cerca. Aquella calle ancha es Willow Avenue. Nunca me han gustado estos parajes, sobre todo de noche. ¿En qué número es?

—El treinta —suspiró Vogel, continuando la marcha—. Es muy posible que ya no viva ahí Purdy. Habrá mudado infinitas veces desde que le persigue el

F. B. I.

—¿Desearía usted no encontrar su hijo? —preguntó, sonriendo, el sacerdote.

—No lo sé, amigo mío —contestó, con vacilación, Vogel—. Desde luego, viniendo usted conmigo, no. Pero sí deseo hablar con Fritz, y con urgencia. Es lástima que no haya vuelto a encontrarlo, como aquella mañana, en Central Parck.

—Bueno; el treinta es aquella casa de dos pisos —señaló el padre Behrens, que un momento antes había, visto otro edificio con el número 28.

La calle era relativamente ancha, aunque descuidada. No todos los reverberos estaban encendidos. Había varios solares, almacenes o edificios industriales, viejos, sórdidos, con las tapias a medio derruir. En alguna ocasión, los ancianos vieron varias parejas que rehuían la luz de los faroles, metiéndose entre los solares, sin vallas.

Lejos, sonaban insistentes las sirenas de los remolcadores, que bajaban por el río lentamente, hasta la desembocadura en el río East, frente a la isla Randall.

—Estamos —murmuró el padre Behrens, con voz un poco ronca, señalando la pequeña escalinata, con barandillas de hierro, donde a su final estaba la puerta, de una sola hoja. El edificio, de dos plantas, tenía ocho ventanas; de ellas, seis iluminadas en aquel momento.

—Déjeme, padre, por favor —suplicó de nuevo Vogel, empujando levemente a su amigo—. ¡No aumente mi angustia con esta nueva responsabilidad! Todo esto es descabellado, lo sé, y usted también. Pero...

—¡Calle! Esas luces de las ventanas se han apagado —murmuró el sacerdote—. Nos han visto y toman sus precauciones. ¡Están ahí dentro, Conrad! Subamos entonces.

—¡Padre, usted no! —exclamó Vogel con creciente angustio—. ¡Escúcheme!...

El sacerdote subió los cinco escalones de piedra. Miró a su amigo, sonriendo, y golpeó la puerta con el puño. Vogel se estremeció, desalentado, y subió también.

—Parece como si llamásemos a las mismas puertas del infierno, ¿verdad? —susurró el padre Behrens, muy tranquilo—. Si se dignasen abrirnos...

—Éste es absurdo, absurdo —dijo Vogel, limpiándose el frío sudor de la frente—. ¿Por qué me ha hecho caso, padre?

—Confiemos en Dios, hijo mío Tal vez Él ha guiado nuestros pasos. Nunca ha sido tarea fácil hacer entrar la fe en cerebros hostiles a toda idea salvadora de las almas, ya lo sabe. Son legión los que murieron en el empeño de llevar la verdad por todo el mundo, pero dejaron el triunfo tras sí, y eso es lo que interesa. No acude nadie —dijo después de pasados dos o tres minutos de espera.

Wogel volvió a golpear la puerta con más fuerza. La neblina blanca bajaba casi a ras de tierra, haciendo difusos los edificios contiguos, la opuesta acera, la luz de un reverbero cercano. Sonaban las sirenas de los barcos roncamente, y de la próxima estación del ferrocarril del Harlem llegaban los sonidos de las sirenas de las locomotoras y el zumbido de los trenes en marcha al

pasar por los puentes metálicos.

Súbitamente, la puerta se abrió, haciendo dar un paso atrás, sorprendidos, a los dos ancianos. La figura de Fritz se recortó en el umbral, pues dentro había una luz azulada. El hijo de Vogel, sin decir una palabra, con prisa, bruscamente, empujó al interior a los dos hombres y cerró inmediatamente. Luego se volvió, sonriente, alegre y burlón, hacia ellos, con las manos sobre las caderas.

—¿Cómo diablos habéis sabido que vivo aquí? —preguntó mirando a uno y otro con cierta sorpresa. Después su rostro, sin afeitar, pálido, más arrugado que días antes, según observara Vogel, se tornó en duro, hostil—. Os habrán seguido los del

F. B. I.,

y los traeréis pegados a los tacones, ¿no? ¡Idiotas!

—Cuidado, Fritz —exclamó el padre Behrens con severidad, sin inmutarse lo más mínimo—. Jamás has insultado a tu padre, ni a mí. ¿Por qué ahora?

—¡Porque sí! ¡Porque lo más seguro es que los del

F. B. I.,

os hayan seguido, si no es que estáis de acuerdo con ellos para delatarme! —gritó Fritz, cruzándose de brazos.

—Hijo mío, nada hemos dicho al

F. B. I.,

de que íbamos a venir, ni creo que nos hayan seguido. Hay mucha niebla y vinimos andando buen rato —murmuró Vogel.

—No creas que me apura mucho que los del

F. B. I.,

vengan —repuso Fritz con énfasis—. Han pasado por lo menos tres coches de la Policía por delante, cada día de hoy y ayer. Son perfectamente majaderos —rió alegremente, encogiéndose de hombros—. Bueno, supongo que has venido a ver a tu hijo, ¿verdad? —Se encaró con su padre, poniéndole sobre los hombros sus manos y zarandeándole cariñosamente—. Pues ya ves que estoy bien, contento, con mucho dinero y esperando el momento de salir de Estados Unidos, sin prisa, claro.

—Hemos venido a hablarte, Fritz —dijo el sacerdote con gravedad—. Nadie mejor para eso que tú mismo padre, y yo, que tanto y tanto te he predicado. Has de escucharnos, Fritz, porque tu situación es muy grave, y eso lo sabes...

—¿Grave? —repuso, riendo, Fritz—. Sentaos en ese sofá de ahí dentro —empujó a los dos ancianos a una habitación interior, donde había un tresillo, un par de mesitas, un armarito-bar.

Se sentaren los tres y Fritz ofreció cigarrillos a los dos visitantes. Wogel estaba sumamente conturbado, sin apartar su triste mirada de su hijo. Lo encontraba cada vez más poseído de sí mismo, lleno de orgullo y cinismo, como podría estarlo después de un buen «golpe» que le produjera muchos miles de dólares, pero sin estar perseguido nada menos que por el

F. B. I.,

y sin necesidad de haber asesinado a nadie.

—Fritz: nunca te he tenido por loco ni por obtuso —dijo el padre Behrens, que tenía las manos cruzadas sobre el pecho—. Siendo así, no intentes hacerme creer que no te das cuenta en toda su gravedad de lo que has hecho y que estas tu deuda con la Justicia, no solamente humana, sino divina.

—Así es, hijo mío —murmuró como un eco Wogel—. Has sido un canalla. Yo puedo decírtelo así, porque soy tu padre. Has sido un canalla... Has asesinado a Sindemann y a Hanke. A poco matas a la pobre Frida.



**¡ATENCIÓN!**

**EDITORIAL BOLLAN**  
**¡LA EDITORIAL DE LOS ÉXITOS!**

triumfa una vez más al crear la inimitable  
Colección

**P R O E Z A S**

Un género nuevo, interesante, para toda clase  
de públicos, como lo es el invencible

**P R E**

## VIII



RITZ lanzó una carcajada, al parecer muy divertido por la exposición que hacia su padre de aquellas «hazañas», que indudablemente para él lo eran en el sentido más retumbante de la frase.

—¡Pobre Frida, sí! —exclamó sin cesar de reír—. En mi vida he visto una muchacha más estúpidamente enamorada y crédula que ella. ¡Decir que me fuese a su lado para restablecer la verdad, mi inocencia! «Siéntate en esa silla, querido mío, que te van a hacer cosquillas con dos mil voltios, y verás qué bien te sienta. Anda, amor mío», quiso decirme la muy imbécil. Bueno, yo la hice una caricia solamente, en vez de enviarla al diablo, y por ello debe estarme agradecida. ¡Pero que no vuelva, padre, porque no lo cuenta!

—Es muy triste, Fritz —dijo el padre Behrens con energía—, que

tengas esa forma de ver las cosas. Estás firmemente poseído de la idea de que vas soslayando, y quizá anulando, la responsabilidad que has contraído por tu infame conducta. Sabes que llegará un día, cercano sin duda, en que vas a tener que rendir cuentas aquí, en este mundo, y después ante Dios. ¡Sabes que a esas citas no podrás faltar, Fritz!

—Podrás retrasarlas, pero no evitarlas, hijo mío —murmuró Wogel con voz dolorida—. Te están cercando, Fritz, y no podrás escapar. Lo sé muy bien, y debes imponerte esa idea firmemente. Nosotros dos queremos que seas tú mismo el que, arrepentido, te presentes ante los que han de juzgarte. Has de venir con nosotros esta misma noche.

—Sí, Fritz —dijo a su vez el padre Behrens—. A eso hemos venido. Piensa en lo que has hecho, hijo mío. Reconoce que esos crímenes han de ser castigados. Pero piensa mucho más en Dios, a quien tanto y tanto ofendiste y a quien debes pedir perdón con toda humildad. No se trata ya de tu vida física, Fritz, sino de tu salvación eterna. Tus oídos han oído millares de veces mis palabras sobre el respeto a Dios, el amor a Dios, para que te hagas de nuevas y aparentes no entenderme. Es tu alma, Fritz, la que hay que salvar.

Fritz miraba a su padre y al sacerdote fruncido el ceño, conteniendo su impaciencia con gestos despectivos y encogimientos de hombros. Recostado sobre el sillón, tenía una pierna sobre la otra, balanceándola rítmicamente, como si se encontrase charlando con los amigos en algún club. Sin embargo, ya aquella tranquilidad de que quería alardear no era sino eso; un alarde de fingido desprecio ante la sombría descripción que hacían los dos ancianos sobre su situación.

El agente especial Bates telefoneó desde el mismo coche que ocupaba a su jefe, el inspector Strong.

—Jefe; el padre de Fritz y el sacerdote Behrens acaban de entrar en una casa, en el treinta de Willow Street, en Fort Morris, Los hemos seguido y han venido a parar aquí. En esta casa está Fritz porque ha sido él quien les abrió la puerta.

—¡Ya era hora! —exclamó el inspector con alegría—. Bien, Bates, pues ya sabe lo que hay que hacer. Dentro de un rato llegará una docena de camaradas con medios adecuados, y se entregan esos condenados o ya saben lo que les espera. No abandonen la

vigilancia de esa casa.

—Bien, jefe, pero hay algo que me parece va a impedir el que entremos en acción tan pronto lleguen los refuerzos —contestó Bates.

—¿Que lo impida, Bates? ¡Nada, nada! ¿Vamos perder de nuevo la pista de esos ganapanes por una indecisión? ¿Qué impedimento ve usted?

—Precisamente el que esos dos viejos están con Purdy y Fritz. No tengo duda de que ambos han ido a convencer a Fritz para que cese en su resistencia y se entregue. Han prescindido de nosotros para evitar violencias. Sí Fritz y Purdy nos ven, intimándoles a la rendición, creerán que Wogel padre y el sacerdote Behrens nos han guiado, y entonces no doy un centavo por sus vidas. Esto es lo delicado del asunto, jefe.

—¿Y por qué esos dos viejos tontos se meten en la ratonera, sin avisarnos de lo que querían hacer? —vociferó el inspector con furia—. ¿Quién les ha dicho dónde viven esos malditos y por qué no nos lo han informado? ¿Vamos a estar ahora pendientes de su gestión, con el alma en vilo, por su imprudencia?

—Creo comprender el punto de vista de los dos viejos, jefe —contestó Bates con acento ponderado—. Ante todo, evitar las violencias; el que Fritz emplee otra vez la violencia cuando lo tengamos cercado, Ellos quieren convencer a Fritz de que es inútil luchar ya y que no debe llevar las cosas a extremos que le perjudicarían mucho más. Pretenderán que se entregue, convicto y confeso. Si lo lograran, nos convendría mucho, porque de otra forma vamos a tener mucha lucha.

—Está bien, Bates; pero ¿cuánto va a durar esa negociación de entrega y qué resultados puede tener? Si nosotros hemos de aparentar que nada sabemos de ese asunto para no comprometer las vidas de esos dos viejos, ¿cómo vamos a evitar la posibilidad de que los maten o los tengan secuestrados? Porque si decimos a Fritz y Purly que estamos al tanto de todo y los intimamos a la rendición, los dos ancianos mueren seguramente. ¡No entiendo éste lío, Bates!

—Podemos esperar hasta mañana por la mañana, jefe, sin abandonar la vigilancia, manteniendo el cerco de la casa. No pueden escapar. Si pasado ese plazo Wogel padre y el sacerdote no salen de la casa, la asaltamos —repuso Bates sombríamente, ya que

se daba cuenta de la lógica de su jefe.

—¿Quién les metería a esos dos venerables viejos a intentar convencer de que se rindan por las buenas a Purdy y a Fritz, que ya se ven perdidos y por ello apelarán a todas las violencias? — rezongó Strong con pésimo humor—. Está bien, Bates, haga eso que ha dicho. Mucho me temo que el final sea el mismo: que los dos viejos serán inmolados al creer Fritz que ellos nos han informado dónde se ocultan. Dos vidas que se hubieran salvado y que van a perderse por un rasgo que esos granujas no saben comprender. No deje de informarme, Bates, de lo que vaya ocurriendo.

—Bien, jefe. Aquí hay mucha niebla y hemos de vigilar muy estrechamente la casa, por si pretenden escapar. Envíe pronto a los camaradas, por si hay que asaltar la ratonera.

—Está bien. Iré yo en caso de que eso ocurra. Hasta luego.

Purdy había estado escuchando la conversación entre Fritz y su padre y el sacerdote, en una habitación contigua, dejando entreabierta la puerta. Sonrió muchas veces al escuchar a los dos ancianos en su intento de convencer a Fritz de que todo estaba perdido y lo único que podía hacer era tener mi gesto de hombría y afrontar la situación noblemente, arrepentido de sus crímenes y confiando ya únicamente en la misericordia de Dios. Purdy sonreía porque estaba seguro de que Fritz, como él, se habría de mofar de semejantes sermones, como los calificaba burlonamente.

Pero comenzó a tercer el gesto cuando vía, por la rendija de la puerta, que Fritz ya no se burlaba de lo que oía, ni ponía aquella cara cínica, de consumado desvergonzado que era. Fritz, en efecto, comenzaba a darse cuenta de que su situación era por demás grave y de que no iba a seguir en libertad, una libertad muy relativa, por tiempo indefinido. La realidad era que no había podido Purdy salir de Nueva York con él, debido a las precauciones adoptadas por el F. B. I.,

y la Policía. Carreteras, puerto, aeropuertos, estaciones, todo estaba tomado, y las agentes apercebidos para detenerlos tan pronto asomasen allí las narices. Nueva York es una ciudad inmensa, sí, pero cuando se la «criba» por manos expertas policíacas, conocedoras de todos los rincones, es cuestión de tiempo el que quien es buscado caiga al fin.

Por ello, Purdy, a quien no convenía en modo alguno que Vogel padre y aquel sacerdote llevaran el desánimo a Fritz, decidió intervenir. No le había gustado nada que los dos ancianos entraran en la casa, pero al abrirlos Fritz la puerta ya no pudo evitar el que dijera él, Purdy, que Fritz no estaba allí, o silenciarlos para siempre, por entremetidos y comprometedores. Estaba casi seguro de que Vogel padre y su acompañante no habían informado al

F. B. I.,

del paso que habían dado ni dónde estaba el hijo escondido. Quedaba el que los agentes del

F. B. I.,

hubiesen seguido a los dos ancianos; pero Purdy, como Fritz, tenía un concepto bastante despectivo de la valía real de los agentes del Gobierno. Hasta aquel momento no habían seguido al viejo Vogel.

Así, abrió del todo la puerta y entró, con las manos a la espalda, en la estancia donde se encontraba Fritz, Vogel padre y el sacerdote Behrens.

—¿No creen que ya está bien tanto sermón? —dijo, sonriente, mirando con burla a los dos ancianos, que se levantaron, asombrados—. Siéntense, y ahora escúchenme, aunque no tengo la facilidad de palabra que ustedes, ni soy tan «santo» —rió sardónicamente, y Fritz se sintió un tanto confortado por la presencia de su jefe, riendo también descaradamente—. Mi consejo es éste, amigos: no pierdan su tiempo en hacernos creer que la silla eléctrica nos espera. El

F. B. I.,

les ha informado muy mal, a su conveniencia. Estamos ultimando la salida de Nueva York y después de la Unión. Todo saldrá bien, porque lo he planeado yo, yo... —Se golpeó el amplio pecho con un puño, lleno de falso orgullo—. Por lo tanto, es idiota que Fritz vaya a entregarse como un borreguito, y me parece incalificable que usted —se encaró con el anciano Vogel— el padre de Fritz, quiera llevarlo a la silla. No comprendo su cariño por el hijo, la verdad. Merece usted que su hijo lo trate como a un traidor, como al peor de los traidores. Yo le metería en la cabeza una bala, si fuese su hijo.

El anciano Vogel palideció, mirando con horror a su hijo, que también había palidecido, endureciéndose su rostro y clavando en

su padre una mirada cargada de amenazas.

—Usted es Purdy, ¿no? —terció el sacerdote Behrens, que se dio perfecta cuenta de la maniobra del «boss», acudiendo en ayuda del ya decaído Fritz—. No puedo decir que tenga mucho gusto en conocerlo, pero como sacerdote que soy he de dar gracias a Dios por haberme puesto frente a usted. Los siervos de Dios deseamos siempre la conversión de un pecador, como usted, que parece a primera vista un desahuciado, a los simples consejos a aquellos que apenas si se salen de sus deberes. Le agradezco que haya venido a escucharnos, Purdy.

Purdy y Fritz soltaron la risa, mirando al padre Behrens como si estuviese chiflado.

—No pierda el tiempo con nosotros, amigo —repuso Purdy, sonriendo después con aire despectivo—. Lo que me interesa saber es si ustedes han informado al

F. B. I.,

o la Policía de que venían aquí. ¿Cómo han sabido esta dirección?

—No hemos informado a nadie —dijo Wogel, con voz llena de amargura—. La dirección la encontré en una agenda de bolsillo de Fritz que se dejó en casa. ¿Lo recuerdas, hijo?

—También tú eres idiota —refunfuñó Purdy, encarándose con Fritz—. Apuntar esas cosas comprometedoras y luego dejarlas olvidadas, para que los del

F. B. I.,

lo cogiesen.

—Por ello verá que Dios interviene en este asunto, como en todos, Purdy —dijo el padre Behrens—. Él nos ha traído a esta casa para traerles la verdad y pedirles que cesen en su absurda y criminal actitud. Sé muy bien que no tienen escape, que no es posible que confíen en la supuesta ineptitud del

F. B. I.,

y de la Policía, y que Dios no puede ampararles, lo que es todavía más terrible.

—No siga por ese camino —refutó violentamente Purdy, rojo de ira su rostro bestial—. ¡No siga, porque me costaría menos de un cigarrillo meterle una bala en esa cabeza de loco! ¡Aquí nadie está desmoralizado! ¡Y si ustedes pretenden engañarnos, les cerraremos la boca para siempre!

El padre Behrens se levantó, quedando muy erguido, pálido su rostro ascético, con los brillantes ojos muy fijos en Purdy.

—Purdy, Fritz: ¡yo no engaño jamás! ¡Soy la salvación vuestra, y es lo que os traigo, en nombre de Dios! —exclamó con un tono casi violento—. ¡No hay que pensar ahora en la vida física, la que arrastráis tan penosamente, tan llena de amarguras y dolor porque jamás habéis mirado a lo alto! Os estáis debatiendo como el pez fuera del agua y os digo que nadie ni nada os salvará de la justicia de los hombres, si es lo que deseáis. Y si tampoco me queréis oír, nadie os librará de la cólera de Dios. Somos los dos la paz, el amor y el perdón. ¡No sigáis adelante en vuestras locas ilusiones!

Purdy y Fritz se miraron hoscamente. Finalmente, el «boss» se encogió de hombros.

—Si estamos perdidos, alguien lo sentirá también —murmuró en tono rencoroso—. Mientras viva tendré la esperanza de salvarme. Fritz: si lo quieres, puedes marcharte con ellos. Pero cuida de no denunciarme, ¿eh? Yo te he ayudado mucho, te di a ganar mucho dinero y has encontrado a mi lado un refugio seguro hasta ahora. Pienso resistir, y ya veremos lo que pasa.

—Lo que vaya a pasar se lo puedo decir yo, Purdy —dijo el padre Behrens con voz inquietante—. Que se alejará más y más de Dios y con ello se condenará más y más. Que no escapará ni se librará del justo castigo que se merece...

—¡Basta, basta! —aulló Purdy, desabrochando su americana y sacando con gran rapidez una pistola de grueso calibre, con la que apuntó al sacerdote—. ¡Si no se calla, me lo llevo por delante! ¡Fritz: llévatelos, o los mato!

—Fritz: vete con tu padre. Yo me quedo con Purdy. Me necesita mucho y no puedo abandonarlo —murmuró el sacerdote, sonriendo con benignidad—. Sí, Purdy, sí. Usted y yo vamos a ser buenos amigos. Jamás habrá tenido un amigo tan sincero, tan deseoso de su bien, sin pedirle nada a cambio.

—¡No quiero ir contigo, padre! —gritó Fritz, dirigiéndose a Vogel con ademanes descompuestos—. ¡Sé lo que me espera, y nadie será tan idiota que vaya voluntariamente a la silla eléctrica! ¡Antes lucharé por mi vida, y es posible que me salve! ¡Se han salvado algunos!

—De Dios nunca se salva nadie, Fritz —contestó Vogel con

desesperación—. ¡Sé un hombre, Fritz! ¡No vuelvas a derramar más sangre y piensa que ya no hay lugar para ti en este mundo, por tu culpa! ¿No lamentas sinceramente todo cuanto has hecho, Fritz? ¡Contesta, hijo mío!

Fritz iba de un lado a otro de la habitación, fumando nerviosamente, despeinado, lleno de desesperación el cuadrado rostro, surcado de arrugas. Purdy, sentado en un sillón, con los codos apoyados sobre las rodillas, jugueteaba con la pistola, quitando y poniendo el seguro, fija la mirada en el suelo. El padre Behrens, cruzado de brazos, contemplaba serenamente a ambos, como si estuviera esperando la final reacción de aquellos dos corazones.

—¡Walter! ¡Walter! —gritó Purdy, levantándose y yendo hacia la estancia contigua.

Inmediatamente se presentó un hombre de mediana estatura, de roja pelambrera y rostro patibulario.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó Fritz a Purdy—. No los toques a los viejos, ¿eh? —advirtió en tono sombrío.

—Vamos a marcharnos de aquí —respondió Purdy, secamente—. No sé por qué me parece que este escondrijo ya no nos ofrece seguridad. Tú, Walter —se dirigió al «gángster»—, vas a salir con cuidado y darás una vuelta por los alrededores, por si hay vigilancia. Ya sabes: los agentes de paisano que pasean con disimulo, los coches estacionados... Ven pronto. Si ves que hay camino libre nos largamos de aquí.

—¿Dónde vamos a ir? —preguntó Fritz con desesperanza.

—Es inútil, Purdy —observó el padre Behrens con voz tranquila, moviendo la cabeza—. Dios no está con usted y es lamentable que lo olvide.

—¡Déjeme en paz! —aulló Purdy, empujando a Walter—. Anda y vuelve pronto. Lo que sé es que los dos son mis rehenes. Mi vida será salvaguardada por ustedes.

Walter se puso un gabán de cuero, encasquetándose el sombrero flexible hasta los ojos. Sacó de la funda de la axila la pistola y la metió en el bolsillo del gabán, después de quitarla el seguro.

—Voy a hacer una exploración —dijo a tres compañeros más, que jugaban y bebían en una habitación interior—. El jefe quiere qué nos vayamos de aquí, y hace bien. Tendrá en su poder a los dos

viejos para garantizar nuestras vidas. Es listo el jefe.

La casa solamente tenía una salida, la principal, y por ella se lanzó Walter a la calle, subido el cuello del gabán de cuero. Pero la neblina era bastante espesa a aquella hora, cerca de la una de la madrugada, y la visibilidad, escasa.

Andando lentamente, miró a su alrededor con atención, por si veía personas apostadas por allí, o algún coche detenido. Cruzóse con algún transeúnte, que caminaba aprisa, encogido, y que evitaba, caminando por el centro de la calle, el pasar cerca de otros caminantes. Los atracos por aquella barriada solían ser frecuentes, sobre todo en días de niebla.

No vio nada inquietante Walter en su paseo. El tránsito era escaso, y al llegar a Percy Street dio la vuelta para emprender el regreso. Juzgó que no había peligro alguno en lanzarse todos a la calle en el coche del jefe.

Súbitamente dio un respingo y lanzó una maldición al verse medio aplastado y lanzado a tierra por tres hombres fuertes, que le inmovilizaron los brazos, metieron una mano en el bolsillo donde guardaba la pistola y se la quitaban, poniéndole acto seguido unas esposas, con las manos a la espalda.

—No hagas tonterías —le dijo Bates, el agente especial, ayudándole a levantarse—. Eres de la pandilla de Purdy, ¿verdad?

—La pandilla sois vosotros —rugió Walter, atónito todavía por verse de aquella forma, sin haber podido prever lo que le iba a suceder—. ¿Qué queréis de mí?

—Somos del

F. B. I.,

bien lo sabes. Has salido de casa de Purdy para ver si os vigilábamos, ¿verdad? Ya ves que sí —contestó Bates—. En medio de todo, te salvamos la vida, porque pronto habrá fuegos artificiales. ¿Están con Purdy y Fritz el sacerdote y el padre de Wogel?

—Entrad en la casa y lo veréis. Yo no sé nada ni he visto nada —repuso hoscamente Walter—. Y tendréis que soltarme, porque no hay pruebas de nada contra mí. No hablaré hasta que tenga, a mi lado a mi abogado.

—Al coche, Peebes —dijo Bates, empujando a Walter—. El inspector tiene ganas de hablar contigo, legalista. Pero ya puedes

pensar si resistirás una sola vez, o dos, las descargas de la corriente cuando te sienten en la silla.

Dos agentes se llevaron al amilanado Walter a un coche, que inmediatamente partió hacia el Sur, camino de la División, para ser interrogado por el inspector Strong.

Purdy, cuando pasó media hora desde que partiera Walter, entró en la habitación donde estaban los tres hombres que quedaban, jugando, fumando y bebiendo.

—¿No ha llegado aún Walter? —preguntó de mal talante—. A ver si ese idiota se ha perdido en la niebla y no sabe volver...

—No ha llegado todavía —murmuró uno de los «gangsters»—. Tiene que pasar por delante de usted cuando entre, de manera que si no ha pasado...

—Quizá no vuelva —dijo otro, sonriendo astutamente mientras barajaba los naipes.

—¿Por qué dices eso, Barson? ¡Explícate! —exclamó Purdy, avanzando hacia su secuaz y mirándole fijamente—. Tú siempre andas a la greña con Walter y murmurando a sus espaldas.

—Es él el que se mete siempre conmigo, jefe, que no es lo mismo —repuso Barson, muy delgado y alto, desdentado y calvo—. Yo lo que sé es que Walter dijo delante de todos nosotros que el «gang» se había desinflado y que por culpa de Fritz se nos ha venido encima el

F. B. I.

Y que no merecía la pena trabajar para usted. Por eso creo que ha aprovechado la ocasión para licenciarse.

—Quizá venga todavía y tú le estás difamando —murmuró el otro «gángster», sonriendo—. ¿Quiere que me asome a la calle por si lo veo, jefe?

Purdy miró con desconfianza a Clarkie, el que acababa de hablar. Le constaba que los componentes de su banda estaban descontentos por haber asesinado Fritz al agente del

F. B. I.,

lo que implicaba el retraerse en las actividades que daban dinero, las drogas, y tener que esconderse. Nada tendría de particular que Walter hubiera desertado, buscando otra banda donde no hubiera tanto compromiso. Y Clarkie quería ahora salir también a la calle

para abandonarle. Y el otro secuaz también.

—Esperaremos un rato, por si el paseo lo ha alargado —repuso Purdy, y volvió al lado de Fritz y los dos ancianos.

Notó que el padre de Fritz y el sacerdote estaban hablando quedamente al joven, porque inmediatamente recobraron una postura más natural, guardando silencio. Fritz tenía la mirada huidiza, demostrando gran preocupación.

—No viene Walter, ¿eh? —preguntó el joven, dirigiéndose a Purdy.

—Ya vendrá —repuso ásperamente Purdy, sentándose en un sillón y encendiendo un cigarrillo—. Hay mucha niebla y habrá querido cerciorarse de que no estamos vigilados.

—Inútil, Purdy, inútil —murmuró tercamente el sacerdote, sonriendo—. No es pretendiendo escapar como conseguirá la impunidad en su pecadora alma. Yo le aconsejo...

—¡Le mato si habla una sola palabra más! —rugió Purdy, sacando su pistola y apoyándola, dando un salto, sobre el pecho del sacerdote, que seguía sonriendo—. ¡Ustedes son los culpables de todo lo que está pasando esta cochina noche!

Fritz apartó con cierta violencia a Purdy, levantándose también.

—Deja a los viejos, ¿quieres? —dijo con acento incisivo—. ¡Déjalos en paz! Van a marcharse, y así podremos estar más tranquilos.

—¡No se van! Son mis rehenes, y como los del

F. B. I.,

intenten algo, ellos serán los que lo paguen. Veremos si entonces son tan valientes esos niños del Gobierno. El que puede marcharse eres tú, condenado, que me has metido en un conflicto al asesinar a aquel agente. ¡Puedes marcharte!

—Yo voy contigo, hijo —dijo Wogel con ansiedad—. Vámonos, Fritz, Purdy quiere morir de mala manera, acribillado a balazos. No puede elegir sino entre esa muerte o entregarse, Purdy. Sea hombre por una sola vez...

—Purdy irá conmigo, Wogel. Llévase a Fritz —dijo el sacerdote—. Purdy me hará caso, ¿verdad? Su alma está luchando ya. Ve que todo es inútil, que no vale la pena alargar esta situación, aumentando sus sufrimientos, su responsabilidad con nuevos crímenes... Fritz, vete con tu padre. No vaciles más, hijo mío. Dios

se apiadará de ti si te presentas ante Él, sumiso, arrepentido sinceramente. Solamente te queda Dios, pero...

Purdy, exasperado, lívido su rostro bestial, se levantó pesadamente refregándose con nerviosismo las grandes manos velludas.

—¡No viene Walter, ese idiota! ¡Ha desertado! —exclamó con irá, yendo de un extremo a otro de la habitación—. Hace una hora que se marchó —miró su reloj de pulsera—. ¡Como lo llegue a echar la vista encima se va a acordar de mí!

—¿Quiere que salga a ver qué ocurre, jefe? —preguntó Clarkie, asomando la cabeza por la puerta—. Si hemos de marcharnos ha de ser antes de que amanezca, aprovechando la niebla.

—¡También tú quieres desertar, condenado! —rugió Purdy, apretando los puños con rabia y mirando ferozmente al «gángster»—. ¡No te irás! ¡Anda con tus camaradas, traidor! —le apuntó con la pistola, y Clarkie, encogiéndose de hombros, dio media vuelta y regresó a la habitación.

—Yo no me iré, Purdy —dijo Fritz con resolución—. No te abandono. Pero si nos vamos todos, ¿adónde? ¿Tienes otro sitio donde escondemos?

—¡No! Pienso pedir asilo a Oates, que me debe muchos favores y no me va a negar su casa durante unos días —replicó adustamente Purdy, sin dejar de pasear—. ¡Y Walter sin venir! ¡Maldito traidor, que a lo mejor nos ha delatado ya para cobrarse los quinientos dólares que le debo! Porque el

F. B. I.,

se los da si con su delación nos cogen...

—¿Quieres que salga yo para ver si nos vigilan? —insinuó Fritz.

—Voy contigo, Fritz —dijo el viejo Wogel, levantándose—. ¡Vámonos, Fritz! ¿No te das cuenta de que cada minuto que pasa más peligro hay que el

F. B. I.,

se os eche encima y solamente hablen las pistolas? ¡Más sangre, Dios mío!

—Deja, Fritz. El que va a salir soy yo. Quédate con estos viejos y no permitas que salgan. Que se vaya tu padre, porque es tu padre, pero a este sacerdote pégale un tiro si intenta delatarnos —contestó Purdy, a quien se le había ocurrido la bonita idea de dejar a Fritz y

los otros tres «gangsters» metidos en el atolladero y salvarse él solo.

Se puso la trinchera y el sombrero. Metió en un bolsillo la pistola, amartillada, y se dispuso a salir. Fritz se le puso delante, desconfiado, mirándole de pies a cabeza.

—¿Volverás, Purdy? —dijo con voz queda, sonriendo burlonamente—. Te conozco bien, y no sé, no sé...

—¿No te he dicho que no tengo adónde ir? Si aquí hay seguridad, es donde mejor estamos. Fritz. Si no la hay, vengo a decírtelo. Tranquiliza a los muchachos y espérame.

El padre Behrens sonrió con malicia. Conocedor del corazón humano, de las más ocultas intenciones y pensamientos, daba por descontado que Purdy iba a huir.

—Es inútil, Purdy —dijo suavemente—. Dios le toque en el corazón y tenga tiempo de arrepentirse.

Purdy sonrió malévolamente, se subió el cuello de la trinchera, abrió la puerta y salió a la escalinata. La bruma blanca lo envolvió, Se cerró la puerta. El sacerdote se puso a rezar entre dientes, las manos juntas.

---

---

**¡ ATENCION!**

**EDITORIAL ROLLAN**

**¡LA EDITORIAL DE LOS EXITOS!**

triunfa una vez más al crear la inigualable  
Colección

**P R O E Z A S**

Un género nuevo, interesante, para toda clase  
de públicos, como lo es el invencible

**F. B. I.**

## IX



URDY suspiró con alivio cuando se vio en la calle, rodeado por la neblina. Le alegraba que aquel sudario plumizo lo envolviese, porque le protegía, le hacía poco menos que invisible, y así podría huir de allí, de aquella barriada donde pensó podría encontrar seguro refugio, y que por culpa de las circunstancias se le hacía ya poco de fiar.

Claro es que no pensaba volver al lado de Fritz y de sus secuaces. No iba a ser tan tonto que sabiendo cómo estaba Fritz de comprometido, a punto de entregarse al

F. B. I.,

fuera él a quedarse a su lado para ser atrapado como lo iba a ser Fritz. ¡Allá él! En casos como aquéllos, cuando un «gang» está destrozado por la Policía o el

F. B. I.,

y se desintegra, cada cual se va por su lado, intentando salvarse. Es cuando surgen las traiciones entre ellos para desviar la propia persecución, y si es preciso se mata al que ha sido compañero de crímenes.

Purdy tenía dónde meterse, si iba solo y con la cartera bien repleta de billetes, como efectivamente la llevaba. Tenía amigos y amigas que por dinero le esconderían todo el tiempo que dicho dinero le durase. En tanto podía organizar otro «gang» o huir lejos de Nueva York.

Caminaba lentamente por la calle, como lo hiciera hora y media antes Walter, intentando escrutar la neblina, por si entre ella había agentes o coches vigilando. Reinaba un silencio solamente turbado por las roncadas sirenas de los barcos que bajaban por el río o el de las locomotoras en la cercana estación del ferrocarril. No iría en busca del coche, encerrado en un cercano garaje, porque tenía la intuición de que era ya muy conocido del

F. B. I.

Mucho mejor sería un taxi, o varios, que lo llevaran a City of Vermont, muy al norte del Bronx, donde Sarah lo acogería con agrado... si le mostraba la repleta cartera. Sarah era buena chica, muy templada, y nunca había tenido que ver con la Policía, no obstante alquilar habitaciones a maleantes y ser cuando hacía falta una lista enlace.

Llegó al final de Willow Street, y en el cruce con la 186 East Street, en la plazoleta donde habitualmente solía haber un punto de taxis, se dispuso a cruzar la calzada. Al otro lado brillaban un par de luces verdes, de dos taxis desocupados.

Oyó en aquel instante el suave rumor de unos pasos, caminando aprisa por el asfalto mojado. Se detuvo, sacando la pistola. La niebla, cerca del río, era más espesa. A diez yardas no veía sino una masa plomiza que se deslizaba lentamente, rastreando. Los pasos se detuvieron, pero otros, a su espalda, le hicieron girar rápidamente sobre los talones. Podían ser transeúntes, como él, pero también podían ser agentes.

Los pasos habían cesado. Durante un instante vio una figura entre la niebla. Una trinchera, un sombrero flexible.

—Levante los brazos, Purdy —dijo Bates, entre la niebla—. No

haga tonterías. Le rodeamos seis agentes del

F. B. I.

¡Levante los brazos!

Purdy comprendió entonces que Walter no había huido, traicionándole, sino que cayó en las garras del

F. B. I.,

como iba a caer él, y, por cierto, de la manera más estúpida.

Tenía una pistola en la mano, y la bruma le favorecía. Podía escapar todavía de aquellos seis hombres del

F. B. I.

Correr, correr y esfumarse entre la niebla.

Disparó sobre la silueta que antes viera. Disparó varias veces a su alrededor, y apretó a correr, no en dirección a los taxis, que ya no podía tomar, sino para escabullirse, salir del cerco de los agentes.

Los agentes del

F. B. I.,

no respondieron a su agresión a tiros. Pero Purdy sintió que seis u ocho manos lo trincaban, como habían trincado a Walter poco antes, y que lo derribaban al suelo, Luchó ferozmente, porque era muy fuerte, más fué todo en vano. El

F. B. I.,

deseaba tenerlo vivo, aunque algo contusionado, y unos segundos después se encontraba esposado, en pie, rodeado de jóvenes agentes que lo conducían a un coche.

—¡Vaya si tenía razón ese sacerdote! —rezongó con rabia, humillada la cabeza.

—¿Que iba usted a salir perdiendo? —respondió uno de los agentes, sonriendo—. Eso pasa siempre, Purdy. Hombre fuera de la Ley es hombre perdido. No es un negocio productivo, aunque a veces lo parezca.

El coche del

F. B. I.,

se llevó a Purdy, el astuto, el que se considerara más listo que las gentes de bien. Bates se quedó con varios agentes más.

—Bueno, ahora queda Fritz —dijo con aire satisfecho—. Según las declaraciones de Walter, hay todavía tres individuos dentro de la casa, además de Fritz. Y Wogel padre y el sacerdote. Si quieren

hacer resistencia, todavía pueden hacer mucho daño, sobre todo a los dos viejos.

—Deben estar todos desmoralizados —arguyó Peebes—. No me extrañaría que intentasen huir de la casa, sobre todo los secuaces de Purdy, que ya no tienen jefe. Seguiremos vigilando, por si intentan escapar.

Alrededor de la casa se estableció de nuevo el cordón de vigilancia, muy discreta, pero no, por eso menos efectiva. La neblina era densa y había que acercarse mucho al edificio para no perder de vista la puerta de salida. Había también agentes en la parte posterior, por si se intentaba la fuga por el tejado, recorriendo los edificios laterales.

Hacia las tres de la madrugada, los tres agentes que estaban vigilando la puerta del edificio oyeron el rechinar de los goznes de dicha puerta. Tres sombras se dibujaron en la escalinata. Los agentes avisaron a Bates y a otros cuatro camaradas más.

—Salen tres hombres —se dijeron quedamente, sembrando la alarma.

Los tres «gangsters» de Purdy, que querían escapar, estuvieron unos segundos en lo alto de la escalinata, escrutando con la mirada la niebla y escuchando. Bajaron después, indecisos, pistola en mano.

—Vamos por el coche al garaje —susurró uno de ellos—. Purdy no se lo habrá llevado. ¡Dejarnos en el atolladero, el muy cerdo!

—Y si se lo ha llevado, cogemos otro. Todo es cuestión de atemorizar al vigilante o dejarlo seco —sugirió otro.

—Me parece que lo mejor va a ser desbandarnos, amigos —dijo Barson—. Cada cual por su lado puede escabullirse más fácilmente. Ya nos veremos cuando pase la fiebre del

F. B. I.

Deliberaron largamente, porque ninguno de ellos sabía dónde esconderse con seguridad. Temían al

F. B. I.,

como al mismo diablo, y presumían que a cualquier sitio donde se dirigieran les rechazarían de mala manera, ya que nadie quería nada con los agentes del Gobierno.

—Nada, nada —decidió Clarkie, con voz de mandón—. Vamos los tres por el coche y buscaremos un lugar Suerte. Los tres podemos hacer más fuerza —rió cruelmente— que uno solo. Nos

hacemos los amos, y en paz.

Subieron por Willow Avenue, vigilantes, hacia el garaje donde Purdy encerraba su coche. Vieron la ancha entrada iluminada y la rampa por donde bajaban los coches.

—Las armas listas por si el vigilante se pone tonto —advirtió Clarkie—. Aunque será mejor no disparar, sino darle con la culata en la cabeza, o una puñalada. No nos conviene meter ruido.

Comenzaron a bajar la rampa silenciosamente, las manos metidas en los bolsillos de los gabanes. Barson volvió la cabeza y se quedó como petrificado. En la entrada, detrás de ellos, cerrándoles el paso, estaban cinco hombres, tres de ellos apuntándoles con ametralladoras «Kelly».

—Mi..., mirad... —gimió el «gángster».

Los otros dos se volvieron rápidamente, pistola en mano.

—Los brazos en alto, amigos —dijo Bates con energía—. Estáis cercados y no seréis tan tontos que queráis morir ahora mismo. ¡Los brazos en alto!

Del final de la rampa subían lentamente otros tres agentes del F. B. I.,

apuntándoles con sus pistolas. La conversación que sostuvieron en la escalinata de la casa los tres «gangsters» les había perdido, porque Bates y sus camaradas, que la oyeron, se les adelantaron en la acción y les esperaban tranquilamente.

Clarkie arrojó su arma al suelo. Le imitaron los otros dos, atónitos, sin poderse explicar lo que había sucedido.

—¡Nos ha vendido Purdy! —barbotó Clarkie con rabia—. Algún día le ajustaré las cuentas.

—Purdy está encerrado, así como Walter —contestó Bates, mientras esposaban a los tres detenidos—. No ha sido más que vuestra estupidez la que os ha jugado esta mala pasada. En fin, ya tendréis tiempo de pensar en ello. Ahora dispondréis de buena habitación, buena comida y asistencia, todo gratis. No os podréis quejar, ¿eh? ¡Al coche!

Los tres «gangsters», mohínos, subieron al coche que les esperaba. No salían de su asombro. Más poco a poco se daban cuenta de que el final que tenía su aventura era el lógico. Se habían enfrentado con la Ley, sencillamente, y la derrota que ahora les aplastaba era inevitable.

—Ya no queda en la casa más que Fritz, su padre y el sacerdote, ¿verdad? —preguntó Bates a Clarkie, que parecía el más acobardado, por lo mismo que siempre fue el que más envalentonado se mostrara ante sus compinches.

—Nadie más —murmuró el «gángster». Y está destrozado de los nervios. Por su culpa lo pagamos todos. Él fue el que mató al agente Hall, solamente él. Nosotros nunca hemos matado a nadie.

El coche arrancó, y Bates y sus camaradas volvieron a las inmediaciones de la casa, donde había otros agentes de vigilancia.

El agente especial subió la escalinata, acompañado de sus camaradas, y llamó a la puerta. Una franja de luz apareció bajo la hoja, y resonaron pasos pesados. La puerta se abrió y apareció en el umbral la delgada y alta silueta del padre Behrens.

Se contemplaron largamente el sacerdote y el agente especial.

—Vienen por él, ¿verdad? —dijo con voz impresionada el sacerdote.

—Sí, padre. Toda la banda ha caído en nuestro poder, incluso Purdy. Solamente falta Fritz —repuso Bates—. ¿Hay alguna dificultad? ¿Le han convencido? No quisiéramos tener que...

—Fritz está convencido de que ha llegado su hora. Pero temo que al verles cometa una locura. Sigue armado, Bates. Puede suicidarse o agredirles. Oiga: ¿me conceden diez minutos más de tiempo? Creo que podré conseguir que no haga nada disparatado. Comprendan que él ya se da cuenta perfecta de lo que le espera.

—Diez minutos, padre. Nos quedamos aquí, esperando. ¿No correrá peligro la vida de usted ni la del señor Wogel? —repuso Bates.

—Creo que no. Tal vez si entrasen ustedes ahora, por sorpresa, todos corriésemos más peligro, se derramaría sangre. Esperen.

Dejó el sacerdote entornada solamente la puerta, y los agentes especiales quedaron en el rellano de la escalinata, dispuestos a entrar si algo extraño oían.

El padre Behrens entra en la estancia. Estaban sentados en un sofá Fritz y su padre. Fritz apoyaba su despeinada cabeza sobre un hombro de su padre, que lo abrazaba estrechamente, acariciándole la frente. Fritz lloraba silenciosamente, lívido el semblante.

—Fritz, hijo mío: ha llegado el momento de que te portes como un hombre. Tu padre y yo te perdonamos, después de haberte

mostrado sinceramente arrepentido. Has adelantado mucho camino para obtener el perdón de Nuestro Señor. Dame tu pistola —y tendió su mano, mirándole fijamente.

—¿Están ahí ya? —preguntó Fritz con la voz estrangulada, temblona.

—Sí. Podemos hacer una cosa, hijo mío. ¿Quieres que yo te acompañe?

—Yo también —murmuró Vogel, que respiraba con gran dificultad, llevándose la mano al corazón.

—Tú no, padre. Vete a casa. Ya nos veremos —se levantó Fritz y sacó la pistola de la funda, bajo la axila.

La contempló, fruncido el ceño. Una extraña mirada apareció en sus ojos azules. Apretó las mandíbulas y algo salvaje se dibujó en su rostro mientras apretaba la culata con gran fuerza.

—No, Fritz, no —exclamó el sacerdote, palideciendo—. Sería inútil y volverías a condenarte. Dámela, hijo mío.

Fritz se la entregó, cerrando los ojos. Vogel se sentó en el sofá. Apenas podía respirar, y una densa palidez cubría su rostro.

—¡Pase, Bates! —gritó el padre Behrens, con la pistola en la mano—. Yo iré contigo, Fritz. Siempre que me lo permitan estaré contigo.

Bates y cuatro agentes especiales entraron. Fritz bajó la cabeza y su alta estatura pareció quedar reducida a la mitad, hundidos los hombros.

—Vamos, Fritz —dijo Bates, sencillamente—. Me alegra que sea sensato. Purdy y toda su banda ha caído también.

—¿Me permitirá, Bates, acompañar a Fritz? —preguntó el padre Behrens.

—Desde luego. ¿Qué le ocurre al señor Vogel? ¿Está enfermo? —preguntó después quedamente Bates al sacerdote.

—Muy enfermo. Desearía que alguno de sus hombres lo acompañase a su domicilio —respondió con aflicción el padre Behrens—. A veces el dolor puede matar, hijo mío.

Fritz estrechó entre sus brazos, silenciosamente, a su padre. Después salió acompañado por el padre Behrens, que lo cogía de un brazo cariñosamente, y Bates con tres agentes. El otro agente se quedó con Vogel unos minutos, y después salieron ambos a la calle.

Tomaron un coche del

F. B. I.,

que los trasladó rápidamente al domicilio de Vogel. El agente estaba asustado al ver el estado del anciano. Lo ayudó a acostarse en la cama de Fritz, y después llamó por teléfono a un médico de urgencia.

—No es nada, muchacho —dijo Vogel, sonriendo débilmente—. No me encuentro mal. Me cuesta trabajo respirar, sí, pero es la niebla... ¿Estará bien mi hijo lo que resta de noche? ¿No pasará frío?

—Estará bien —repuso el agente, que no contaría más de treinta años, de rostro agradable, sincero—. Lo que hace falta es que usted también se vaya poniendo bien. ¿Le duele el pecho? ¿Quiere un poco de «*whisky*», o que le haga café? Buscaré, si usted me dice dónde están las cosas.

El médico se presentó unos minutos después. Habló con el agente especial antes de entrar en la alcoba. Fue informado de que Vogel acababa de sufrir una tremenda impresión al ser detenido su hijo y no ignorar que sería llevado Fritz a la silla eléctrica. Después el médico pasó a la alcoba y reconoció escrupulosamente al anciano, que estaba medio dormido.

—Voy a inyectarle algo que le reanime el corazón —dijo quedamente al agente especial—. Lo que usted ha dicho, muchacho: un golpe espantoso para un padre. Unos pueden soportarlo, pero no otros. Este anciano estará deseando en este instante morir. Y lo va a conseguir, aunque normalmente habría de encontrarse bien. No puedo hacer más por él. Nunca los hijos pueden pagar a su padres todo el bien que de ellos reciben. Si encima se portan mal...

Le puso una fuerte dosis de aceite alcanforado y se marchó, haciendo un gesto de desaliento. El agente Grey quedó al lado de Vogel, que dormitaba, llamando con voz apenas perceptible, a su hijo.

Llamaron a la puerta y entró precipitadamente el padre Behrens, sudando, angustiado.

—¿Y Vogel? —preguntó a Grey—. ¿Qué tal está? —preguntó con ansiedad.

Grey le refirió que había llamado al médico y lo que éste había dicho.

—Sí —murmuró el sacerdote, moviendo la cabeza con tristeza

—. No puede resistirlo su pobre corazón. Le mata la pena. Ha pasado unos días espantosos el pobre amigo. Quería a su hijo con delirio.

Pasaron a la alcoba. Wogel abrió los ojos y miró profundamente a su amigo, sonriendo.

—¿Está bien Fritz, padre? —preguntó con un hilo de voz.

—Bien, y animoso, Conrad. ¿Y usted? —contestó con cariño el sacerdote, cogiéndole una mano.

—Bien, bien. No me duele nada. Pero me voy, padre mío, me voy... Quiero irme antes que él, ¿me comprende? Si Dios se digna colocarme en un rinconcito, yo le pediré que sea clemente con Fritz, que se ha arrepentido de sus muchos pecados. Debo ser yo el que se lo pida, padre, y por ello voy delante de él.

—No debe renunciar a su vida, Conrad —contestó el padre Behrens con ternura—. No estaría bien. Es Nuestro Señor el que dispone de nosotros.

—No es que quiera hacer por morirme, padre mío. Pero noto que me voy, y esto no puedo evitarlo. Me alegra que sea así —murmuró Wogel, sonriendo débilmente—. Mi hijo tiene aún mucho que sufrir, y yo no puedo ya hacer nada por él, ni sufrir más. Creo que me rebelaría, porque es mi hijo, y ofendería a Dios.

—Descanse, Conrad. Duerma y verá cómo se pone mejor —dijo el sacerdote.

—No, padre mío. Quiero hablar con usted a solas. Hemos de rezar y que me perdone usted también. Esto se acaba, pero muy dulcemente...

El padre Behrens se dirigió al agente Grey, que había escuchado la conversación con profunda pena.

—Puede marcharse, amigo. No le diga a Fritz que su padre... —Hizo un gesto de desesperanza—. Yo me quedo con este pobre padre hasta el final.

Grey se marchó, porque su obligación le llamaba. El padre Behrens entró en la alcoba. El rostro de Wogel comenzaba a adquirir un extraño color amarillento, afilándosele su nariz. Respiraba cada vez peor.

—Aquí estoy, Conrad, amigo mío muy querido —le dijo con gran ternura, cogiéndole las manos entre las suyas—. ¿Un poquito de charla, como buenos amigos? ¿Puedo hacerlo? Si no, no lo haga.

Es usted un bendito di Dios, y yo, como siervo suyo, le bendigo de todo corazón. Voy a rezar —se arrodilló al lado de la cama, juntas las manos, y comenzó a orar.

Wogel seguía sus rezos, contestando débilmente.

—Por Fritz, padre mío —pidió el anciano—. Recemos por Fritz, que me parece es el que más lo necesita. No sé si será soberbia mía...

—Por Fritz, sí. Debo decirle, Conrad, que su hijo es ya otro hombre, muy diferente. Su arrepentimiento es absolutamente sincero, y desea a toda costa ponerse a bien con Dios.

—Eso me da mucha alegría, padre. ¡Lástima que no supo ver la verdad hace tiempo, y que para conocerla haya sido preciso todo esto! —contestó Wogel con infinita tristeza.

Después, el anciano habló con el sacerdote quedamente, desnudando su alma. Y cuando terminó pidió al padre Behrens el crucifijo que estaba en la pared. Lo apretó contra su pecho, ya casi inmóvil, y murmuró débilmente:

—Perdónale a mi hijo, Dios mío...

Unos segundos después, el padre Behrens notó que ya no respiraba el anciano. Aquel hombre a quien tanto debía él, y que había muerto de dolor por su hijo.

Los siguientes días fueron para el sacerdote de dura prueba. Se dedicó casi íntegramente a estar al lado de Fritz para fortalecer su alma. Hubo de decirle que su padre había muerto, y el joven sintió entonces en su corazón lo que era el verdadero cariño hacia el hombre, ya desaparecido, que quiso guiarle por el verdadero camino y a quien engañara y produjera tan gran dolor que le quitó la vida.

—Solamente los padres, Fritz, pueden ser así —dijo el sacerdote con voz quebrada por la amargura—. Yo creo que aún ahora, que estará muy cerca de Nuestro Señor, intercederá por ti con todas sus fuerzas. Me dijo que era feliz muriendo porque así estaríais juntos.

—También quiero irme con él —repuso Fritz conmovidamente—. Pasan los días muy lentamente.

Pero aunque pasaban lentamente, según creía Fritz, los plazos se cumplieron inexorablemente. Y llegó el día en que Fritz Wogel, llevando del brazo al padre Behrens, rezando ambos, hicieron un corto recorrido por unos pasillos en la cárcel de

Sing-Sing,

durante una lívida madrugada. Fritz se despidió del viejo amigo rodilla en tierra, y fue absuelto por él.

Cuando salió del penal, el sacerdote se encontró con el agente especial Bates, que había presenciado la ejecución por orden superior.

—Todo acabó, hijo mío —murmuró el padre Behrens, caminando lentamente por la terrible emoción sufrida al ver morir a Fritz.

—Sí; pero jamás uno se puede acostumbrar a estas cosas —repuso el joven con tristeza—. Parece increíble que la maldad nunca se acabe y que cuando se hace justicia en un criminal surjan otros, como si el ejemplo no sirviera absolutamente de nada, y como si aquel que se pone fuera de la Ley no supiera de antemano que será castigado.

—Es la soberbia humana, Bates. La ambición, la envidia, el deseo de poder, de gozar. Aquel que se aparta del recto camino cree que a él nada le va a pasar. Se cree más listo, más audaz, incluso más poderoso que el resto de los mortales. Fritz creyó que podía desafiar no sólo a la Justicia humana, sino a la divina. Cuando se ha visto vencido, aplastado, es cuando ha salido de su tremendo error. Cuando era tarde para recomenzar una vida honrada y digna, como le pedíamos su padre y yo. Muchos hijos desprecian a sus padres y desoyen sus consejos. Los creen anticuados, rancios, con ninguna clarividencia. No admiten sino que por un proceso fisiológico los deben el ser, y nada más. Oiga, hijo mío —cambió la conversación, porque se sentía verdaderamente enfermo al recordar los tristes días pasados—: ¿qué tal sigue Frida Bruckner? Fue muy buena al ir a ver a Fritz y perdonarlo. Es una muchacha encantadora, con un corazón de oro.

Bates enrojeció. El sacerdote lo observó y sonrió levemente.

—Está bien, padre. Mejora más cada día, y dentro de poco hará su vida normal, estudiar su carrera. Sí, es una muchacha magnífica, en efecto. Somos buenos amigos, pese a todo. No me guarda rencor.

—¿Por qué había de guardarle rencor, hijo mío? —repuso el sacerdote, con calor—. ¿Porque cumplió con su deber? Yo también cumplí con el mío, y el pobre amigo Conrad Vogel, siendo el padre de Fritz nada menos. Frida no puede ignorar que usted consagra su

vida al bien de los demás, y será forzoso que, aunque perdonase de todo corazón a Fritz, haga ineludibles comparaciones entre usted y el que fué su novio. Debemos consagrarnos ahora a que la pobre muchacha vaya suavizando y luego olvidando el amargo trance por qué pasó.

—Ella tiene derecho a la felicidad, como todo el mundo —murmuró Bates, con mal disimulado entusiasmo—. Tiene usted razón, padre. Hay que volverla a la vida dichosa que se merece. Es muy posible que siéndolo ella, lo sean otras personas también.

—Es posible, hijo mío —asintió el sacerdote, sonriendo—. Todos haremos porque ella lo sea. Y porque lo sean quienes la amén como Dios manda. Ahora, Bates, voy a mis asuntos, que dejé olvidados porque había que salvar un alma. Creo que Dios oyó mis ruegos. También rogaré porque Frida encuentre la felicidad que se merece. Y la que se merece usted.

—Dios te oiga, padre Behrens.





COLECCIONES DE  
**EDITORIAL ROLLAN**

¡LA EDITORIAL DE LOS EXITOS!

**NOVELISTAS DE HOY**

Obras inéditas de gran altura literaria, por autores de fama internacional.

*Publicación semanal. 5 pts.*

**AVENTURAS DEL  
F. B. I.**

Serie de cuadernos infantiles con dibujos maravillosos, reflejando las arriesgadas actuaciones de los Agentes del F. B. I.

*Publicación quincenal.  
1,25 pesetas.*

**EXTRAORDINARIA  
DEL OESTE**

Colección de inigualables novelas sobre los escalofriantes hechos ocurridos en el bravío Far-West americano.

*Publicación semanal. 5 pts.*

**PROEZAS**

Un nuevo género novelístico que presenta emocionantes aventuras plenas de humanidad.

*Publicación semanal. 5*

**PEPOTE**

Magnífica y original revista de humor para mayores. Impresa a todo color, con la colaboración de los mejores dibujantes.

*Publicación quincenal. 3 pts*

**JEQUE BLANCO**

Novísima serie de cuadernos infantiles, soberbiamente dibujados, narrando la azarosa vida de un agente secreto norteamericano por todo el mundo.

*Publicación quincenal.  
1,25 pesetas.*

**F. B. I.**  
¡LA COLECCION SIN RIVAL!





# COLECCIONES DE EDITORIAL ROLLAN

¡LA EDITORIAL DE LOS EXITOS!

## NOVELISTAS DE HOY

Obras inéditas de gran altura literaria, por autores de fama internacional, con una presentación exquisita.

Publicación semanal — 5 Ptas.

## Aventuras del F. B. I.

Serie de cuadernos infantiles, con dibujos maravillosos, reflejando las arriesgadas misiones de dos agentes especiales del F. B. I.

Publicación quincenal — 1'25 Ptas.

## EXTRA DEL OESTE

Colección de inigualables novelas sobre los escalofriantes hechos sucedidos en el Far-West americano, con románticas escenas de amor.

Publicación semanal — 5 Ptas.

## PROEZAS

Nuevo género novelístico que ofrece emocionantes aventuras y realistas pasiones humanas, por autores de fama reconocida.

Publicación semanal — 5 Ptas.

## PEPOTE

Magnífica y original revista de humor para MAYORES, impresa a todo color con la colaboración de los mejores dibujantes humoristas.

Publicación quincenal — 2' Ptas.

## JEQUE BLANCO

Única serie de cuadernos infantiles, soberbiamente dibujados, narrando la peligrosa vida de un agente secreto norteamericano por todas las partes del mundo.

Publicación quincenal — 1'25 Ptas.

**F. B. I. ¡LA COLECCIÓN SIN RIVAL!**

